

# El salar

Fausto Burgos

Estudio preliminar: Cecilia Romana

**COLECCIÓN LOS RAROS**

Biblioteca Nacional



## **COLECCIÓN LOS RAROS**

Biblioteca Nacional

*La colección Los raros se propone interrogar los libros clásicos argentinos que han corrido la suerte de la lenta omisión que trae el tiempo y el olvido de los hombres. Ser clásico es lo contrario que ser raro, es su espejo invertido, su destino dado vuelta. Toda política editorial en el espacio público busca volver lo raro a lo clásico y hacer que lo raro no se pierda ni se abandone en la memoria atenta del presente.*



# **El salar**

Fausto Burgos

Estudio preliminar de  
Cecilia Romana



**COLECCIÓN LOS RAROS N° 34**

Burgos, Fausto

El salar / Fausto Burgos ; prologado por Cecilia Romana. - 1a ed. - Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2010.

200 p. ; 13x21 cm.

ISBN 978-987-1741-06-9

1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Cecilia Romana, prolog.

II. Título.

CDD A863

## **COLECCIÓN LOS RAROS**

Biblioteca Nacional

**Dirección:** Horacio González

**Subdirección:** Elsa Barber

**Dirección de Cultura:** Ezequiel Grimson

**Coordinación Editorial:** Sebastián Scolnik y Horacio Nieva

**Coordinación de la Colección:** Cecilia Calandria y Juana Orquin

**Producción Editorial:** María Rita Fernández, Ignacio Gago,

Paula Ruggeri y Alejandro Truant

**Armado de Interiores:** Carlos Fernández

**Corrección:** Graciela Daleo

**Fotografía de Tapa:** Sebastián Pardo

**Diseño de Tapa:** Área de Diseño Gráfico de la Biblioteca Nacional

**2010, Biblioteca Nacional**

Reserva de derechos

Agüero 2502 - C1425EID

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

[www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)

ISBN 978-987-1741-06-9

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

## ÍNDICE

*Estudio preliminar*

**Una luz oscura: La visión puneña de Fausto Burgos . . .** 9

por Cecilia Romana

**El salar . . . . .** 23

por Fausto Burgos





**Una luz oscura:**  
**La visión puneña de Fausto Burgos**  
por Cecilia Romana

En 1946, la editorial Rosario inauguraba su serie “Biblioteca de Novelas de América” con la publicación de *El salar*, obra de Fausto Burgos que según el criterio de Amelia Sánchez Garrido –quien prologaba la obra– exaltaba lo propiamente autóctono, rasgo que se manifestaba por la forma inequívoca en que árboles, flores, pájaros nativos y costumbres añejas, se veían evocados con fruición y simpatía. La prologuista, que años más tarde había dado a luz un libro de gran importancia para el estudio de la evolución literaria nacional,<sup>1</sup> emparentaba el volumen con los trabajos de Guillermo Enrique Hudson, Eduardo Gutiérrez, Enrique de Vedia, Roberto Payró, Ricardo Güiraldes, Benito Lynch, y hasta alentaba la posibilidad de un vínculo en la temática “regional” con las obras *La ciudad cambió la voz* y *El Tropol*, de Mateo Booz.<sup>2</sup> Por otro lado, se animaba a trazar un paralelo con *La pampa gringa*, publicada diez años antes por Alcides Greca.<sup>3</sup> Pero

1 El libro de Amelia Sánchez Garrido, *Indagación de lo argentino*, publicado por Ediciones Culturales Argentinas (Buenos Aires, 1962), da un paneo del quehacer literario argentino, sin dejar de lado el aspecto de la obra dramática, tópico que le interesaba sobradamente y acerca del que publicó varios textos, los más recordados, sin lugar a dudas, aquellos que indagan la figura de Dardo Rocha como autor teatral.

2 Mateo Booz, seudónimo de Miguel Ángel Correa, escritor nacido en Rosario en 1881, y de bastante fama en su época, supo describir como ninguno el ambiente del litoral. La película *Los inundados* que filmó Fernando Birri en 1962, se basó en uno de sus relatos. Murió en 1943.

3 Alcides Greca, otro escritor santafesino, nacido en San Javier en 1889. Además de haber escrito *La pampa gringa*, obra medular sobre la vida en el sur de su provincia, y que curiosamente debió publicarse en Chile, filmó *El último malón*, primer largometraje argentino en 35 mm que se

lo más interesante del ajustado análisis de Sánchez Garrido, no radica en el recuento de los parentescos vernáculos atribuibles a *El salar*, sino más bien en la tesis que arriesga un posible rescate del pasado nacional desde una mirada que abarque algo más que el ombligo ciudadano de Buenos Aires, dado que esa percepción tenía ya sobrados protagonistas: Mármol con su *Amalia*, Vicente Fidel López, con *La novia del hereje*, y Eduarda Mansilla, quien había novelado los avatares romántico-coloniales de la cautiva Lucía Miranda.

El estudio preliminar de esa edición dice más: comenzaba a despuntar una “nueva” generación de escritores<sup>4</sup> capaces de enriquecer el mapa novelístico argentino con obras cuya temática se animaba con tópicos regionales de provincias alejadas de la pampa y el litoral, y por eso, prácticamente desconocidas en sus costumbres y usos. La Rioja, Tucumán, Jujuy, Catamarca, Salta, Mendoza; sus montañas, valles y profundas quebradas; su gente, el ganado tan diferente al de la llanura, todas esas características comenzaban a delinearse en las obras de Carlos B. Quiroga, Pablo Rojas Paz y el mismo Burgos, que para 1946 contaba en su haber con más de una decena de publicaciones, entre poesía, cuento y novela, lindantes a la temática del centro-norte argentino.

Para Sánchez Garrido, la aseveración de Albert Thibaudet, según la cual gracias a la proliferación de la novela del terruño en su país durante el siglo XIX, podía trazarse por esos años un mapa novelesco de Francia, también debía surtir efecto en el caso de la literatura nacional, para lo cual era esencial pres-

produjo en el interior del país. En esta película se muestra la última rebelión indígena ocurrida en Santa Fe, en abril 1904. Murió en 1956.

4 Aquello de “nueva” generación, no tenía que ver con la juventud de los autores pretendidamente regionalistas que se nombran, nacidos todos ellos entre la segunda mitad de 1880 y la primera de 1890, sino más bien con el reconocimiento que comenzaba a darse a esta literatura en la década del 40.

tar especial atención a la obra de estos autores regionalistas.

Lo cierto es que, al tiempo que en el ambiente urbano de Buenos Aires la crítica social se veía plasmada en novelas como las de Manuel Gálvez o Arturo Cancela, en el norte, ya sea por la raíz diametralmente opuesta de su explotación económica o por la fenomenal disparidad del clima y la geografía, la denuncia de sus autores despuntaba con tonos más tímidos, pero también con mayor crudeza, debido a que desde la sola descripción de la tierra y los hombres que en ella habitaban, era posible plasmar una fotografía despiadada del aprovechamiento practicado por el “caciquismo”<sup>5</sup> criollo. El usufructo feroz de las clases patronales contra el nativo. La mano de obra callada y sumisa del hijo de la tierra.

En 1941 se editaba en Buenos Aires *Viento de la altipampa*, del riojano César Carrizo, novela en la que, según sus propias palabras, “recoge el grito de dolor de unas gentes olvidadas por la civilización, y que no se sabe si viven o mueren, en la alta soledad de sus montañas”.<sup>6</sup> También Carlos Buenaventura Quiroga, catamarqueño, mentado como “el retratista montañés americano”, andaba en los años 40 ya por sus veinte títulos, varios de ellos publicados bajo seudónimo, en los que, indefectiblemente, desbordaba su profundo interés por el tema americano y más ajustadamente, por los motivos geográficos de su región. El tucumano Pablo Rojas Paz, por su parte, sin agotar su producción en la narrativa, en certeros ensayos describía los pesares del hombre rural. Nada de eso le impidió ser fundador, junto

5 Ésa es la expresión que utiliza Sánchez Garrido en su prólogo: “... además de una compenetración honda con la tierra descrita, se denuncia la injusticia del caciquismo criollo o los errores del poder imperialista” (Burgos, Fausto, *El salar*, Rosario, 1946, p. 12).

6 Esta ajustada cita se extrajo de una dedicatoria autógrafa de César Carrizo a la edición de *Viento de la altipampa*, que en 1943 el autor obsequió al médico y amigo León Sol.

con Jorge Luis Borges, Alfredo Brandán Caraffa y Ricardo Güiraldes, de la segunda época de la revista *Proa*, en 1924.

Pero entre ellos, Fausto Burgos descuella, sin lugar a dudas, tanto por su ordenada y prolífica producción, como por el olvido al que ha sido condenada, a pesar de los numerosos premios que recibió (Nacional y Municipal, por citar algunos), y de la originalidad desposeída totalmente de sentimentalismo que la caracterizaba.

## La vida

No pocas veces se ha tomado a Fausto Burgos por mendocino, y es que vivió muchos años en esa provincia, pero lo cierto es que su solar natal fue Medinas, un antiguo pueblo de Tucumán, situado a 87 kilómetros al sudoeste de San Miguel. Allí nació, un 7 de febrero de 1888.

Si bien su primera niñez fue tucumana, se estableció luego en Salta para cursar estudios primarios. Una vez concluidos éstos, viajó a Catamarca y completó el ciclo secundario. Allí obtuvo el título de Maestro. Regresó a Salta, ya recibido, y dio clases en la misma escuela donde había estudiado, a la vez que por fin se animó a dar a conocer algunos de sus trabajos en la prensa salteña. Rápidamente viajó a La Plata para comenzar a cursar estudios terciarios. Mientras completaba el profesorado de Matemáticas, publicó sus primeros libros y frecuentó amistades relacionadas con la actividad literaria. Allí también conoció a su futura esposa Elena. Una vez recibido de profesor, se instaló un tiempo en la Puna jujeña, de donde tomó vastos materiales para su futura producción. En 1918 se estableció definitivamente en San Rafael, ciudad que lo albergó por casi cuarenta años.

Podría decirse que en Mendoza, por fin, Fausto Burgos

encontró su lugar en el mundo. Allí se casó con Elena, apellidada Catullo, una artista plástica de recio carácter y grandes convicciones. Ella, sin lugar a dudas, fue, además de fiel esposa, su más grande colaboradora. Se cuenta que Burgos redactaba sus manuscritos a mano y Elena, con infinita paciencia, los pasaba a máquina al tiempo que los corregía, ya que, además de dedicarse a las labores artísticas, la esposa del escritor también escribía.

Ambos tenían una pasión: el arte del telar. El tiempo que Burgos no ocupaba en sus clases o en la narrativa, lo dedicaba al tejido. Elena, por su parte, publicó un tratado de telares que fue ampliamente reconocido y a su tiempo recibió una distinción de la Comisión Nacional de Cultura. El matrimonio confeccionaba extraordinarios ponchos, motivo por el cual ambos fueron invitados reiteradamente a exponer en diferentes puntos del país y del extranjero.

Dicen los que lo conocieron en sus años sanrafaelinos que Fausto Burgos era algo hosco, retraído más bien. Tenía a su cargo cátedras de Matemáticas y Literatura en la Escuela Normal de Maestros, célebre institución que albergó entre otros a Alfredo Bufano, el poeta de *El romance de los dieciséis arrieros*.<sup>7</sup> Era bajo de estatura, rollizo. Al contrario de la estampa fantaseada para un juglar romántico, más se lo podría haber confundido con el dueño de una fonda que ha decidido abandonar el negocio y retirarse a disfrutar del producto de su trabajo.<sup>8</sup> Aborrecía el chisme, las habladurías.

7 Alfredo Bufano nació en Guaymallén, Mendoza, en 1895. En 1926 se instaló en San Rafael para iniciar sus estudios como maestro y se quedó allí por veinte años, hasta que lo dejaron cesante y se vio obligado a viajar a Buenos Aires. Sin embargo, en 1950 regresó a la ciudad mendocina, para morir allí –inesperadamente–, en el mes de octubre del mismo año. Es, sin duda, uno de los poetas mendocinos más renombrados, ganador del Premio Nacional, Municipal y Provincial.

8 Es interesantísimo el perfil de Fausto Burgos que se describe en la

Su vida había echado raíces en la tarea intelectual, y a ella dedicaba la mayor parte del tiempo, lo que sin duda le permitió publicar tan copiosa obra. Como periodista colaboró con diversos medios gráficos, como *Mundo Argentino*, *Caras y Caretas*, *O Mar* –de Brasil–, *Vesuvio* –de Italia–, además de ser corresponsal de *La Nación* y *La Prensa*, diario este último para el cual escribió artículos durante el transcurso de treinta años. Asimismo, sus trabajos fueron publicados en periódicos de Perú, Ecuador, Chile, España y Austria.

Su correspondencia con otros autores de la época es, al igual que su obra, profusa. Burgos, como buen escritor, parecía tenerle más aprecio a la redacción que al habla, por eso, quizá, mantuvo una fluida comunicación postal con Benito Lynch, Ataliva Herrera y sus coterráneos Ricardo Rojas y Manuel Lizondo Borda, por nombrar algunos. En la que fue su morada sanrafaelina, todavía se conservan los originales de gran parte de estas cartas que dan testimonio de la afición que sentía Burgos por el correo. Allí, en la sala principal, también pueden observarse recortes de diarios y revistas, unos cuantos que citan textos de su autoría y que remiten a las conversaciones que mantenía con estos colegas.

Respecto de esta casa podría escribirse un capítulo aparte. Anclada como un buque de color crema en la esquina que forman Saavedra y Chile, su construcción comenzó en 1916, bajo la atenta dirección del propio Burgos y de su esposa. Es del típico estilo sevillano, que ya había sido adoptado en Lima en tiempos de la Colonia, y más tarde, por las clases acomodadas del noroeste argentino. Debido a que la infancia y la adolescencia del escritor transcurrieron entre Tucumán y Salta, el autor tuvo una especial preferencia por este estilo constructivo, llamado comúnmente neocolonial.

página de internet: [www.sanrafael.elbaqueano.org/burgos.html](http://www.sanrafael.elbaqueano.org/burgos.html), aunque en ella no aparezca autoría alguna.

Al principio, la casa contó con una sola planta, aunque para 1940, concluidas las diferentes etapas de su edificación, presentaba ya las dos plantas actuales y el zaguán que conduce a la puerta principal, atravesando un pequeño jardín cercado por una verja realizada en ladrillo.<sup>9</sup>

En este magnífico ejemplo de construcción altooperuana, Patrimonio Cultural de San Rafael (1991) y Bien del Patrimonio Cultural de Mendoza (2005), funciona hoy la sede de la “Casa de Elena y Fausto Burgos”, una institución abierta al público, donde se exhiben trabajos artesanales confeccionados por el matrimonio, junto con publicaciones de Burgos, algunas de sus obras inéditas, además de una biblioteca que cuenta con 3.000 volúmenes, colecciones de arte de la cultura incaica, arte en plata, instrumentos musicales y obras pictóricas de diverso valor. Este patrimonio, preciado y curioso al mismo tiempo, se formó gracias al tesonero afán de Elena y Fausto por poblar su casa de belleza. En la actualidad, en la monumental edificación se llevan a cabo muestras de arte, conciertos de cámara y la consabida visita guiada, que permite al público encontrarse con un aspecto cotidiano de esta pareja que en vida mantuvo su intimidad bajo mil llaves y su casa bajo otras tantas.

## Sus obras

Fausto Burgos fue un escritor prolífico, de eso no cabe duda. Para 1946, año en el que Editorial Rosario publicó *El salar*, habían aparecido sus libros: *Cuesta arriba* –cuentos cuyanos–; *De Tucumán* –relatos tucumanos–; *María Rosario* –

9 El valioso y exhaustivo estudio sobre la casa de Elena y Fausto Burgos fue encarado por la profesora Carmen Pretel, en el área de investigación del Instituto Profesorado de Arte, de San Rafael.

novela–; *Cuentos de la Puna*; *La sonrisa de Puca-Puca* –cuentos de la Puna–; *Coca, chicha y alcohol* –cuentos de la Puna–; *Kanchis Soruco* –novela, obra que obtuvo el Primer Premio en el Concurso Municipal de Mendoza, 1929–; *Huancaras* –poemas tucumanos–; *Aibe* –cuentos tucumanos–; *Cara de tigre* –relatos mendocinos–; *Nabuel* –relatos mendocinos–; *Valle de Lerma* –paisajes y figuras de Salta–; *Poemas de la Puna*; *Poemas del regreso*; *La cabeza del Huiracocha* –cuentos–; *Naatuchic el médico* –cuentos–; *Pomán* –cuentos–; *Paisajes y figuras de España*; *Cachisumpi* –cuentos de la Puna–; *El gringo* –novela–; *Albagrande* –cuentos tucumanos–; *Molino en ruinas* –novela–; *Refugios de almas* –novela–; *Huilca* –cuentos del Kosco–; *Los regionales* –novela–; *Rumor leve* –poemas–; *Don Javier de Guandacol* –novela–; *De sol a sol* –poemas de La Rioja–; *Aire de mar* –novela–; *Horizontes* –poemas–; y *El surumpio*, cuentos, Primer Premio Nacional de Literatura.

Otras obras suyas que, ya sea porque aparecieron luego de 1946, o porque el mismo Burgos prefirió obviarlas en la lista, son: *En la tierra del azahar*; *Flores de Averno* y *Olas y espumas* –estos tres, sus primeros libros publicados–; *La hija de Kollana Kespe* –novela–; *Hojas caídas* –poemas–; *Lucero de un alba* y *Aventuras de Juancho el zorro*.

Jorge Calvetti prologó su *Cuentos de la Puna* en la edición de 1994.

## El salar

La Puna es un sitio alucinatorio. El impío sol produce fantasmas además de calor; la altura, aquello que llaman soroche.<sup>10</sup>

10 Al soroche, que es el mal agudo de montaña (MAM), también se lo llama “apunamiento”.



Después del atardecer, todo empeora: viento helado, soledad.

Carlos, el protagonista de *El salar*, comienza asegurando que está en un sueño, pero no es sueño climático, sino el de haber sido padre. Con esta aseveración que tan convencido lo tiene, y después de ocho años de total olvido, este porteño soltero, que pisa los cuarenta y vive en una casa tan solitaria como él, se lanza en búsqueda de su supuesto hijo que, supuestamente, ha nacido en la Puna jujeña, cerca de Abra-Pampa, y allí debe pasar los días en total ignorancia de su origen.

El hombre toma un tren y llega a Abra Pampa. Conoce bien el lugar. Ha pasado alguna temporada en esos pagos y ha tenido amoríos con una puneña de la que apenas recuerda el nombre y los ojos: Rosario. Rosario Yapura. Lo cierto es que la casualidad —o el destino, vaya a saberse—, los encuentra en un almacén rasposo, adonde los salineros bajan para vender su mercancía y Carlos se ha detenido a preguntar y comer algo. Ella, la Rosario, lo reconoce, pero no viene sola. Allí están sus hijos y también el esposo, un salinero viejo llamado Javier Chutuska.

El porteño está inquieto, no puede con su genio. Cree ver en el hijito más chico de Rosario, sus mismos labios, su misma frente, idénticos rasgos. Lo levanta en brazos y lo besa en la boca: ¡José Luis! ¡José Luis!

Con este gesto casi involuntario, inconsciente y hasta torpe, comienza la travesía oscura de Carlos hacia el corazón del salar, el intento enloquecido por apoderarse de una pieza del pasado donde cree que está su felicidad. Una esperanza, tal vez, de que exista una vida más buena que la que lleva.

No podría decirse que la historia de *El salar* se limite a ser una excusa para la denuncia, o más bien para pincelar la cotidianidad del salinero oprimido, esa vida pálida y sufrida que llevan los Chutuska en la altura seca y sin remedio. No.

En el enjambre de relaciones que traza Burgos, es esencial la aparición de esa existencia padecida, pero el juego que termina funcionando equilibradamente –y por este mismo motivo, impedido de ser tildado de sentimentalista–, se da por la potencia de una invención que tiene su principal eje en la desgracia del hombre ciudadano, en sus carencias afectivas, mucho más patentes en cuanto menos justificadas están por su nivel económico y social.

Es así que el contraste entre dos formas de vida totalmente opuestas hace explotar una imputación desoída: el grito porteño del desposeído, su desdicha. Pero esta denuncia, dado que corre bajo el marco neutral de una narración sólida y justificada psicológicamente en la voz, o el pensamiento, mejor dicho, de su protagonista, no levanta esa típica polvareda regionalista que termina por ocultar el mejor sentido de las novelas de este cariz, sino que más bien condesciende una lectura pausada y vívida –con ausencia de melancolía fácil–, de dos experiencias nefastas que, lejos de neutralizarse, se potencian.

El porteño decide ir tras los salineros. Perseguir a su hijo para robárselo y llevarlo a Buenos Aires, donde cree que podrá ofrecerle una vida más holgada, y hasta el regalo de una abuela que lo llenará de atenciones y cariño. Pero ahí mismo Carlos se enfrenta con su primer problema: los Chutuska no viven en Abra Pampa. Ahí sólo van a vender sus panes. Los salineros viven en Salar Grande, de donde sacan el sustento.

Si Abra Pampa significa una geografía extrema –y están en invierno, lo que la torna mucho más dura–, el Salar Grande multiplica cualquier pesadilla climática: la región es más inhóspita, más fría en las noches, más seca, más alta y, lo peor, quizá, mucho menos habitada.

Sin amedrentarse, Carlos decide encaminarse. Al llegar a Cochino, reflexiona por primera vez sobre el desprecio

del nativo hacia el hombre blanco. Entra a un boliche con su compañero Seneusky –un marchante porteño que ha decidido acompañarlo al Salar–, y cuando este último pide algo de comer, al ver las caras de los parroquianos, cavila: “Pensé yo en el antiguo rencor que el indio guarda para el blanco. Es un rencor que no morirá nunca”.<sup>11</sup> Con esto, Burgos remarca las diferencias antedichas y traspasa al plano narrativo la incompatibilidad de los dos mundos que se enfrentan. Las injustas disparidades ya no son únicamente visibles para el lector. Ahora esos dos planos se reconocen en el relato y en uno de ellos surge la conciencia del desprecio ajeno. Unas líneas más abajo describe otra escena, en el mismo tono, pero más palmaria. Los porteños deciden pedir bollos para comer. Están durísimos. Se quejan, dicen que son incomibles. Acota el autor: “Los puneños que estaban afuera, afirmados en la pared, metían la cabeza y se daban cata de cómo tratábamos al pan criollo, moreno y sabroso, hecho de manos campesinas. Ellos comían de ese pan, de tiempo en tiempo, cuando el bolsillo se lo permitía”.<sup>12</sup>

Siguen camino. Pasan una noche tremenda a la intemperie y al otro día pisan el Salar. Carlos está rebosante de felicidad: aquello es un espectáculo digno de los dioses. La sal simula una inmensa laguna blanca; los cerros, en la lejanía, cambian de tono por efecto del sol. Y ahí mismo, en el punto más cercano que conoce de su hijo, muere Seneusky, el camarada improvisado... ¿Qué hacer? De repente, los miedos inundan el alma del porteño. Surge un pensamiento que hasta entonces había pasado por alto: en la Puna se cumplen las creencias de los puneños. No quiere quedarse con el cadáver de noche, le huela la sangre pensar en la Barchila, el espectro

11 Fausto Burgos, *El salar*, 1946, p. 63.

12 Ídem, p. 183.

de la muerte, que seguro le anda rondando los pasos. Sigue andando como puede, detrás de él viene la mula que carga el cuerpo del muerto. Es caminador. Muchas veces, a lo largo del relato, hará notar esta característica tan extraña para el ciudadano que es. Por fin da con un rancho y ese rancho es la morada de los Chutuska.

De aquí en más, y luego del reencuentro con su hijo, Carlos hará lo imposible por recuperarlo, aunque sus métodos serán siempre egoístas, infantiles e irresponsables. Le prometerá calzado nuevo, galletas, y hasta monedas. En ese intento enloquecido por conquistar el cariño de José Luis, llevará a cabo actos impensados, como ir a cortar panes de sal al corazón mismo del Salar Grande, de zagüero de esa familia que lo desprecia profundamente.

Una de las alarmas constantes que hace sonar Burgos como señal de la incompatibilidad del abajeño rico con la vida de los salineros y, más precisamente, con la de José Luis, es repetir la pregunta que éste le hace a su hijo: “¿Quién soy yo? (...) ¿Quién soy yo?... A ver, decí, changuito churo”. Y la respuesta que se remacha una y otra vez en boca del chico: “¿Usted? Usted es don Carlos, el abajeño”.<sup>13</sup> No existe posibilidad de que su propio hijo lo tome en serio, quizá porque los rigores de la vida en la Puna lo han hecho madurar demasiado pronto. Carlos se entera de que no sabe leer ni escribir. Rosario le pide que no le meta ideas raras en la cabeza... ¿Para qué necesitaría el changuito aprender esas cosas? El mayor de los tres hermanos, Rodolfo, aprendió con un maestro a hacer cuentas y con eso impide que los comerciantes se aprovechen de Javier Chutuska cuando va a venderles sal. Eso es lo útil, lo demás no sirve. Sí que los chicos sepan manejar el hacha, llevar los burros, guiarse en el desierto.

13 Ídem, p. 154.

El porteño no entiende. Su capricho es tal que lo lleva a decir barbaridades en presencia de los Chutuska. El viejo salinero lo oye paciente. Carlos se imagina que querrá matarlo, clavarle su “puñalcito”, pero no. El esposo de Rosario nació y vivió oprimido, jamás tendría la fuerza ni el desparpajo de agredir al abajeño.

De todas las muertes que aparecen en *El salar*, ninguna le corresponde al porteño. La simpatía que el lector puede tomarle al principio del relato se va diluyendo a medida que avanza la historia. Los salineros sufren en silencio. Su modo de vida está estrechamente ligado al padecer y las privaciones. En ese contexto, el capricho de Carlos termina por desmembrar una familia, y la única esperanza que le deja a la madre de José Luis es pensar que lo ha atacado el surumpio,<sup>14</sup> y que dos cóndores negros le arrancarán los ojos y la lengua larga,<sup>15</sup> porque ella lo ha soñado, al igual que soñó que su marido regresaría.

Lo cierto es que a pesar de los daños que la Puna inflige al abajeño, sabemos que no se muere, que ningún cóndor le saca los ojos ni se queda ciego. Burgos se encarga de intercalar párrafos al final de la novela que dan a entender que la aventura salinera de Carlos pasó hace varios años. Así, cuando el porteño se refiere a la Vilte, una curandera que se negó a atender en su momento a un viejo cortador de sal que se moría, dice: “Años después, conocí a la Vilte”,<sup>16</sup> y a vuelta de página: “Ahora, años después, pienso y me pregunto si estuve loco, loco de remate en aquella ocasión, cuando me

14 “El surumpio ciega a los salineros y a quienes andan horas y horas por la nieve. El surumpio es el mal de sal; es el mal de la nieve. Resplandor de sal, resplandor de nieve. El surumpio enciende los ojos hasta cegarlos completamente”, ídem, p. 129.

15 Ídem, p. 183.

16 Ídem, p. 145.

tiré a dormir como un infeliz, sobre un cuero de llama que olía a hembra en celo”.<sup>17</sup> Lo tremendo de la subsistencia del protagonista, no es la injusticia atroz de que no se haya cumplido la premonición de Rosario, sino que al no cumplirse con la muerte de Carlos, no se cumple tampoco con el regreso de su marido, lo que augura para la salinera y sus tres hijos, una existencia más dura que la que ya tenían antes.

La intriga de *El salar* se desarrolla en un terreno inextricable. Comienza con un sueño y termina en una situación ambigua, de soledad y desesperación. Los contrastes, tan patentes durante todo el relato, son los principales encargados de denunciar una forma de vida bajo la opresión constante del capitalismo, la explotación innoble que se promueve desde las ciudades y cae sobre la cabeza de hombres, mujeres y niños sin excepción.

La novela de Burgos deja así un sabor amargo. Pesimista y de incompreensión, aunque en ningún momento esta apariencia toma de lleno el relato. Son tales los parámetros de equilibrio entre los cuales se mueve el escritor tucumano, que no permite un ápice de flojera sentimental. Ése quizá sea su mayor mérito: desplazar a *El salar* del lugar común que representa el “regionalismo” en el ideario de la literatura nacional.

El énfasis que pone Burgos en contar el infortunio de su protagonista, termina, por oposición, sacando a flote una desgracia mucho más cruenta y real, que es, al fin y al cabo, la de la familia Chutuska.

17 Ídem, pp. 147-148.

## **El salar**

Fausto Burgos





## 1

Sí, fue un sueño alucinante aquel sueño mío. Desperté y en vano, en vano separé los brazos para estrechar con ellos a mi hijo. Sabía yo que se llamaba José Luis, sabía también que llevaba el apellido de la madre. José Luis andaría al friso de los ocho años. Tan a lo vivo lo vi, tan claramente escuché su voz, tan patente sentí en mis labios el calor de sus labios encendidos, que salté de la cama. Entonces yo vivía solo, solo, en una casona antigua. Escribía hasta altas horas de la noche e iba a recogerme en cuanto una lechuza de la vecindad pasaba chillando y restallando las alas blancas, bajo el cielo azuloso.

José Luis llegó a mi cama trajeado a lo pastorcillo puneño: traía calzones y chaqueta de barragán, sombrero ovejón, ojotas de suela y poncho puyo. Yo sentí patente el chasquido de sus monteriles ojotas. Le vi cuando con temblorosa mano se quitó el sombrero.

—¡Tatay!

—¡Hijito!

—¡Tatay!

Me besó en los labios. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡José Luis!

Estiró los brazos. Me mostró las manos agrietadas, partidas.

—¡José Luis!

Escondí la cara para llorar. Jamás, jamás José Luis había recibido ni una hilacha de su padre.

Tornó a besarme. Fue entonces cuando salté de la cama, buscándole en vano, en la sombra. Me vestí. Ya no pude dormir. La lechuza de la vecindad pasaba, pasaba, restallando las blancas alas, bajo el cielo azuloso.

¿Con quién hablar? ¿A quién preguntar por aquel hijo que sólo llevaba el apellido materno? José Luis vivía allá, en la desolada y lejana Puna norteña. ¿Se casaría su madre? ¿Tendría él otros hermanos?

¿A quién, a quién podría preguntar yo por todo eso, que ahora me interesaba?

El reloj del comedor dio las dos de la mañana. Empecé a pasearme por el jardín, en donde los cipreses negros estiraban sus finas sombras.

Al día siguiente armé viaje.

Fui a La Plata, a despedirme de mi madre. ¡Cómo deseaba mi madre tener en sus brazos un hijo mío!

—¿Estás loco? —me dijo, después de saber que a las cinco de la tarde iba a tomar yo el Rápido a Tucumán.

—No estoy loco —le respondí.

Invierno.

—En la Puna jujeña, limítrofe con la gobernación de Los Andes, debe estar haciendo un frío tremendo.

—¡Veinte grados bajo cero!

—¡Virgen María! ¡Hijo! ¡Hijo!...

—¡Veinte grados bajo cero!

—¿Te has trastornado?

—Estoy en mi sano juicio.

Nos abrazamos, nos besamos y salí tembloroso y pálido. Desde hacía mucho tiempo no besaba yo a mi madre. Me quería entonces como cuando me tuvo en sus brazos. Su alma, la misma. El cuerpo había envejecido. Los brazos perdieron sus bellas formas; la cabeza estaba nevada. Los ojos ya no tenían aquel brillo cristalino y gracioso de antes.

Llegué a Retiro a las cinco menos veinte. Un faquín arregló mis maletas. En el vestíbulo de la estación me cogió una terrible idea. Dije para mi coleteo, mientras miraba con ahínco el reloj: “A las cinco menos tres minutos caeré muerto”.

Y quedé quieto, quebrada la color, mirando ahincadamente el horario negro, el minuterero negro, que parecían no moverse. El mozo de cuerda me cogió de un brazo.

—¡Vamos, vamos, que el tren se va!

Hasta las nueve de la noche estuve acodado en la ventanilla de mi camarote. Por suerte, no tenía compañero. Con abobados ojos miraba los campos que parecían huir, girando, a medida que el Rápido corría y corría, sacudiéndose de vez en vez.

No cené. Vestido me tiré largo a largo sobre la cama. En cuanto cerraba los ojos, todo daba vertiginosas vueltas en mi cabeza. Sería la media noche cuando un golpecillo me sacó de aquel estado.

—¿Quién? —pregunté.

—Yo.

Abrí la puerta del camarote. No atiné a encender la luz.

Un changuito hasta de ocho años, sombrero rudo, emponchado, se me acercó chasqueando las monteriles ojotas de suela.

—¡José Luis! —exclamé.

—¡Tatita!

—Pero..., ¿cómo?

No podía yo explicarme el porqué de tal visita.

—Pero, ¿cómo? —torné a preguntar.

Me miraba y sonreía graciosamente.

—¿De veras? ¿O estoy soñando?

Tenue luz de una luna en menguante pasaba por sobre el vidrio de la ventanilla.

Quise tomar al chico de la mano y... desperté del todo... Sombras, sombras, nada más. Sentíase el ronquido difícil del vecino de al lado.

Repentinamente vi correr las luces de una estación. ¡Qué

noche! ¡Hacía un frío! ¿Por qué me preocupaba la suerte de aquel chico, de aquel José Luis que apenas yo conocía, que no llevaba mi apellido y a quien jamás había dado yo ni cinco centavos?

El tren llegó a Tucumán a las seis de la tarde del día siguiente.

Trasbordé en la estación del Ferrocarril Central Argentino.

—¡Zas! ¡Zas! —exclamé, sin poder embozalar mi cólera, al mirar las dos maletas que estaban en mi camarote—. Tengo compañeros. ¿Quién será?

Aparecieron en mi magín siluetas de forajidos y de ladrones.

Ya iba a partir el tren cuando apareció mi casual compañero, en el camarote.

—Buenas noches —me dijo.

—Buenas noches —le contesté.

—¿Va usted a Jujuy?

—No, señor.

—¿Más adelante?

—Sí, señor.

—¿A La Quiaca?

—No.

—¿Irá usted a las termas de Los Reyes, seguramente?

—No voy hasta allí.

—Entonces, ¿para dónde va usted?

Hizo la pregunta mirándome fijamente. Me ofreció un cigarrillo.

—Gracias; no soy fumador.

—¿No?

—No, señor.

—¿Va usted a Humahuaca, a Pumahuasi, a Abra-Pampa?

No sé quién contuvo mi lengua; yo tenía ganas de responderle de esta guisa: “¿Y a usted, qué le importa, so entrometido? ¿Va algo en la parada?”.

- Voy para Abra-Pampa.
- ¡Ah! ¡Sí!... ¡qué bien!; vamos a ser compañeros durante todo el camino.
- ¡.....!
- Yo también voy para allí.
- De la billetera sacó una tarjeta: “Antonio Seneusky”.
- Gracias.
- Cuando algo se le ofrezca, tengo mi casa en Buenos Aires.
- Gracias.
- Como verá usted, en calle céntrica.
- Tenía ganas yo de replicarle: “¿Y a mí qué me cuenta?”.
- Tornó a ofrecerme un cigarrillo.
- Gracias; no fumo.
- Uno, ¿qué mal puede hacerle? Son cigarrillos habanos.
- ¡Qué tipo cargoso!
- Gracias.
- Sacó uno; extendió la mano.
- Verá que no sé fumar.
- Encendí el cigarrillo. De allí a poco espacio de tiempo lo arrojé por la ventanilla.
- ¡Pero, hombre!... ¡Ni que fuera murciélago!
- ¡Qué tipo repelente! Era alto, escaso de carnes, blanco, blanquísimo, narizudo, bocón. Llevaba anteojos. Ni pera, ni bigote ancho, ni bigote mosca. El pelo, rubio, pelo de ruso, de dinamarqués o de sueco. No traía gabán.
- ¡Pero hombre! –tornó a exclamar–. ¿Quiere otro?
- Me di cata de que ya me había dicho murciélago.
- No. Gracias.
- Nos sentamos.
- ¿Qué cama tiene usted? –me dijo, clavándome la mirada.
- La baja.
- Yo, la cama alta. Arriba se va mejor.
- No sé.

–En un choque, en un descarrilamiento, el de abajo queda hecho torta.

–Tal vez...

–Sí, hombre, sí. ¿Se acuesta temprano?

–Según y conforme.

–Yo, a las nueve, a las diez. La noche se hizo para dormir.  
¿No le parece?

–Según y conforme...

–Para dormir. ¡Me imagino que no pensará quedarse sentado toda esta noche!

Lo miré fijamente por primera vez y torné a decir para mi colete: “¡Qué tipo repelente!”. .

El tren había partido ya.

Acomodó la escalera y trepó a su cama.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Apenas se quitó la ropa sentí que cargaba su revólver.  
Desde arriba habló:

–Por si acaso...

–Nunca está de más –contesté.

Se me ocurrió que era un ladrón fino.

Pasadas las doce, preguntó:

–¿No duerme?

–No.

–¿Qué le pasa? Diga...

–Nada.

–¿Y entonces?

Estaba yo sentado en mi cama, mirando el sombrroso paisaje, a través del vidrio de la ventanilla.

–¿Qué le pasa?

–Nada.

–¿Por qué no toma una copa de caña para que le venga sueño?

—No tengo ganas.

De allí a poco comenzó a roncar como un puerco. ¿Lo hacía a propósito?

Serían las dos de la mañana cuando vi en la sombra dos ojos fosforescentes. Lancé un grito y salí afuera.

Llegamos a Jujuy a las ocho de la mañana. Antonio Seneusky me saludó apenas, al apearse. Hice el propósito de no contestarle, de no mirarle.

No tardó en partir el tren quebradeño, el tren que después de llegar a La Quiaca, pasa a Villazón, en tierras de Bolivia.

Me senté aburrido, pensativo, en una de las butacas del coche de primera clase. No bien levanté la cabeza me di cata de que cerca, cerquita, estaba el hombre narizudo, bocón, alto, flaco, blanquísimo, de pelo rubio, pelo de ruso, de dinamarqués o de sueco.

—¿Qué tal?

—Así...

—¿No durmió nada anoche, no?

—.....

—Tendremos opio para rato... ¡y qué frío hace!

Me había calado yo un puyo de vicuña.

—¡Qué ponchito! ¿Lo tenía puesto anoche?

—Sí.

—Creo que no.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque no se lo vi.

Para librarme de tan pesada compañía me fui al coche de segunda clase. Pasaban las horas, pasaban, con paso de tortuga. A una y otra mano de la vía, cerros y cerros, cerros morados, rosados, azules, griseos. Y a lo largo de la quebrada, un río claro, sonoro. En el vagón viajaban hasta ocho mozos puneños, dos viejos lampiños y tres changos. Coqueaban to-

dos a la manera india. Vestían traje de picote; llevaban gruesos ponchos y sombrero ovejón.



## 2

Me alojé en el hotel de un turco, de un tal Mustafá Abud. Era el suyo el único hotel de Abra-Pampa. De esto hace cosa de cinco años; entonces yo no tenía canas. Además del hotel, Mustafá poseía una tienda de comestibles, bebidas, géneros y productos del país. Los vecinos de aquella aldea puneña llamábanlo “el turco acaparador”. Abud compraba cortes de géneros coyas, picote, cordellate y barracán, pieles de vizcachas cerreras, de ratones chinchillas, de choschoris, de ovejas, de llamitas y de cabras, pepitas de oro traídas desde el frígido Orus-Mayu, sogas de llama, frazadas, ponchos, chalinas, peleros y sal, muchos panes de sal que los salineros cortaban en invierno, en el salar reverberante y helado.

En cuanto se detuvo el tren silbador, así mis maletas y me bajé.

Abud me recibió con los brazos abiertos. Era un turco de cabeza achatada por detrás, de cabellos rizados, de nariz grandota, de labios gruesos y de bigote ancho y renegrido, como sus ojos.

—¡Amigo!

—¡Hola!

—¿De cómo por acá?

—Ya lo ves. Vengo a buscar...

—¿Cortes de bigote, barracán, o cueritos de vizcacha de la sierra? Tengo, marchante...

—No.

—¿Bonchos de vicuña?

—Tampoco. A ver, Abud, ¿qué pieza tienes preparada para mí? —le dije para cortar el diálogo comercial—. Me imagino que habrás recibido mi telegrama.

—¡Cómo no!

—A ver, ¿qué pieza?

—¡Muy aburado! ¿Bor qué?

Pasamos adelante. En aquella su casa de adobón techada de barro, cardón e iro, percibí el aroma grato de la tola. Desde Tres Cruces, estación situada a tres mil setecientos metros de altura sobre el nivel del mar, había venido yo derramando la perezosa mirada por dilatados y verdinegros tolares.

—Ésta —me dijo, abriendo de par en par las puertas de una habitación mediana, de piso terrero, en la cual había un lavabo enlozado, una mesita, una silla, una cama de hierro.

—Bueno.

—¿Te gusta, combadre?

Jamás le había hecho bautizar un hijo y me llamaba de esa guisa.

—Me gusta.

—¿Querís tomar mate?

—Bueno.

Se fue. Me quedé solo en aquella pieza de suelos terrizos, de puertas de cardón, en la que conocí a Rosario Yapura. Nadie me dijo entonces que ya era madre de varios niños, ni que estaba casada con Javier Chutuska.

Las frazadas olían a tola montés, como entonces...

Una muchacha puneña me alcanzó un mate. Se veía que era recién llegada del cerro. Calzaba ojotas, una lliclla a guisa de manto y traía puesto un sombrero de ovejón blanco. Andaría al friso de los veinte años. Era regularona.

Mirándola de alto a bajo me acordé de la Rosario. Se parecían. Mientras yo chupaba la bombilla, la moza masticaba coca. A ratos el acuyico redondo resaltaba en una de las mejillas.

Se me ocurrió tomarla por salinera.

—¿Venís del Salar Grande?

—No vengo.

—¿De Casabindo?

—Tampoco.

—¿De Orus-Mayu, de Catua o de Coranzuli?

—No es.

—¿Y entonces, en qué pago naciste?

—.....

—¿Me estás teniendo miedo? ¿Es la primera vez que un hombre te pregunta de dónde has venido?

Hizo un caprichoso mohín y salió sonriendo. Cuando le di las gracias, me dijo:

—Susqueña soy, señor.

—¿De Susques? ¡Ajam! Conozco ese pago. Velay, por allí tengo que ir. Si se te ofrece algo...

—Nada.

Hacía un frío terrible. A las nueve de la noche el turco Abud vino a darme bromas y a decirme que me tapara bien para que no amaneciera helado. Me tapé la cabeza y todo; pero si allí, en mi casona silenciosa y olvidada, no podía dormir, menos aquí. Cada rato me incorporaba. Afuera silbaba, lloraba el viento. Se me ocurrió que la cerrera que me había dado mate, conocía a mi hijo, conocía a Rosario. Inicé un soliloquio, a oscuras, en aquella pieza de suelo terrero, de puertas de cardón, techada de iro; en aquella pieza que olía a tola montés: “Debe conocer a mi hijo. Aunque lo niegue tiene trazas de salinera. ¿Iré a despertarla? Estará durmiendo en la cocina, sobre sus pilchas, tendida en el suelo. ¿Y si el turco siente mis pasos, se levanta y se me viene al humo revólver en mano?”

Iré a despertarla. Le hablaré al oído, despacito. Aquí todos se conocen. En el campo todos se conocen, arrieros, tejedores, mineros, salineros, pastores. ¿Por qué no le pre-

gunté por mi hijo mientras me alcanzaba mate? Acaso tuvo a José Luis en sus brazos. ¿Le habrán llamado la atención los ojos del chango, su frente, su boca? ¿Le habrá preguntado alguna vez por el nombre de su padre? Iré a despertarla. Estará durmiendo en el suelo, tapada cabeza y todo, vestida con su pollera vueluda y enorme, con la blusa de picote azul. Le hablaré quedito, al oído. Las muchachas de aquí están acostumbradas a que las llamen a deshora, cuando se siente apenas el canto del huco hurraño y ensombrecido, cuando el viento vuela para los tolares.

Iré a despertarla. ¿Tendrá buen oído Abud? ¿Habrá cargado su revólver? ¿Cargó su escopeta con cartuchos de sal gruesa?”.

—¡Es Seneusky! —exclamé después de sentir la voz de mi compañero de viaje. Todavía no eran las nueve. Doraba el sol aquella pampa alta, pampa cubierta de tolares, chillaguas, esporales y surillantes. Abud, patrón y dependiente, había abierto tempranito su tienda de comestibles, bebidas y artículos del país—. ¡Es Seneusky! ¡Ha venido a Abra-Pampa a comprar sal!

Seneusky y Abud discutían separados por el mostrador. Estaba yo en la trastienda, hojeando un periódico jujeño.

—¡La sal se ha venido abajo, compañero!, ¡qué quiere! —decía el del pelo de sueco.

El de la cabeza achatada, replicaba:

—Dejamelá marchante, que no tengo aburo. Abud nunca se abura... Cuando la seca es larga, no hay matrero que no caiga.

—¿Así dicen en Turquía?

—También.

—¡Qué quiere, amigo!: un dicho criollo en la boca de un turco.

Veía yo las dos piezas llenecitas de bermejós panes de sal

que Abud tenía en su casa.

—¿Y usted, a cómo compra la carga de sal a esos pobres indios de patas en el suelo que andan a pie cien leguas detrás de los burros cargueros? A ver...

—Abud baga los mejores brecios; cierto, marchante.

—¿Cuánto les paga por la carguita de sal? ¿Cuarenta centavos?

—¡Eh!...

—¿O treinta y cinco?

—Bregunta a los salineros, marchante.

—Preguntaré. Les recibís la sal en cambio de coca, de alcohol de noventa y cinco grados, de harina de trigo y de harina de maíz. En la tienda los clavás con el lienzo, con los sombreros, con los pañuelos y con los “beines, jabún, beinetas, saca biojo...”.

Sentí la carcajada de Abud. Sin duda se acordaba de sus tiempos malos, de sus tiempos de turquito recién llegado, cuando sólo sabía una docena de palabras “en castilla”: beine, beineta, saca biojo, tudo a vinte... Andaba entonces agachado, por largos y polvorientos caminos, con su cajón a cuestras.

—Turco trebaja bara hacer blata, marchante. Bregunta a los salineros.

Seneusky retrucó:

—Sos capaz de comerte hasta tus hijos.

*“El chancho vive muy gordo  
y se come hasta los hijos”.*

—¡Eh..., bárbaro!

—Bueno, ¿en qué quedamos? ¿Me vendés la sal o no? Necesito cuarenta toneladas.

—¿Cuarenta?

—Cuarenta. Eso es.

—¿Me estáis queriendo fumar, marchante?

—¿Por qué?

—¿Querís que te regale la sal?

—¡Qué quiere, amigo, con su sal sucia, sal que no sala!

Abud se la cobraba a buen precio, cargando para sí un ochenta por ciento.

—Bueno, bueno; iré a ver la cantidad de sal que tienen acaparada los otros acaparadores.

—No hay en este negocio, marchante.

—¿No? Veremos.

Se iba a levantar Seneusky de su asiento, cuando penetré en la tienda de comestibles.

—¡Hola!

—Buen día, doctor.

Abud lo miró ahincadamente.

—Doctor en sal, dirá. Aquí me tiene, amigo, comprando sal.

—Resulta que este turco acaparador tiene no sé cuántas habitaciones llenas de panes de sal sucia, de esas cargas que traen los indios a lomo de burro, desde los salares. Este Abud compra la carga de sal sucia a cuarenta centavos; pero no crea usted, compañero, que les da el importe en efectivo: los clava en todos los artículos que les vende: coca, alcohol, harina de maíz, beinetas, saca biojos.

Tornó a sonreír Abud; al sonreír mostraba sus dientes, unos dientes parejos, blancos, grandes.

—Y resulta que a mí me quiere cobrar cien pesos por la tonelada de sal. Compró sal para la casa Nunsky Hnos., curtidores de Buenos Aires.

Y pensé para mi coleteo:

“¿Será el mismo Seneusky que viajó en mi camarote, o será un personaje idéntico?”.

—¿No le parece, compañero, que a estos acaparadores les debía dar una buena lección el Gobierno Nacional? Claro, se aprovechan del trabajo de los pobres indios. ¿Qué sabe

el indio del precio a que venden los acaparadores la tonelada de sal? El indio, el coya, corta los panes de sal en el salar y se viene con su tropa a pie, detrás de los “animalitos”, coqueando. Aquí, cuando no lo fuma el turco, lo fuma el gringo.

No dije una palabra. Los dos hombres me eran completamente antipáticos, en ese instante. Abud esperaba que el gorrión cayera en la trampa.

—Me voy.

—Bueno, marchante.

—Si después me ofrecés la sal, no te la compro.

—Bueno, marchante.

—Ni aunque me rebajes diez pesos por tonelada.

—Bueno, marchante.

Iba a echarse afuera Seneusky cuando Abud exclamó.

—Está llegando un salinero.

Los tres miramos en derechura de la calle aldeana, una calle arenosa, silenciosa, por la cual, en los días invernales, andaban las tropas de burros.

—Está llegando Javier.

Me saltaba el corazón, anunciándome algo.

—¡Adelante, amigo! —dijo el turco Abud.





Entró en la tienda, sonando las ojotas y saludó:

–Buenos días, señor.

¡Qué voz humilde, resignada, la suya!

–Buenos días –respondimos.

Nos miró a los tres. Andaría al friso de los sesenta años. Su figura de hombre salinero me interesó vivamente. Era lampiño, keswa puro: corva la nariz, cobrizo el cutis, negros los ojos. Sobre la cabeza, un chucullo o birrete con orejeras; encima del chucullo incaico, un sombrero ovejuno, de amplia falda caída. Dos ponchos traía puestos: puyo blanco, el de abajo; puyo gris, el otro. Usaba negros calcetines, de esos calcetines que gastan los puneños de Cobres, de Catua, de Susques, de esos calcetines que dejan libre el dedo gordo, a cuya vera pasa el tiento de la ojota.

El halda del ovejón, las orejeras del chucullo, dejaban ver la nariz, los ojos, una mata de pelo, la boca, manchada de verde.

Era de mediana estatura.

Entró solo. Al darse cata de que estábamos conversando, se sentó sobre los calcañares, a la manera india y sacó hojas de coca de su roja taleguilla.

Seneusky también le miró con gran interés. Para Abud, la figura del recién llegado era una figura vulgar. ¡Cuántos salineros había visto en su tienda de comestibles y bebidas y productos del país! Todos ellos se parecían en el tipo, en el color, en la estatura; todos venían emponchados, sonando las ojotas y en sus gruesos labios marchitos mostraban manchas de coca.

Abud debió pensar en algo serio, porque clavó en mí sus ojos. ¿Qué iba a acaecer? ¿Quién era el salinero que estaba

en cuclillas, allí delante del mostrador? ¿Tenía que ver algo conmigo?

Seneusky rompió el silencio:

–¿Qué dice, amigo? ¿De dónde viene?

El hombre detuvo el acuyico y contestó:

–Del salar, señor.

–¿Del salar? –pregunté.

–Del salar, señor –dijo el salinero, mirándome de soslayo.

Seneusky preguntó:

–¿Queda lejos?

–No tan ahicito... Retiradito queda, señor.

–¡Ajam!

Con los ojos de la imaginación vi todo el lejano salar reverberante. Un mar, un mar, pero no de levantadas y bullentes olas; no un mar azul: un mar quieto, monótono; un mar blanco, como dormido entre cerros cárdenos, amarillos, gríseos, azules; un mar cuya luz hace sangrar los ojos. ¡El salar!... Los salineros deben ir a cortar bermejoes panes en invierno, en invierno, cuando aquella vasta planicie cerrada de montes, silenciosa, azotada de los vientos de la cordillera, parece una estepa helada.

Dos changos penetraron, chasqueando las ojotas, en la tienda. El viejo permanecía sentado, a la manera india. Parecía uno de esos huacos serranos, tan vulgares en el Perú. Los dos muchachitos venían trajeados de picote azul; traían sendos ponchos puyos, sombrero ovejuno, ojotas de suela y chuclo o birrete con orejeras. Al respirar echaban bocanadas de un vapor tenue. Eran idénticos al que se había sentado en los calcañares. El más alto andaría al friso de los catorce años; el otro tendría doce.

–Buen día, señor –dijo aquél.

–Buen día, señor –dijo éste.

–Buenos días –respondimos concertadamente.

Extraño parecía el óvalo del rostro encerrado entre las orejas del chucllo y el halda frontera del ovejón blanco.

En los ojos del turco Abud leí yo esto: “Espérate un poco, que no son todos... Vendrá la mujer... Vendrá otro chango”...

—¿Son sus hijos? —preguntó Seneusky, a quien le habían llamado la atención aquellos changos ojotudos, emponchados, que parecían venir de remotos pagos helados.

—Sí son —contestó el viejo salinero—. Son míos, señor.

Los dos changos miraban ahora inocentemente al turco Abud. Parecían dos polluelos emplumados, recién sacados del nido. En las manos de Abud habían visto los primeros billetes de banco, los primeros quintos de plata. Las manos de Abud eran blancas, grandes; esas manos medían y cortaban el lienzo amarilloso, olor de género nuevo; esas manos suyas entregaban los pañuelos azules de algodón y los rojos pañuelos de ponerse al cuello; esas sus manos pesaban la harina flor, la de guisar “espesao” y la coca y el maíz entero. Esas manos blancas, grandes, no acariciaron jamás las mejillas cobrizas de los changos cerreros.

—¿Cuántas cargas? —preguntó Abud, mirando ahincadamente al viejo salinero, que coqueaba y coqueaba, sentado en los talones, a la manera india.

—Diez y ocho son, tatay.

El viejo miró a sus hijos y preguntó, parpadeando:

—¿No es así, Rodolfo? ¿No es así, Juan de Dios?

Los changos contestaron:

—Diez y ocho son, tatay.

—Diez y ocho son.

No había acabado de responder el último cuando penetró la mujer del viejo, con un chico de la mano. Hasta entonces había estado en el canchón, con los burros cargados de panes de sal.

Saludó:

–Buen día, señor.

El chango también dijo:

–Buen día, señor.

Respondieron Abud y Seneusky; yo..., yo no sabía lo que me pasaba: –¡Rosario! ¡Rosario! –dije para mis adentros después de que mis ojos se fijaron en los suyos, negros, grandes, de limpio mirar sereno. ¡Rosario! ¡Rosario!

Abud comprendió mi azoramiento. Años atrás, Rosario había estado en su casa. Como no encontraba criada, ella se quedó para hacer los trabajos del hogar.

–¡Rosario! ¡Rosario! –torné a decir para mi copete. Ella estaba de pie, a un costado de su marido. El chango se escondía tras del cuerpo de la madre. Me di cata de que aquella mujer que había sido mía me odiaba ahora. Sus ojos negros, grandes, me miraron con fiero mirar. Traía ojotas, sombrero ovejuno. Usaba una lliclla incaica a las espaldas. Mostraba los pies enfundados en negros calcetines de lana. La nariz, fina, la boca, pequeña, de labios bermejos; gitanos aros de oro, en las orejas.

Me miró con desprecio. En un instante me acordé de la cama cuyas frazadas olían a tola, en la que habíamos dormido juntos.

–¿Que no sois vos la Rosario Yapura?

–De Chutuska es, señor –contestó el viejo Javier, que estaba sentado en los talones, coqueando su coquita–; trece años hace que se casó conmigo, señor.

Ella no movió los labios. Un temblor repentino recorrió mi cuerpo. Abud comprendía lo que me pasaba, lo que le acaecía a Rosario.

Rosario estaba linda, linda como entonces. Tendría veintiocho años.

¡Cómo me miraban sus ojos grandes y negros!

Seneusky nos observaba mudo. Los changos que habían entrado después de Javier, ni se movían.

—¿Que no sois vos la Rosario que yo conocí? —torné a preguntarle, mirándola cariñosamente.

—Mi mujer es, señor —contestó Chutuska—. El Padre franciscano nos casó allá en Collaguaima, hace trece años.

Javier no se levantaba; tampoco había alzado los ojos para mirarme. En esa sazón y coyuntura, el chango que había traído la Rosario de la mano asomó la cabeza.

¡Santo Dios! ¡Su carita, idéntica a la mía! Sus ojos, mis ojos; su boca, mi boca; su nariz aguileña, la mía; sus cejas ralas, las mías; su barbilla, mi barbilla...

Tenía el cutis cobrizo.

¡Si lo hubiera visto mi madre! ¡Era José Luis! La Rosario ya no lo tenía de la mano.

Seneusky también reparó en él.

Era José Luis. Vestía a lo salinero. ¿Cuántos trajecitos le había regalado yo, hasta entonces?... Traía los pies enfundados en negros calcetines y defendidos por ojotas de suela. ¿Cuántos pares de medias, cuántos pares de botines le había comprado yo hasta ese instante? Sobre el trajecito barracán, un ponchito puyo. ¿Alguna vez le había mandado su padre, dos, tres metros de casimir para terno? ¿En alguna ocasión le había enviado, de regalo, ropa de abrigo?

Sus ojos, mis ojos; sus labios, los míos... Y hasta su manera de mirar.

La Rosario me miró de nuevo, con enojo.

¡Era José Luis! Yo venía a buscarlo.

Mi azoramiento duró algunos segundos.

En dos zancadas fui a él, lo levanté con mis brazos, lo miré a los ojos, como me miraron a mí cuando era niño y lo besé muchas veces en la boca.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Javier Chutuska, el viejo salinero, se puso de pie. Con voz opaca exclamó:

–Dejalo, señor...

Como si me hubiera librado de un gran peso que traía encima, me sentí otro. Devolví amorosamente, por primera vez, los besos que me había dado mi padre.

–¡José Luis! ¡José Luis! –exclamaba yo, contemplándole sentado en mis piernas, sin atender el pedido de Javier Chutuska.

–Dejalo, señor; no es tuyo...

¡Oh, sí... era mío, ahora!

–Dejameló, señor...

Tenía el pobrecillo el cutis partido. Ásperos eran sus labios bermejos; ásperas su manitas de salinero. ¡Ásperos sus dedos, Santo Dios!; ¡qué dedos los pobres dedos suyos, rasgueteados; eran unos dedos casi sangrantes!

Seneusky habló:

–Se le parece; es idéntico.

Abud agregó:

–Es igualito.

Chutuska tornó a pedir:

–Dejameló, señor...

Pero él no era el padre de la criatura. José Luis no parecía hermano de los otros changos.

La Rosario no sabía qué hacer. Javier Chutuska bajó humildemente la cabeza cuando Seneusky, entusiasmado, volvió a decir:

–Se le parece... ¡Es igualito!

Entonces la mujer del salinero tuvo vergüenza... Allí estaba su marido, viejo de sesenta años. Allí estaban los dos hijos que había tenido con él, que a él se parecían, que eran Chutuska en la sangre y en el apellido y allí estaba sentado, en mis piernas, el “otro”, el hijo que había tenido con un

abajeño, con uno de esos hombres que siembran su semilla en donde no debieran sembrarla. Seneusky la miró como diciéndole:

“Se necesita ser canalla. ¡Y su marido no le cortó la cabeza... Hay hombres...!”.

Besé repetidas veces los labios del chango que tenía sentado en mis piernas. Sus labios bermejos y fríos no correspondieron. Quedaban separados, inmóviles, dejándose besar.

—¡Mi chango!

La madre no sabía qué hacer.

Lo miré serenamente a los ojos. Quería ver yo el color de sus ojos. Él me miró extrañado.

—¿No me conocís, changuito salinero?

—.....

—¿No me conocís? ¿Quién soy yo? ¿Quién es este señor que te ha besado?

—No sé, señor —contestó, con suave voz de niño enfermo.

—¿No sabís quién soy yo? —torné a preguntarle. Ya me saltaba el corazón.

—Dejameló, señor —pidió Chutuska.

— ¡Se necesita ser...! —exclamó Seneusky.

—Changuito... ¡yo soy tu tatita!

Entonces la Rosario de tres zancadas llegó a mí, cogió a su hijo y lo retiró.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Ella no separó los bermejos y marchitos labios para contestar.

—¿Por qué?... —torné a decir, azorado, sintiendo nuevamente un gran peso encima—. ¿Por qué me lo llevas?

José Luis estaba asustado. Para salir de tal situación, Javier Chutuska habló al tendero de esta guisa:

—A ver si nos despacháis, señor. Venimos apuraditos. Está fiero el frío, señor, como pa' que se nos hielen los pies



y las manos. Prontito, tatay. Diez y ocho carguitas de sal trujimos. Son diez y ocho, señor. Los burros están en el canchón; ya los descargamos. Prontito, tatay. El frío está fuerte. ¡Como pa' que nos helemos cabeza y todo!

Los cinco salineros estaban ahora de pie y miraban al turco Abud, con humilde mirada.

–Prontito, tatay. Diez y ocho carguitas de sal son.

Abud respondió:

–Bueno, cómo no, marchante.

Los conocía bien. Venían de tiempo en tiempo, cuando en la lejana choza de paja, barro, piedra e iro, ya no tenían harina de maíz para el espesao, maíz para el piri, coca para el acuyico, chatas de alcohol de noventa y cinco grados para matar el frío y despertar la alegría. Venían de vez en vez, a la zaga de sus burros cargueros, burros vizcachillos, pardos, cariblancos, de largas orejas adornadas con flores rojas de lana. Traían sal, panes bermejos de sal, cortados allá, en el remoto salar reverberante y helado. Treinta, cuarenta y más leguas, a pie, en pos de las bestias, emponchados todos los hombres: el padre, los changos; la madre, arrebozada con su lliclla. Treinta, cuarenta y más leguas, a pie, sin una palabra –sin una– en horas enteras. La Rosario escondía las manos ateridas bajo el manto; no podía hilar; el huso iba clavado en la faja que apretaba la cintura. Horas y horas sin hablar. Javier Chutuska, la Rosario y los dos changos mayores, coqueaban durante todo el camino y al masticar las amargas “pastillas verdes” pensaban en los quintos de plata boliviana que habían oído sonar en el cajón del mostrador del turco Abud; pensaban en las piezas de lienzo amarilloso, en las botellas de alcohol de noventa y cinco grados, botellas de colorado rótulo. Treinta, cuarenta y más leguas a pie, por cerreros caminos, por huellas marcadas en un llano cubierto de tolares, por caminos blanquizcos, griseos, pardos. Vivían

para trabajar, para entregarle al hombre blanco el fruto de su trabajo. Le pedían poco para vivir, para mantener el cuerpo keswa.

¡Oh, la milenaria y vencida raza!

–Bueno... Cómo no... –tornó a decir el de la cabeza achatada.

Seneusky estaba mudo. ¿Comprendía ahora lo que costaban aquellos panes de sal que se llevaban a Buenos Aires?... Diez, veinte toneladas de sal. ¿Había pensado alguna vez en los hombres que cortaban con sus propias manos los gruesos panes de sal, en invierno, cuando quema el rápido viento de las cordilleras, cuando los caminos se ponen duros y blancos y blanquísimas las puntas de todos los cerros?

José Luis se puso detrás de Rosario. No me había dado un solo beso. No adivinó siquiera quién era el que por primera vez lo besaba.

–Ligerito, tatay, que, el día está fiero.

–Cómo no, marchante. ¿Y las cargas?

–Ya están en el canchón.

–Entralas, marchante.

Salieron casi todos, a la disparada.

Creí yo que José Luis se iba a quedar conmigo.

Cuando lo besé, sus labios estaban fríos. Y quedaron separados, inmóviles.

Seneusky, moviendo la cabeza, para mostrar su admiración, me dijo:

–¿Sabe amigo que el changuito es su retrato? ¡Qué cosa más parecida! ¡Boca, ojos, nariz, frente!... Un segundo tomo, en miniatura. ¿Usted no es casado?

–¿Yo? –pregunté como abobado. No podía creer que aquel rapaz había salido de la tienda de comestibles y bebidas del turco Abud—. ¿Yo?

–Usted...

–No, señor. Soy solterón.

–¿Por qué? ¿Quién dijo solterón?

–Tengo treinta y nueve años.

–Se ve que no es casado... Yo soy del gremio de los cascotes.

–Mejor para usted –dije sin pensar en las palabras que pronunciaba.

–Vea, amigo, si usted me hubiera hecho igual broma que la que le acaba de hacer a ese pobre salinero, le sacaba los chinchulines... ¡Amigo, decirle a un pobre hombre, a un pobre padre, que el hijo que ha criado no es suyo es darle una noticia bárbara...!

Me callé y le miré tontamente. Yo tenía en los ojos la silueta del salinero, del salinerillo que en sueños, una noche, había ido a visitarme. Entonces yo vivía solo, en una antigua casona olvidada.

–El viejo –¡pobre viejo!– se quedó lo más campante cuando usted gritó: “¡Mi hijo!” ¡Qué cosa bárbara! ¡Qué marido fenómeno!... ¡Como si le hubieran dado una copa de caña!

Mustafá Abud había ido al tinglado en el cual los salineros habían colocado los bermejitos panes de sal. Antes de dejarnos como cuidadores del mostrador nos había dicho: “Con bermiso”.

–¡Qué fenómeno de marido! ¿O es que esta pobre gente no tiene una idea, siquiera remota, de lo que es el honor?

Ante los ojos se me presentaba la silueta del salinerillo. Una detrás de otra se perdían, sin mayor significado para mí, las palabras del hombre del cabello rubio, cabello de sueco, de ruso o de dinamarqués. ¡Cuántas veces ocurre que a uno le hablan y le hablan, sin que se dé cata de lo que le dicen! Y uno quisiera que ese runruneo se prolongara.

–¡Qué marido fenómeno! ¡Usted le dijo que el changuito no era hijo suyo y se quedó lo más fresco! Otro hombre,

amigo, otro hombre que no tuviera sangre de pato, le hubiera hecho saltar los sesos o le hubiese sacado los chinchulines. ¿O es que estos pobres indios no tienen ni la más remota idea del honor?

Resonaron en mis oídos las palabras del viejo: “¡Dejameló, señor!”.

—Verdaderamente —continuó Seneusky— usted haría una obra buena llevándose al niño. Aquí, aquí, en esta desolación de la Puna, ¿qué porvenir le espera? Dígame usted, amigo, ¿qué va a ser de la vida de esta pobre criatura en compañía de esta gente? Si usted se lo llevara...

¡Pobre changuito! Es su retrato, un retrato en miniatura... ¿Por qué no se lo quita?

—¡No! —respondí, parando atentas mientes en las palabras de Seneusky.

—¿Por qué no se lo quita, hombre? Total, esta gente...

—Pero... yo...

—¿Usted no le dio nunca nada?

—.....

—Ropa, calzado, sombrero...

—¡Nada! —contesté—. ¡Nada! Como si no llevara mi sangre...

—Mal hecho, ¡caray! Pero lo que más a mí me admira es la sangre de pato del viejo. ¡Tolerarle a la mujer que se traiga, nada menos a la casa, a criar un hijo que ha tenido con otro! ¡Lléveselo usted, hombre!

En esa sazón llegó Abud.

—¡Caraspa, está llorando la marchanta!

—¿Quién? —interrogó Seneusky.

Yo sentí frío, frío de puna.

—La Rosario. Dice que el batrón le va a quitar el hijo, ese changuito que tiene cara de abajeño.

—¡Que se lo quite! ¿Qué quieren esos indios piojosos, coqueros? Si fuera mío, me lo llevaría.

–¿Y el viejo? –preguntó Mustafá Abud, moviendo la cabeza, en actitud de duda.

–El viejo ese no aguanta un castañazo bien pegado. ¡Quiere el viejo ese que cría hijos ajenos y se queda lo más campante!

Abud afirmó:

–Es cabaz de una hechuría.

–¿Con qué? ¿Con el aliento?

–Con la honda. Tiene honda.

–¿De goma? ¿De esas de tirarles a los chingolos?

–De esas de tirar biedras a las llamas y a los cristianos.

–No embromés, Mustafá. A vos te correrá con la honda esa de tirar piedras a las llamas “¡Beine, beinetas, sacabiojo, tudo a vinte!”.

Sonrió Abud con mansa y fresca sonrisa. ¡Qué le importaba a él que le trajeran a la memoria las palabras de su vocabulario mercachiflero si ahora tenía más de cincuenta mil pesos, si ahora era “don Abud”!

–Está llorando la marchanta. ¡Bobres! Hay que tenerles lástima.

–¿Vos decís eso, vos que les robás con la balanza, que les vendés gato por liebre, que les comprás la sal al precio que te da la real gana, y que les vendéis alcohol de noventa y cinco grados para que se embrutezcan más? –preguntó Seneusky al acaparador de sal.



Yo estaba sentado en un banco de madera, cerca del mostrador. Seneusky había salido afuera.

Entraron todos: Javier Chutuska, la Rosario y los tres changos.

Me fijé en la cara de la madre de mi hijo. ¡Ah, los años habían dejado su huella sobre el cutis cobrizo y en los ojos negros! Había estado llorando.

José Luis se puso detrás del viejo Chutuska. Inmediatamente yo pensé en las pastoriles hondas overas, de ramales trenzados. “No le has dado una hilacha. Nunca le regalaste un cobre. Cuando estuvo enfermo, no supiste. Cuando lloró, no secaste sus lágrimas como hacen los buenos padres, ni lo consolaste”, decía una voz conocida dentro de mi alma. A esa voz, jamás repliqué: me ensombrecía y quedaba mudo, mirando a lo lejos.

El viejo Chutuska se afirmó en el mostrador oliendo a coca, a vino, a harina, a queso de cabra, a bollos raspabuches. La Rosario se puso a una de las veras de su marido, como para que yo no le pudiera ver la cara. José Luis quedó entre ellos.

¡Qué satisfecho, qué sonriente, estaba Mustafá Abud! ¿Había hecho un buen negocio? ¿A cuánto les había comprado las carguitas de sal? Echó cuentas él solo, pues los changos, la Rosario y Javier Chutuska, no sabían sumar ni multiplicar, ni restar, ni dividir. ¡Qué cara de pascuas la suya!

Dejó de atusarse el bigote negro y espeso y preguntó entusiasmadamente:

—¿Qué vais a llevar, marchante? Tengo buena harina flor, coca boliviana, fresca, no ardidita; tengo lienzo bueno, bañuelos de bura seda, ban, galleta...

Y para avivar el ojo de los salineros el turco añadió, tomándose el pelo:

–Tengo beine, beineta, jabún, sacabiojo... Tudo avinte, marchante. Turco trubaja, trubaja y gana boco.

Sonrieron apenas.

–¿Qué vais a llevar, marchante? –tornó a preguntar.

Javier Chutuska habló, después de haber revisado en la palma de la mano un poco de harina de maíz.

–Pesameló diez kilos, señor. ¿A cómo está el kilo? ¿A veinte?

–A veintidós, marchante, bero no es abolillada.

–¡Caraspa!... Dejala a veinte, tatay; somos pobres...

–No se buede, marchante. Las batentes están por las nubes. Turco trubaja, trubaja y gana boco.

–Veinte kilitos, pesameló, tatay.

La Rosario reparó también en la harina rubia y granulosa.

Abud puso la harina en una bolsa.

¡Cómo lo miraban pesar! Ninguno de ellos sabía lo que indicaba el brazo. “Dos, tres kilos menos, ¿qué son para esta gente, si no les cuesta nada la sal?” –pensaba el turco.

–Poné la yapita, tatay –pidió el viejo Chutuska.

–Cómo no, marchante

Y allá fue una cucharada de harina rubia, dulzona, granulosa.

–Pesameló tres libras de coca, tatay. ¿A cómo está la onza?

–Al mismo brecio del mes basao –contestó Abud.

Y sacó un puñado de coca, para enseñársela al salinero.

–Ardidita está, señor.

–¡Qué esberanza! Abud nunca vende coca ardidita. ¡Está linda, marchante! Fijate vos, Rosario, que el viejo tiene mala vista.

–Veo bien, señor; ardidita está.

El comerciante abrió un tambor nuevo, uno de esos tambo-



res de coca boliviana, cerrados con hojas secas de bananero.

–¡Ajam! Estita está buena.

Le había mostrado dos clases de hojas; las unas, tirando a castañas, reseca; tiasas; las otras, verdes, olorosas.

–Pesameló una libra, tatay.

–¿No querís dos, marchante?

–Unita.

“Una onza, dos onzas de menos, ¿qué son para esta gente? La sal no les cuesta nada”, pensó el turco.

Ninguno de ellos sabía lo que indicaba el brazo de la balanza.

–Encimale la yapa, tatay.

–Como no, marchante –y allá fueron unas cuantas hojas de más.

–A ver, haceme probar el alcohol, señor.

–Tengo del bueno, etiqueta colorada. Noventa y cinco grados garantidos, marchante. Abud nunca vende alcohol rebajadito.

–A ver, tatay.

Abud bajó una botella abierta.

–De estito es. Noventa y cinco grados.

–Probaré, tatay.

–Cómo no; echá dos tragos.

El salinero se empinó la chata.

¡Qué bárbaro! ¡Qué bárbaro! ¡Como si hubiera estado bebiendo agua!; y bebía bravo alcohol de noventa y cinco grados, alcohol tucumano, de esa manera de alcohol que enciende la boca, que quema el estómago. ¡Qué bárbaro!

Javier pasó la chata a su mujer.

–Probá.

Yo temblé pensando que la chata de alcohol podía ir a parar a las manos de José Luis.

La Rosario bebió con largura, como para acallar una voz,

como para matar una pena, como para mitigar un dolor.

—¿No está rebajadito?

—¡Qué esperanza! —contestó Abud, sin esperar la respuesta de la mujer de Chutuska—. Abud nunca vende alcohol rebajadito. Garantido: ¡noventa y cinco grados!

—Bajá dos chatas del mismo, tatay. ¿A cómo están?

—A dos veinte, marchante.

—Carito. Dejámelas a dos pesos, tatay. Rebajadito ha de estar.

—Tomá otro trago, marchante.

Chutuska se empinó de nuevo la chata. La tuvo un minuto, inmóvil.

—¿Rebajadito?

—Está bueno, tatay.

—A ver el lienzo —dijo la Rosario.

Escuché su voz, por primera vez, después de siete años y no sé qué pasó en mí. Era la voz suya de ahora una voz opaca.

—¿El lienzo? —preguntó el turco y agregó—: Tengo una buena clase de lienzo, que dura hasta que se acaba.

Pero ella no sonrió. Ahora le veía yo la cara.

—A ver el lienzo, don Abud —dijo la Rosario—. Despachenós pronto.

Era la suya una voz de mujer arrepentida y enferma. ¿Arrepentida de qué? ¿De aquello, de aquello cuyo recuerdo se clavaba como espina en su alma? De aquello, sólo yo tenía la culpa...

—A ver el lienzo, don Abud: despachenós pronto.

Mustafá Abud bajó dos piezas de amarilloso lienzo.

El chico mío, el pobre José Luis, ¿llevaría camisa de lienzo o de picote?... ¡Cómo me hubiera gustado levantarle el ponchito, desprenderle la chaqueta y tentar la camisita! ¿Sería de picote blanco, de tela burda, de lana, tela áspera, tejida a peine, en telar criollo? “Los más pobres usan camisa de picote”, pensé.

Javier Chutuska, a hurto del dueño de la tienda de comestibles, de bebidas y de productos del país, cogió la chata.

–¡Javier! –exclamó la mujer–. ¡No seáis así! Tenemos que ir a lo de don Rodolfo y no te vais a presentar machao.

–¡Marchante! –exclamó el turco–, chupá no más, si te gusta, que Abud es el dueño de la chata.

Y Chutuska, el viejo salinero, bebió ávidamente.

Crucé el mostrador y me puse a reparar en los estantes.

El turco había bajado piezas de bombasí rojo, verde, y pañuelos de algodón, pañuelos azules, rosados, celestes, amarillos.

“Un trajecito de casinete”, dije para mí coletito. Y bajé uno lindo, bien cortado, de su medida.

“Botines y medias”, dije luego para mí.

Allí, en esos estantes, no había otros botines que las rusas o botines patrias, calzado que usan los soldados y uno que otro puneño que viajó por las provincias de Abajo. Pesadas son las rusas.

Aparté un par de rusas, el mejor entre todos los pares de su medida. Separé algunos pares de medias de algodón.

“Sombrero y ropa interior”, dije para mis adentros.

Bajé un ovejoncito, como para su cabeza.

José Luis, que había estado observando, se me acercó. Lo sentí llegar a mí. La madre lo cogió por un brazo y lo llevó a su lado.

–¡Mi hijo!

Ella, la Rosario de antes, me miró fieramente.

De lo pasado sólo yo tenía la culpa.

Aparté camisas, calzoncillos de franela.

Cerca estaba un frasco atiborrado de verdes y rojos caramelos. Formé un cartucho de caramelos ajíes.

¿Habría comido caramelos alguna vez José Luis? En la Puna hay mujeres y hombres que no conocen el sabor del azúcar.

–Bañuelo fino, barato, marchante –decía el turco, al mostrar una llamativa manera de pañuelo azul.

El viejo Chutuska se había sentado en los calcañares, a la usanza india. Destapó una de las chatas compradas y empezó a beber, sin convidar.

–¡Salud, combadre! –le dijo Abud, cuando lo vio empujando el codo–. ¡Salud y blata y una boliviana de yaba!

El viejo respondió, en un descanso:

–Salú, tatay.

Fui a cortar un lienzo para envolver todo lo separado. Rosario se apartó del mostrador. ¿Acababa de ver a un enemigo?

Me dieron tentaciones de hablarla, de contarle todo lo acaecido durante siete años de ausencia; me dieron tentaciones de hablarla, allí, en presencia de su marido, de José Luis, de sus otros hijos; me dieron tentaciones de hablarla, allí, delante de Mustafá Abud, su antiguo patrón; me dieron tentaciones de reclamarle mi hijo... pero, ¡no sé lo que ocurrió!... ¿Vergüenza? ¿Miedo a su marido?... ¡Qué iba a tenerle miedo al pobre Chutuska, que no cargaba otra arma que su overa honda pastoril!

–Vení, Rosario; no seas así –le dijo Abud.

Rosario se corrió a la punta opuesta del mostrador.

–A ver si nos despacháis prontito, don Abud.

–Como no, marchante.

Corté el trozo de lienzo; después hice sonar un tarro de galletitas, uno de esos tarros aromosos que esconden galletitas rebozadas de azúcar y morenas y picoteadas galletitas y en cuyo interior entra la mano, a ciegas, del peje glotón.

–Denos la yapa, don Abud –parecían decir con sus ojos pedigüenos, José Luis y los dos hermanos.

Ya lo veía yo a la zaga de la recua de vacío, llevando a la espalda el atadito regalado. Ya lo veía yo deteniéndose en

el camino para tentar la tela del traje, el género de las camisas o para probarse el blanco ovejón. Pero no..., salieron de prisa. Y la ropita, las medias, las rusas, el ovejuno blanco y el cartucho de verdes y rojos caramelos, quedaron sobre el mostrador oliente a coca, envueltos en un trozo de lienzo...



¡La noche que pasé! Sentí un frío tremendo. Abud me había mandado tres cobijas más; éstas, como las de la cama de hierro de mi pieza, tenían un grato olor de tola. Y con las cinco frazadas puneñas encima de mi cuerpo, sentí frío. Era un frío de escarcha. Maté la luz en vano. El sueño se alejó de mis párpados. A encender la vela; vuelta a apagarla. Ni un solo canto de gallo. De vez en vez, la voz del viento. Veía yo en mi pieza de piso terrero a Javier Chutuska, a Rosario y sus tres hijos. José me miraba a mí como a una persona conocida y querida.

Una vela de sebo alumbraba mi pieza.

Cerré los ojos para soñar despierto, para mirar a lo lejos, con los ojos de la imaginación. Ahora los salineros iban por un camino marcado sobre la plancha verdinegra de un altiplano vestido de tolas y añaguas; iban a pie, siguiendo a los burros cargueros; iban en derechura del inmenso y blanco salar reverberante, de donde traían los pesados panes de sal, rebozados de colorada greda, cortados y labrados de sus manos. Iban a pie, coqueando los cinco. De trecho en trecho Javier Chutuska se empinaba el codo. José Luis, cuando hicieron un huelgo junto a unas altas y negras matas de tola, dijo a su madre:

—Gordo había sido mi tatay...

Ella lo miró a los ojos silenciosamente. Gordo no era yo entonces.

—Parece hombre rico, como don Rodolfo.

Rodolfo, el loco Rodolfo, como le decíamos en la Puna, era el único señor de aquellos pagos: bien plantado, valiente, rico, alegre, farrista, vestido a lo señorito gauchesco, a veces; trajeado a lo ciudadano, en ocasiones.

–Gordo había sido mi tatay –tornó a repetir.

La madre, sentada en el suelo, hilaba con su huso indio, mientras revolvía con la lengua la bola de su acuyico tardío.

¿Me vería ella con los imaginativos ojos? ¿Sólo rencor y odio le había inspirado yo?

–Gordo había sido...

Al lado de Javier Chutuska, yo era un hombre gordo.

Jamás vi un puneño gordo.

José Luis tornó a repetir:

–Rico parece, como don Rodolfo; usa botines como los de él y pantalones y saco y cuello duro y sombrero fino como el de él.

Se me ocurrió que la madre, que hasta entonces no le había respondido, lo miró secamente y le dijo:

–Sí... ¡tu tatay!... ¿Cuánto te ha dado hasta hoy tu tatay?

Javier Chutuska ya estaba ebrio. No paró la oreja.

La Rosario se debió acordar de mí; me debía ver con los ojos del recuerdo. Siete años antes los dos éramos otros.

–Gordo había sido mi tatay...

Pasé una nocha perra, desvelado, con un frío tremendo, mirando cosas irreales, sintiendo voces conocidas. Pasaba el tiempo, pasaba, y no se oía el canto de un gallo. Sólo el grito del viento. No veía las horas de levantarme.

Serían las siete cuando el turco golpeó la puerta con los nudillos.

–¿Quiere un mate?

Yo estaba a punto de cerrar los ojos.

–Pase Abud –le dije.

Entró con el mate en la mano.

–¡Qué cara tiene!

Mi cuarto estaba alumbrado a vela.

–¡Pasé una noche perra!



—La Puna...

—¡No, qué Puna ni qué Puna! A mí la Puna no me hace nada.

Venía en cuerpo de camisa; traía a la espalda un puyo de vicuña.

—¡Mañanita fría, eh!

—Como si estuviéramos en el polo.

—Ha caído una helada negra.

Salió; pronto volvió con otro mate.

—Mirá, marchante, dejate de bensar en el chango... No vale la bena. Yo también tengo dos hijos yutos y no se me importa un bebino. Uno es grande. Barece indio con cabeza de turco. Se llama Mohamed. Tiene diez años. ¿Bonerlo tras el mostrador a desbachar? ¡No! A Abud no le roba nadie.

Salió. Volvió nuevamente.

No pude aguantar más la curiosidad y le pregunté:

—¿En dónde tienen la casa?

—¿Ellos? ¡Lejos! Dicen que cerca del Salar Grande. Una bunta de leguas. Y ahora, marchante, ¿quién se anima a ir al Salar Grande?

¡El Salar Grande! ¡El inmenso mar blanco; la estepa helada, reverberante, que con el surumpio cegaba a los salineros! Yo, hacía algunos años, había cruzado una de sus cabeceras, por el camino de San Antonio de los Cobres a Susques. Me acordaba de su enorme extensión blanca, blanquísima. A una mano, a la otra, montes colorados y cerros azules.

—Lejos, lejos, marchante. ¿Te estáis animando a ir detrás de ellos?

—Quién sabe...

—Te vais a helar, marchante.

Me trajo una chorrera de mates.

—¡Quién sabe!...

—¡No vale la pena! Yo tengo también no sólo uno, dos

hijos grandes. ¡Ah, Mohamed... serías un ladrón detrás del mostrador!

Parecía que con sus corporales ojos veía a su hijo, al hijo vestido de harapos, descalzo, de tez cobriza, de pelo negro, de dientes blanquísimos y de cabeza achatada por atrás.

—No vale la bena; te vais a helar, marchante.

Me lavé y me eché afuera. Había salido ya el sol, un amable sol rubio, el mismo que corría y que luego llamaba a los vientos de la Puna. En las calles de Abra-Pampa encontré a las mujeres arrebozadas en sendos mantos de lana; caminaban sonando las ojotas. Andaba yo por las calles como un mal dormido, con una sola idea clavada en la mente: la de llevarme a José Luis. La veía yo a mi madre acariciándole, muerta de gusto. Lo veía yo saltando, gritando, riendo en el jardín umbrío de mi casona antigua; lo veía de la mano de mi madre. De grado o a disgusto de la Rosario tenía yo que llevármelo. Pero, ¿pero adónde, en qué pago frígido y remoto el viejo Chutuska había construido su rancho de piedra tosca, de paja y terrón? ¿Para dónde se habían ido ahora, de prisa, como corridos de la lluvia, como asustados por la voz de los truenos, como amedrentados por el Viento Negro? ¿Se habrían ido al Salar? Estábamos en invierno, que es tiempo propicio para cortar los panes de sal.

Caminaba yo por las calles de Abra-Pampa, como un mal dormido, papando aire.

Volví al negocio de Abud.

Seneusky y el turco discutían nuevamente; discutían acerca del precio de la sal. Seneusky debía comprar hasta dos vagones de sal; quería conseguirlos al más bajo precio. Razones y más razones; pero lista la zancadilla. Abud no era lerdo para el retuque; se defendía, se defendía, metiéndose en la cueva de una negativa: “No vendo, no vendo, marchante. Abud no tiene aburo. La sal no se abolilla. No vendo. Se acabó, marchante”.

¡Qué mala suerte les deseé en ese instante a los dos! Consideré a los dos como a unos viles explotadores de los pobres salineros puneños. Seneusky venía de lejos, sólo a llevarse la sal comprada a bajo precio; Mustafá daba harina, coca, alcohol, lienzo, a cambio de los bermejos panes cortados en la dilatada pampa del salar blanco y monótono, en cuya superficie el termómetro suele marcar veinte y treinta grados bajo cero; Abud les robaba en el peso. ¿Cuántos salineros sabían leer y escribir? ¿Cuántos sabían echar cuentas? Algunos sumaban valiéndose de piedrecitas o de granos de maíz... ¡Qué mala suerte les deseé a los dos!: el rayo o una peste fiera; que en una llanada blanca se vieran perseguidos por dos cóndores y que éstos les sacaran los ojos y la lengua.

—¿Y qué tal le fue, compañero, con la india, madre del chango? —me preguntó Seneusky, cuando se cansó de discutir con el turco.

Abud respondió por mí:

—Mal. Estas indias son tremendas: defienden la cría como las vacas.

—No hay que darles mucho corte, compañero. Se lo hubiese sacado aquí no más. ¡Qué quiere con el viejo que tiene de marido! El viejo ese no aguanta un puntapié.

—No tiene más arma que la honda —añadió Abud.

—Se lo hubiera sacado, compañero.

Repelente me era Seneusky; sin embargo, al pensar como en un instante había pensado yo, me resultaba simpático. Pensé arrebatárles el niño. Me acercaría al grupo, cogería a José Luis por la mano y me lo llevaría a mi pieza. Después..., arreglaríamos cuentas. Yo tenía más miedo a la madre que a Javier Chutuska; aquélla defendería al hijo de sus entrañas con sus manos y, como hembra, con uñas y dientes.

—¡Se lo hubiera quitado, compañero! —tornó a exclamar Seneusky, cortando la discusión por el precio de la sal.

–Claro, marchante –agregó, Mustafá.

–¿Y por tan poca cosa se pone mustio, amigo? –me preguntó Seneusky–. No se aflija, compañero. Soy capaz de traérselo yo, ¿sabe? Tengo que viajar.

–¿Con este frío bárbaro? –preguntó asombrado el turco.

–Sí.

–¿Está queriendo que lo traigan atao en una mula?

–A mí no me asusta el frío, al contrario: me gusta. Ya ven ustedes cómo voy.

No llevaba gabán; en el cuello tenía envuelta una bufanda de seda.

–A mí no me asusta el frío, compañero –tornó a decir, mirándome afectuoso.

Era un hombre feo.

–¿Quiere venir conmigo? Iremos a Casabindo, a Cobres, a Susques, a San Antonio y si se anima, hasta Coranzuli y Pastos Grandes. ¡Qué me dice!

–Como no –contesté–. Pero en invierno, con semejante frío, ¿realizar esos viajes?

–Pasaremos por una de las cabeceras del famoso Salar Grande de donde traen los panes de sal estos indios salineros, ojutudos, coqueros y sombrerudos.

–¿Por el Salar Grande? –preguntó Abud.

–¿Y usted me pregunta, amigo? ¿No sabe dónde cortan la sal los salineros?

–Sí –añadí–. Para ir hasta Cobres, que está en un rincón del departamento salteño de Rosario de Lerma, se pasa por una o dos cabeceras del Salar Grande.

–Compañero, ¡arriba! –exclamó Seneusky.

Sentí el golpe dado en la puerta.

–¡Arriba, que son las cuatro!

Debíamos salir a las cinco de la mañana.

Lo dejé golpear dos y tres y más veces, hasta que protestó de esta guisa:

–Usted no parece provinciano: había sido una marmota.

–Ya voy –le contesté, en tono de fisga–; me estaba haciendo el dormido.

Me levanté. Me lavé. ¡Qué agua fría! ¡Ni que fuera de nieve!

Salí afuera. El cielo estaba hermosamente estrellado. Era un cielo remoto y azul, que parecía hecho de las manos del Creador para deleitar los ojos.

–¡Qué quiere, amigo; usted había sido una marmota! –dijo Seneusky, en cuanto me vio.

Salí arrebozado con dos ponchos de vicuña.

–¿Vamos al polo, eh? –preguntó el hombre rubio–. ¡Qué cosa bárbara!

Hacía un frío tremendo.

Kaukota empezó a ensillar las mulas.

–Che, compañero, ¿no tiene otros dos ponchos? –me preguntó Seneusky.

–¿Para qué?

–Para que se los cale encima de esos dos que lleva. –¡No se crea! ¡Y no se descuide! Allí, en Susques, en Cobres, en San Antonio, el termómetro marca veinte y veinticinco grados bajo cero.

–¡Y a mí qué me importa!

Seneusky llevaba puesta una tricota de lana.

–Ya me ve...

–Se va a helar en el camino.

–¿Yo?

–Sí.

–¡Quién le ha dicho! Yo, no; tal vez usted...

–Lléveselos para usted.

Echábamos sendas bocanadas de vapor cuando hablábamos.

Mustafá Abud nos trajo mate. Se presentó emponchado, en mangas de camisa, la cabeza destocada. Estaba contentísimo, pues el día anterior había embuchado toda la plata traída por Seneusky. El turco se había salido con la suya. Vendió toda la sal que tenía en el cobertizo; vendiolo a buen precio. Seneusky había despachado ya dos vagonadas.

–¡Beine, beineta, sacabiojo, tudo a vente! ¡Turco trubaja, trubaja e gana boco! –exclamó Seneusky al recibir el primer mate.

Mustafá repitió las mismas palabras, tan naturalmente, como si el turco del cajón y de las baratijas estuviera en la puerta de la casa de algún marchante.

Sus palabras nos hicieron una gracia bárbara.

–Abud, ¿te animás a acompañarnos? –preguntó el rubio.

–No estoy loco.

–Nosotros no somos locos, ¿qué te has creído Beine, beineta?

–Te han de traer duro, como balo, marchante.

Kaukota, un mozo puneño que acababa de llegar del remoto Susques y a quien Abud mandó ensillar las mulas, dijo a Seneusky:

–Ya están las mulas, señor.

Llenamos bien las alforjas con trozos de chalana de cabra, bollos morenos y ásperos y blancos y olorosos quesos de cabra, sudadores, de puro gordos. Como habíamos de dormir

a la intemperie, en lugar de peleros hice poner debajo de la silla jineta dos frazadas puneñas.

Montamos.

–¡Adiós, Abud!

–¡Adiós, Beine-Beineta!

–¡Que les vaya bien, marchantes!

Mustafá Abud se quedó en la cocina, tomando mate. No eran aún las seis. ¡Hacía un frío! El agua que había quedado en el brocal del pozo estaba dura, completamente dura.

–¿Diez grados bajo cero? –pregunté a Seneusky, no bien pasamos por el cerro Huankar, el fragoso cerro rosado de Abra-Pampa, por cuyas peladas cuevas saltan los chinchillones.

–¿Qué está diciendo, compañero? ¡Un grado bajo cero, a lo sumo!

Calculé yo diez grados bajo cero. Del lado de la cordillera venía un vientito que nos quemaba la punta de la nariz y que se metía por debajo de ponchos y tricotas.

–¡Cochinoca! –exclamé en cuanto llegamos a la cima de un monte fragoso.

Unos salineros se quitaban el sombrero al pasar junto a la cruz que hay en la cumbre. Iban a pie, en derechura de Abra-Pampa, en pos de sus burros cargados de panes de sal.

–¿Qué tal está abajo, chei? –preguntó Seneusky a uno de ellos.

–Lindo no más –respondió el hombre, sin volver la cabeza.

Habíamos andado casi cinco leguas. De trecho en trecho, una frase y el humo del cigarrillo. ¿Éramos acaso dos locos meditativos?

El frío que venía de la vieja cordillera, en las alas del viento, me había mortificado tanto que no sentía mis pies. ¿Ya no tenía yo pies?

Empezamos a bajar.

Cochinoca está en un bajo. Cochinoca es una aldehuela muerta, con sus viejas casas de adobón bermejo arruinadas y sus callejas pobladas de herbazales. Algunos sauces criollos, en verano la manchan de verde; algunas queñuas cerreras la manchan de gris. ¿De dónde trajeron esos sauces? Las queñuas son del cerro El Queñual.

—¿Qué tal, che? —me preguntó Seneusky.

—Lindo no más —le contesté yo, y me di vuelta para mirarle la cara.

Él venía zaguero. Tenía la cara amoratada.

—¿Se está apunando, che?

—¿Por qué?

—Se está poniendo morado negro.

—De veras, me molesta la Puna. ¡Qué embromar!, yo no soy coya. No puedo respirar bien y siento aquí en la frente, una opresión bárbara. No faltaría más que me llevase el diablo aquí, en esta soledad.

—No se aflija, amigo; ya se le pasará —le dije para darle ánimo.

No tardamos mucho en descender por una calleja silenciosa.

Detuvimos nuestras cabalgaduras a la puerta de un boliche. De pie, contra la pared de adobe, coqueando silenciosamente su coquita, estaban hasta cinco parroquianos trajeados de picote azul, calzados de ojotas. Gastaban sombrero ovejón, haldudo y blanco. Eran hombres de tez cobriza, de pelo retinto y de dientes blancos.

—Buen día —dijimos.

—Buen día, tatay —contestaron.

—¿Qué hay aquí para comer? —preguntó Seneusky. Nos miraron humildemente.

Pensé yo en el antiguo rencor que el indio guarda para el blanco. Es un rencor que no morirá nunca.



–¿Habrá sardinas y quesito de oveja? –pregunté yo al parroquiano más viejo.

–Hay... –respondió, después de haberse dado cata de que yo era también hijo de la Puna.

Nos apeamos.

El dueño del tenducho, que estaba de pie, con el sombrero puesto, tras del mostrador, vino a saludarnos. Era un puneño lampiño y petiso, que bien podría andar al friso de los cuarenta como de los setenta años.

Sentí olor de coca y de quesitos de cabra.

–¿Qué tenés para comer? –preguntó Seneusky, después del saludo común.

–No debe comer, compañero –interrumpí yo–; para la puna es malo comer.

–¡Cómo no! –agregó el bolichero–. Es malo.

–Pero para el estómago, no –aseguró el hombre, blanco y rubio.

–Así será –dijo el dueño de casa y bajó la cabeza.

–¡Traigo un hambre de perro flaco!

–Sardinitas hay; quesitos y bollos, hay...

–A ver los bollos –pedí yo–. ¿Serán de los raspabuches, de esos que se quiebran a martillo?

–Cómo será, señor.

–A verlos –dijo Seneusky.

El hombre nos hizo ver una manera de pan moreno y duro, duro como piedra. Tenía el pan la cara raída de viruelas.

–¡Eh, bárbaro!

–¡Eh!...

–Es lindito, señor.

–Para tus dientes. Esto ya no es pan, es piedra.

Los puneños que estaban afuera, afirmados en la pared, metían la cabeza y se daban cata de cómo tratábamos al pan criollo, moreno y sabroso, hecho de manos campesinas.

Ellos comían de ese pan de tiempo en tiempo, cuando el bolsillo se lo permitía.

–Sacá dos latas de sardinas, tatay –dijo Seneusky–.  
¿Hay vino?

–Hay.

–¿De dónde es?

–¡De dónde será, pu', señor!

–¿Blanco? ¿Negro?

–Monterrico es.

–¡Ajam!

Bajó el hombre dos latas de sardinas. A mí se me llenó de agua la boca. Puso su cuchillo de punta y empezó a martillar con la palma de la mano.

–Están lindos los pescaditos, señor –dijo el tendero, en cuanto saltó a la vista el nácar del costado de las sardinas.

A los de afuera también les llegaba el olor.

–¡Parece que están lindas! –exclamé yo.

–Linditas. Dicen todos que estos pescaditos vienen de Buenos Aires... ¡Cómo será, señor!

–Sí pues, de allí vienen. A ver, che, tatay, poné dos servilletas, dos tenedores y dos vasos.

Puso dos vasos empañados y dos hojas de papel de estraza.

¿Tenedores? ¿Para qué?, ¿acaso no estaba allí su cuchillo puntiagudo?

–¿Servilletas, che?

–.....

Y sin pedir permiso al dueño de los pescaditos, aquel hombre de edad indefinida aseguró uno con la punta de su cuchillo y se lo llevó a la boca.

–¡Ah, tigre! ¡Así me gusta el chancho, que abra la boca y no grite! –exclamó el hombre rubio, cuyos cabellos podrían ser de sueco, de ruso o de dinamarqués.

Lo difícil vino cuando hubo que hincarles el diente a los

bollos raspabuches, tutados de peste. Inicié la ofensiva, con los colmillos.

–¡Piedra!

–¡Piedra!

–Linditos son, tatay –aseguró el bolichero.

A los parroquianos que curioseaban se les llenaba la boca de saliva.

–¡Piedra!

–¡Piedra, compañero!

–Linditos, son; viejitos, pero...

–¿Y el vino, tatay?

Nos sirvió sendos vasos de un vino color de rubí. Mi compañero echó un trago, para bajar los pescaditos.

–¿Qué tal?

–¡Vinagre! –exclamó, arrugando la cara–. ¡Vinagrillo!

–Rebajalo con agua, tatay. Aquí tenemos linda agüita.

Trajo agua cristalina y dulce en un jarro descascarado.

–Agüita del cerro.

–Si es como el vino, como este famoso Monterrico, te la podés chupar vos.

Pronto quedaron las latas relumbrando.

–¡Amalaya una, enterita, llenecita, con tapa remangada!

–dirían los que nos estaban viendo comer.

De la cocina llegaba un lindo olor de tola y un olorcillo de picante puneño, picante de panza, mote y “bastantito ajuí quitucho”.

–¿Y que no quieren servirse un platito de picante? –preguntó el dueño de casa, con humildad–. Están en la casa de un pobre.

–Como no, con mucho gusto –contestamos.

–Pasen, pues.

Y señaló la puerta que daba al patio y a una pieza frontera.

–Pasaremos.

Él mismo preparó la mesa. Pronto apareció la mujer que había guisado el picante: calzaba ojotas monteses, sombrero ovejuno, haldudo y blanco, pollera corta, de ocho a diez metros de vuelo, a la usanza boliviana, con infinidad de tablas. El pelo, largo, negro, luciente y lacio, recogido en dos gruesas trenzas, le manchaba la blusa de picote blanco. Trajo una enorme fuente de palo, colmada de picante.

—¡La pucha! —exclamó Seneusky—. ¡Esto está muy colorado!... ¿Se ha olvidado de ponerle ají, amigo? —preguntó mirando al bolichero.

La cocinera contestó al punto:

—Si lí puesto, tatay, ¿que no lo estáis viendo?

—¿A dónde? —interrogó el hombre rubio, haciéndose el tonto.

—¡Habías sío ciego, tatay! A ver, probá un chiquito pu, y me has de contar...

Seneusky se prendió a los trozos de panza, los que estaban blanditos y sabrosos.

Nos habían servido el picante en platos de palo.

—Has de perdonar, señor, que estáis en casa de pobre —decía de rato en rato el bolichero, dirigiendo la mirada a mi compañero.

Ni terciado con agua andaba bien aquel Monterrico coloradito y agrío.

No bien sonó la cara morena de mi plato, la mujer lo llenó de nuevo.

—¿De aquí sois vos, tatay? —me preguntó, mirándome cariñosamente.

—De más allacito.

—¿De dónde pu?

—De la Rinconada.

—¡Ajam! Y pa' dónde están yendo?

–Para Susques.

–¡Ajam!

Y se cruzó de brazos sin quitarme los ojos de encima, rompió a rumiar y rumiar la coca de su acuyico.

A Seneusky lo empezó a apretar la Puna: le manaba sangre por la nariz y por los oídos. Tenía la cara amoratada.

–Coqueá, tatay, y echale un trago de alcohol de noventa y cinco grados –recomendábale el bolichero.

–¿Coquear? ¡No soy chanco!

–La coca y el alcohol son santo remedio para la Puna.

Cuando se compuso mi compañero, el dueño de casa le preguntó:

–¿Sois de Buenos Aires, tatay?

–¿Por qué?

–.....

–Soy de Buenos Aires.

–¿Y qué andáis haciendo por estas soledades? Aquí no hay nada que comprar. Ni ovejitas, ni llamas hay.

–Vamos de paso.

–¿Para dónde?

–Para Susques.

–¡Ajam! Conozco.

–Después iremos a Coranzuli.

–¡Ajam! Conozco.

–Y a San Antonio de los Cobres.

–Conozco.

–Yo también –añadió la guisandera.

–Y a Pastos Grandes.

–Conozco.

La mujer sacudió la cabeza. No conocía aquellas tierras de Pastos Grandes que atalaya el nevado Késvar.

–¿Y para dónde más, tatay? –pregunto el bolichero, que

vestía traje de picota y calzaba pesadas rusas.

–Después... iremos a donde mismo el diablo perdió el poncho...

–¡No conozco! –exclamó el hombre.

–¡No conozco! –repitió la cocinera.

–¿Tendrás minas de oro en Susques? Dicen que hay...

–No sé... Puede ser...

–¿Tendrás mina de cobre cerca de San Antonio? Allí hay...

–Puede ser...

–¿Por negocitos, tatay?

–Tal vez...

–A mí también me están entrando ganas de acompañarte.

–Si te gusta, ensillá tu mula.

–No tengo.

–¿Entonces?... ¿A macho talón?

–A machito talón, nomás.

Seneusky soltó la carcajada.

De Cochinoa fuimos a Casabindo.

En Cochinoa, la enorme muralla de cerros parece infranqueable. Y sin embargo..., un caminejo aquí, un caminejo allá... Son caminejos de llamas, de burros y de arrieros y pastores que andan a pie, en pos de su recua.

Nos despedimos del bolichero alegremente. Él se quedó con la infantil sonrisa en los labios gruesos y pintados de verde por la coca.

Y de nuevo, a andar y andar, caballeros en sendas mulas, mulas que habíamos alquilado al tatay Cachisumpi, con garantía y por una punta de bolivianos de plata. A andar, por aquellas quebradas angostas, resonantes, umbrías; por laderas pinas, por gramenosos huaycos y por un altiplano batido por el recio viento de la Puna. ¡Qué viento, Santo Dios! Calculé que a la vuelta se me saldría enterito el cutis de la cara. Empezábalo a sentir no como antes, sino como cuero. Y me veía cobrizo, completamente cobrizo y con los ojos colorados.

En casa del bolichero del picante habíamos pasado la tarde y la noche de nuestro primer día de viaje. Dormimos en sendos catres de tientos, debajo de cuatro frazadas puneñas, frazadas que olían a tola.

¿A qué iba a Susques, Seneusky? ¿Qué negocio tenía en San Antonio, en Coranzuli, en Cobres? Mientras íbamos taloneando, taloneando, mezquinándole la cara al viento, varias veces le hice tal pregunta, refiriéndome al motivo de su viaje. El mío tenía motivo y medio: yo vivía solo, aburrido, en una antigua casona. Ahora iba a buscar a mi hijo, al hijo que no llevaba mi apellido, sí mi sangre.

—¿Y usted, qué va en la parada, compañero?

Sonreía Seneusky y contestaba:

–Y a usted, ¿qué le importa?

¿Tendría negocios de minas? ¿Querría contratar una punta de salineros para que llevaran, por cuenta suya, hasta Abra-Pampa, infinidad de carguitas de sal? Minas de oro, hay en Susques, inexplotadas. La tierra es orera allí. Minas de cobre hay cerca de San Antonio y en el mismo caserío de Cobres. Una muchedumbre de salineros corta sal en las varias cabeceras del Salar Grande.

¿Con qué objeto este hombre narigón, flaco, bocón, de pelo rubio, hacía el viaje conmigo? ¿Pensaría comprar las carguitas de sal a los pobres salineros, en el propio Salar?

–¿Le han dado noticias, compañero, de alguna mina de oro? –le preguntaba yo, insistiendo, de rato en rato.

–No me han dado noticias de ninguna –contestaba.

El frío era terrible; un frío que venía con el puñal de viento.

Anduvimos, anduvimos, silenciosos, cabizbajos. De trecho en trecho, para matar su aburrimiento, Seneusky encendía un cigarillo.

–¿Fuma, che? –me decía entonces.

–Gracias, no fumo –contestaba yo.

–Fume, hombre.

–No fumo. Gracias. Prefiero coquear, aunque no le tengo miedo a la Puna; pero..., dicen que más allá es brava, como para voltear al más pintado.

Metí las manos en el bolsillo y saqué unas cuantas hojas.

–A ver, pase dos o tres: voy a probar.

Le di unas cuantas.

–Pruebe. A ver si se hace coquero.

Apenas las mordió arrugó la cara y chasqueó la lengua, disgustado.

–¡Qué porquería! ¡Se necesita ser puerco para mascar esto!

–A mí me gustan. Vea...



Y le mostré, en la punta de la lengua, la bolilla verdosa del acuyico ya formado.

–¡Qué porquería!

Señaló el sol las doce y nos apeamos junto a una mata de tola verde y fragante. Desensillé las mulas y les puse sendos morrales con su carguita de maíz amarillo.

Bostezó largamente Seneusky y se tiró largo a largo en el suelo arenoso. Se quedó un rato, boca arriba, mirando el cielo remoto y azul.

–¡Qué vida de atorrantes, eh!

–¡Qué vida!

–Pero en fin... Vamos a ver si el resultado compensa.

–Como para volverse... ¿eh?

–¿Qué está diciendo, provinciano flojo?

–Le decía, nomás...

Metí la mano en uno de los bolsillos de las alforjas y saqué un bollo y un quesito de cabra. Corté un trozo de cada uno y me puse a comer como un jornalero que acaba de llegar del trabajo.

–¿No convida? –me preguntó Seneusky, apenas sintió el olor del quesito.

–Cómo no.

Y le ofrecí una ración de peón caminero.

Probó. Chasqueó la lengua.

–¿Qué tal?

–No está tan bueno que digamos; pero en fin... hambre tenemos, ¿no?

–Hambre tenemos.

El quesito desapareció. Seneusky sentóse en el suelo y se puso a fumar, a la perezosa. Las mulas hacían sonar el maíz. De las haldas pinas de los cerros se descolgaba un viento frío.

Cayó la oración. Y los montes cercanos, montes griseos, colorados, azulencos, fueron bañados por las sombras pardas.

De tal guisa estuvimos toda la tarde, sentados, al sol, casi sin conversar. De rato en rato me ponía a mirar perezosamente el cielo, la vega, los cerros, el camino.

–¿Y las mulas, che? –preguntó Seneusky–. ¿Van a quedar así?

–Las voy a trabar.

–Mejor será atarlas a una tola.

–¿Y si la arrancaran? De noche pueden asustarse mirando a la Pacha...

–¡Déjese de macanas! ¿Usted cree en la Pacha-Mama?

–Ni creo, ni dejo de creer.

–¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!

Quitó el lazo a las mulas y las trabé por las manos: la mano de una con la mano de la otra. Tal la costumbre puneña. Trabados andan los burros, en yuntas, por las llanadas cubiertas de tola. El dueño está seguro de que sus “animalitos” no se le mandarán a cambiar.

Como cayó la oración, calladita, despacio, cayó la noche.

–¿Y? –me preguntó Seneusky–. ¿Haremos las camas?

–Como guste, compañero. Si quiere yo las tiendo.

–Bueno. Vamos a ver qué tal mozo de mano es...

–Regular... Regular...

Junto a una tola excavé una zanja de poca profundidad y tamaño como el cuerpo de mi compañero.

–¡Eh!... ¿me está por enterrar? ¡Todavía no estoy muerto! –exclamó, al verme trabajar con la única herramienta que llevábamos: mi cuchillo.

–Para que se defienda del viento y de la helada negra que va a caer esta noche.

Excavé otra para mí, junto a una tola tupida, fragante y negruzca. Las sillas, de almohadas; los peleros y los pellones, de colchón. Una de las frazadas puneñas que llevaba yo, a guisa de mandil, fue a parar a la cama de Seneusky.

–Ya está –le dije en cuanto terminé mi trabajo–. A ver, ¿le gusta?

–Estoy hecho a dormir en cualquier parte.

No era la primera vez que iba yo a dormir en medio del campo, bajo el azote continuo y bárbaro del viento frío. Ya otra vez me las había visto negras. Nos acostamos. Él seguía fumando y fumando. Parecía una chimenea. De rato en rato tosía, tosía con tos seca.

Como por encanto se me quitó el sueño. La imagen de José Luis, de aquel hijo mío, salinerito, vestido pobremente, tocada la cabeza con un blanco ovejón, volvía a mis ojos.

–“Tatita, tatita... ¿me vais a llevar? ¿Para dónde? ¿En dónde es tu casa? ¿Es casa grande, como la de don Rodríguez, el abajeño?”.

Y con los ojos de la imaginación miraba yo una casona lejana, silenciosa, olvidada, en cuyo jardín volaban de noche mariposas negras.

–“¿Para dónde me vais a llevar, tatita?, ¿para dónde? ¿En el bajo queda tu casa? Mi mamita no me dejará ir con vos...”

Yo volteaba el cuerpo de un lado para otro. Y el sueño no venía... El viento pasaba silbando. Era un viento de salar.

Me sobresalté al sentir una mano fría en la cara.

–Che...

–¿Qué hay?

Yo dormía vestido. Me había tapado con mis ponchos y la frazada puneña.

–Che...

Era Seneusky.

–¡Qué frío bárbaro!

–¿Ha visto? ¿O se creía que era canela?

–¡Qué frío bárbaro! ¿Encendemos fuego?

–Enciéndalo. Yo tengo sueño.

Empezaba a dormirme.

–¡Qué frío bárbaro! ¿Encendemos fuego?

–Enciéndalo... –le contesté y cerré los ojos.

–Estoy tiritando, che, hermano. ¿Por qué no se levanta para que hagamos fuego?

Castañeteaba los dientes.

–Déjeme dormir, che.

Sería la media noche. Yo estaba bien en mi lecho terrizo, tapado con mis ponchos y con la frazada. No tan bien que digamos, pero en fin, me defendía del viento agudo y de la helada negra.

–¡Che... che, hermano!

Medio dormido se me ocurrió repetir la exclamación que había aprendido en las llanadas del sud de Buenos Aires: “¡Óigale al bueno!”...

–Hermano: ¡qué frío bárbaro!

–Déjeme dormir; tengo sueño atrasado.

Me fijé que tenía puesta la frazada a guisa de poncho.

–Encendamos fuego, che, ¿tiene fósforos?

–Tome.

Y le entregué la caja que llevaba en uno de los bolsillos de mi saco.

Sentí que rompía unas ramas de tola. Encendió un trozo de papel de periódico.

–Venga che, usted debe ser baqueano para encender fuego.

Cuando la luz roja se acrecentó, las mulas se asustaron.

–Venga, che...

Chisporroteos. Luz roja. Ambiente tibio.

Ya no pude dormir.

Bufaban las mulas.

–¿Andará por aquí la Barchila (el espectro de la muerte), compañero?

–Levántese, venga, que está lindo el fuego.

Me levanté. Era la media noche. Silbaba el viento mientras la helada negra se asentaba en los campos.

Me senté a su vera, junto al fuego amable. Había reunido una regular carguita de leña de tola. Ardía lindamente la tola, ardía como leña seca, bañada de grasa olorosa.

Afirmábamos la barba en el codo casi redondo de las rodillas. Las haldas del poncho se arrugaban en el suelo.

Su cara rojiza. La mía debía estar de ese color.

—No pude dormir, compañero. ¡Qué frío bárbaro! Mire que yo soy duro, duro; de esos que no se rinden así no más; y sin embargo...

—Yo estaba en el primer sueño; empezaba a dormirme a fondo, cuando usted por asustarme, me pasó su mano helada.

—Dije yo: si lo grito, capaz que se asuste y enmudezca... Mejor le voy a tocar la cara.

—¡Ajam!

A pocos pasos ramoneaban las mulas. Poco a poco se fue cansando el viento. Ahora nos contagiaba, al pasar, su pereza de vagabundo.

—¡Qué frío!

—Después, será peor. Dicen que en la cabecera del Salar hace un frío terrible, como para ponerlo duro al más pintado.

Su cara, roja. De ese color debía estar la mía.

Lindamente ardían las ramas de tola, como si hubieran sido rebozadas de grasa aromosa.

—¿Tiene sueño? —me preguntó Seneusky.

—Tengo...

—Duérmase.

Los dos afirmamos la barba en el codo casi redondo de las rodillas.

Ya iba a cerrar los ojos cuando lo sentí caminar; iba a traer más leña. Cortaba y cortaba gajos. A guisa de poncho llevaba puesta la frazada.

—¿Qué tal el fueguito?

—Lindo.

—¡Qué noche larga!

—¿A qué se vino usted, amigo? ¿Por qué no me dejó hacer el viaje con un peón de mano? A ver, dígame...

—¿Y a usted, qué le supone? —preguntaba alegremente, sentado junto al fuego de tola cuyas llamas le encendían la cara.

—A mí... ¡nada!

—¿Y entonces?

—No me eche la culpa si lo llevo, de vuelta, con la media res dura para siempre.

—¡Qué va llevar!

Sentados junto al fuego amable nos pilló el día, como a dos vagabundos.

## 9

¿Cuántos días anduvimos en mula, por aquel altiplano de tolares y surillantes, de chillaguas y muñas, heridos por el viento de las cordilleras, hasta divisar el Salar Grande? No puedo precisar bien. Lo que refiero me acaeció hace años; aún no me había casado y no peinaba canas.

Yo experimenté una gran alegría, en medio de aquella soledad, al ver la inmensa pampa relumbrante del Salar Grande. Era una estepa helada, casi completamente circuida de cerros morados, azules. Allá, allá, el cerro Vicuñañoc; lejos, lejos, el Acay, emponchado; el puntiagudo Chañi, blanco; las cresterías del nevado Cachi y todos, todos los picos de la Cordillera Real, que miran al Pacífico.

Aquella inmensa pampa reverberante me daba la impresión de la soledad, del frío eterno, de la muerte.

Y me pregunté, al experimentar un frío horrible de diez grados bajo cero: “¿Es posible que aquí vengan los pobres salineros a cortar los panes de sal que llevan a lomo de burro a las aldehuelas remotas? ¿Andará por aquí el pobre hijo mío?”.

—¡El Salar Grande! —exclamé, en cuanto el espejo dilatado se iluminó ante mis ojos.

Seneusky echó a vagar la mirada con desgano. ¡Qué le importaba a él todo aquello! ¿Acaso él hacía el viaje para ocuparse en cortar panes de sal en el Salar Grande?

¿Con qué objeto realizaba el viaje mi compañero? ¿Tenía algún negocio en Susques, o en Cobres, o en Antofagasta de la Sierra, o en San Antonio? No pude saber. Aún pienso que fue uno de esos tipos extravagantes a quienes se les da por viajar en cuanto ganan unos pesos. Pero... viajar, ¿por qué? Seneusky no era pintor, ni poeta, ni “curioso”, ni gustaba de contemplar los paisajes.

Para matar mi curiosidad, me respondió a este tenor, antes de que mis ojos divisaran el Salar Grande:

—Mire, che, hago el viaje con usted, porque me da la real gana. Así soy yo... Cuando a usted lo vi afligido por la partida de su hijo armé el viaje. ¿Se acuerda que le dije: “Tengo que viajar”?

—Sí.

—En ese instante armé el viaje. Algunas cositas tengo que hacer en Susques, en donde me han dicho que hay minas de oro.

.....  
.....

—¡El Salar Grande!

—Parece una laguna grande. ¿Aquí vendrán a cortar la sal esos pobres indios que andan detrás de los burros, haciendo sonar las ojotas?

—Aquí.

Su indiferencia hizo renacer mi odio al comerciante acaparador, al hombre blanco que se enriquece con el trabajo de la humilde gente puneña.

—Aquí —repetí y lo miré fijamente.

—¿Qué le pasa? ¡Avisé!...

—¡Nada!

—Avisé si se está por volver loco. ¡Está bueno!

¡Cómo me hubiera gustado verlo allá, en medio del salar, tendido, con los ojos secos, con el cuerpo agarrotado!

—¿Qué le pasa, compañero?

—Nada.

Y en ese instante me olvidé del compañero con quien habíamos comido juntos, del amigo con quien habíamos venido conversando; me olvidé de las horas pasadas de noche,



junto al aromoso fuego de tola. Veía ahora al hombre blanco, acaparador, al que compraba vagonadas de panes de sal. Acaso el hijo mío andaría trabajando también en la inmensa pampa reverberante.

–Parece una laguna blanca. Yo creía que era otra cosa.

–.....

–¡La pucha si es fiero esto para venir a trabajar! ¡Con este frío! A mí se me están endureciendo los pies y las manos. Ya no siento mis pies. ¿Y usted?

–Poco.

–Pero, ¿qué le pasa, che? ¡Avisé!

No bien terminó la última palabra, suspiró, se quejó hondamente y se tumbó para un costado. Cayó de bruces en el suelo.

Me bajé en el acto y cogí las riendas de su mula.

Seneusky echaba sangre por la boca, por la nariz, por los oídos. Tenía el rostro, las manos, amoratados. La Puna..., la Puna...

Me desesperé inútilmente.

Delante de mí estaba la inmensa estepa helada y reverberante del Salar Grande.

Inútil desesperación la mía. Seneusky había cerrado los ojos para siempre.

¿Qué hacer ahora? ¿Abandonarlo allí? ¿Excavar un hoyo con el cuchillo y enterrarlo dentro? Y el odio que yo sentí por el hombre blanco que compraba, que acaparaba los panes de sal que los pobres puneños cortaban, desapareció.

Era la primera vez que yo estaba en presencia de un cadáver. Tengo un miedo infantil a los muertos. Todavía, todavía en las noches de insomnio y de tristeza cuando la mirada vaga por la sombra negra, se me aparece la cara de Seneusky, con la boca espumosa, los párpados amoratados, cárdenas las mejillas hundidas y los ojos cristalinos

y quietos.

—¡Seneusky! ¡Compañero!

Lo hice sentar y su cabeza se dobló para un costado. Inútil desesperación la mía. Y ya no sentí el frío del viento que volaba silencioso por la estepa helada.

Largas horas estuve hecho un idiota, junto al cadáver del compañero.

Por fin me decidí: como un costal partido en dos, lo puse sobre la mula. El animal bufaba amedrentado. Los puneños dicen: “Jamás pongáis un muerto sobre la mula; la mula se ha de asustar, señor. Y disparará por lo plano y por las cuestas, hasta botar su carga”.

¡Cómo bufaba la bestia! Yo la tenía cogida por las riendas, para que no se echara a correr.

¿Cuántas leguas iba a andar con el animal de tiro, llevando un cadáver como se lleva un costal de ancos o de mazorcas de maíz?

Largas leguas faltaban para llegar al caserío de Cobres, desde donde se divisa la dilatada pampa blanca.

“¡Adelante! —me dije—. Y que no te pille la noche con el muerto”...

¡Ah..., de noche, yo no era capaz de estar ni un minuto, ni un segundo, junto al cadáver! Hubiera castigado a la mula para que huyera con su macabra carga. De noche, ni un instante, al lado de él. ¿Cómo iba a pegar los ojos si sabía que sobre la bestia amedrentada estaba el costal partido en dos?

Estiraba el cuello, me alzaba sobre los estribos para mirar a lo lejos. ¡Nada! ¡Ni una cabaña!, ¡ni un bosquecillo!, ¡ni una muchedumbre de cardones! Allá, allá, dos cerros casi negros y otros azules, violetas, bermejos, colorados. Atrás, la estepa helada.

Divisé un rancho.

Ni hambre ni sed sentía. Casi se me habían helado los pies y las manos.

La mula que llevaba la macabra carga, a trechos, sólo quería andar cuando le cubría la cabeza con un poncho.

Y aquel rancho que divisaron mis ojos parecía alejarse. Atrás, la luz del sol pegaba en la llanada del salar; entonces yo veía negros barquichuelos, veía canoas y remeros o negras bestias que se echaban a la carretera por aquel mar blanco y quieto.

Una tropa de burros apareció en el camino en que ya se percibía el aroma de las tolas. Y dije para mí: “Ya debe estar cerca el rancho”.

Un burro se acercó a la mula que llevaba el costal doble. Era un burro de orejas largas y curiosas, cabezudo, de remos finos y de vientre breve.

¡Había que verlo correr después!: se alejaba como corrido del diablo.

¡Ah, solitario caminante a mula de entonces, cuántas cosas te acaecieron en la blanca llanura del salar!

El incendio de las cresterías empezó no bien el sol se recostaba para el lado de Chile y del mar Pacífico.



–¡El rancho de Chutuska! –exclamé, en cuanto el salinero asomó la cabeza.

¡El rancho de Chutuska! ¿Y mi hijo? ¿Y el pobre José Luis, que no jugaba en el patio terrizo?

Chutuska sacó la cabeza como un choschoris asustado. Y se debió preguntar instantáneamente: “¿Qué hay?, ¿quiénes llegaron?, ¿quién es el que viene sobre una mula, partido en dos como un costal?”. Yo vi que sus ojos se asombraron.

Esperé que saliera mi hijo. ¿Estaría en cuclillas, junto al fuego de tala? ¿O se habría escondido tras de la puerta de cardón? Qué ganas tenía de gritarle: “¡José Luis! ¡José Luis!”.

Me bajé de la mula y como nadie salía a recibirme, saludé al silencio del rancho abandonado.

–Buenas tardes.

–.....

Seneusky hubiera penetrado en la cocina y en las dos piezas de la casuca que mostraba cara de muerte. Y hubiera sacado el brazo a sus habitantes, pero ahora..., ahora sus oídos se habían quedado quietos.

Olor de cadáver sentían las bestias.

–Buenas tardes –repetí–. Buenas tardes, Chutuska,

–.....

Torné a saludar al silencio inquietante del rancho abandonado.

–Buenas tardes...

Colgaba la rubia cabeza de Seneusky, como la intonsa cabeza de un forajido. Lo miré y me di cata de que había venido apretándose la lengua.

–Buenas tardes...

Caían del cielo perezosas sombras frías, como si empezara un nuevo y bruno despertar.

Miré a los cuatro vientos. Llamé:

–¡José Luis! ¡José Luis!

Chutuska vino a mí, chasqueando las ojotas, emponchado, tocada la cabeza con un ovejón blanco.

–Buenas tardes, tatay.

–Buenas tardes, Chutuska, ¿Te acordáis de mí?

–Cómo no, señor.

Con qué ganas le habría preguntado: “¿En dónde está mi hijo?, ¿en dónde?”. Pero él se había quedado demudado, mirando el cadáver del hombre blanco que, puesto sobre la mula, parecía un costal partido en dos.

–Hay que bajarlo.

–.....

–¿Vos estás solo?

–Solito estoy, señor.

–Hay que bajarlo. Lo mató la Puna, allá, en la cabecera del Salar Grande. ¿Lo conocías?

–.....

–¿No te acordáis del rubio que conversaba con el turco Abud cuando vos llegaste a vender la sal?

–Me acuerdo, señor.

–Hay que bajarlo.

Se acercó al cadáver el salinero viejo y le quitó las sogas. Todo el cuerpo se tumbó para el lado en donde venía la cabeza. Bufaron las mulas y quisieron echarse a correr.

–Lo ahorcaremos, señor.

Yo sentí un miedo bárbaro, como si en mis ojos se clavaran los ojos fieros de la Muerte.

–Lo ahorcaremos –tornó a repetir Chutuska.

¿Qué iba a responder yo?...

–Lo ahorcaremos –tornó a repetir Chutuska, amedrentado.

Se echó en derechura de una de las piezas. Yo hubiera gritado: “¡José Luis! ¡José Luis!”.

Chutuska trajo un pañuelo colorado, de esos que se llevan al cuello.

–Horcalo vos, señor.

¿Ahorcar yo a un muerto?...

–Horcalo vos, tatay, pa’ que no te pase el mal de la Puna. El mal le saldrá por la boca y entrará en tu cuerpo.

¿Era yo, en esa coyuntura, un hombre de piedra?

Chutuska lo tendió largo a largo, boca arriba; envolvióle al cuello el pañuelo colorado y de ambos cabos comenzó a tirar, a tirar, hasta que de la boca amoratada salió una lengua larga, larga y cárdena, una lengua de un palmo...

Cerca, cerca, un corral de laja montañera.

Primeramente llegó uno de los changos de Chutuska; llegó en pos de sus ovejas, unas ovejas de vellón sucio y escaso, como si en aquel paño de la meseta no hubiera buena yerba de sustento. Las ovejas se atropellaban al entrar en el aprisco que olía a sirria. Ya habían vagabundeado a su placer, por el campo de tolares y carrizos, de surillantes y chillaguas; ahora las sombras brunas que caían de arriba, de las cresterías de los montes colorados, las invitaban al sueño.

El chango pasó por el patio chasqueando las ojotas monteriles. Yo tenía en la punta de la lengua esta pregunta:

–¿Y mi José Luis?, ¿acaso él anda pastoreando otras ovejas?

El chango penetró en la cocina, de cuyos respiraderos laterales salía un azul y lento humo de tola. Llevaba en la mano un huso llenecito de hebras. Se perdió en la cocina, pero pronto sacó la cabeza como un ratón curioso.

Con Chutuska mirábamos, a la perezosa, la cabeza rubia de Seneusky, las piernas laxas, las manos amoratadas. Su cuello era ahora una cinturita.

El chango debió asustarse bárbaramente, al mirar la lengua de un palmo. El ratón ya no sacó la cabeza.

Caía la oración. La veíamos llegar como una muchedumbre de velos brunos, de extendidos y suaves velos que se asentaban quedamente en las haldas de los montes, en las mesadas dilatadas y viejas y que llenaban los aires.

Silencio. Quietud. Misterio. Muerte.

—¿Aquí lo dejaremos?

—Cómo será...

—¿Y por qué no lo enterramos antes de que se haga la noche?

El hombre rubio estaba a nuestros pies, tendido, amoratado, con los ojos reventones y quietos y la lengua defuera. El pañuelo le ceñía el cuello como un lazo gaucho.

—Podríamos enterrarlo allacito. ¿Qué te parece?

—Cómo será... —dijo Chutuska y miró en derechura del tolar.

Vi una tropita de ovejas; vi una mujer y dos changos.

¡Qué contento me puse! Ahora el pobre Seneusky desaparecía de mis ojos.

Las ovejas venían de priesa; como las de la otra tropa, penetraron en su corral de laja montañera, atropellándose. El sueño, el sueño les tanteaba los ojos.

Los changos entraron en la cocina; uno de ellos era mi José Luis. La Rosario llegó a nosotros, miró las mulas, reparó en el hombre blanco que estaba tendido en el suelo. Me saludó apenas. Traía una lliclla a las espaldas.

—No se los has ajustado bien —dijo, dirigiéndose a su marido—. Expuesto a que se nos pase su mal.

Se agachó; cogió entrambos cabos del pañuelo y empezó a tirar con todas sus ganas.

La lengua amoratada y los ojos tomaron un aspecto horrible.

—¿Lo enterramos aquí? —pregunté a la Rosario.

—Cerquita, no; se haría Barchila y saldría a asustar de noche.



–Barchila puede hacerse –aseguró Chutuska.

¿Cuántos pastores habían visto de noche, por el viejo campo de tolares, chillaguas y surillantes, a la Barchila, espectro de la Muerte?... La Barchila anda sola, sola, juntando los cabellos que perdió.

–Lo enterramos en el Salar –dijo la Rosario.

–En el Salar –dijo Chutuska–. Si viene el comisario, podrá sacarlo enterito pa’ darse cuenta de que no lo matamos nosotros.

–Lo mató la Puna, allá en la cabecera del Salar. Se cayó de la mula y empezó a echar sangre. Está enterito; no te vayas a creer que lo asesiné yo.

.....  
 .....

Chutuska lo cogió por los pies y empezó a ramearlo en derecha de una mata de surillante. La cabeza, las espaldas, se arrastraban, barriendo el suelo. Quedó largo a largo, boca arriba, durante toda la santa noche, cuya serenidad quebró el misterioso canto del huco.

En los ojos de Rosario leí esta pregunta: “¿Qué vienes a hacer aquí, malvado?” y bajé la mirada. Desensillé mi mula y con una soga overa la até a una tola. La mula que había traído el costal doble, ramoneaba ya, trabada de las manos, en el campito próximo, desde el cual traía el viento un grato olor de rica-ricas.

“¿Qué vienes a hacer aquí, malvado?”

Todos, todos se fueron a la cocina. Allí ardían las fragantes ramas de las tolas nuevas. Me quedé solo, solito, en el patio.

¿Y mi hijo? ¿Por qué no asomaba la cabeza?

“¿Qué vienes a hacer aquí, malvado?”

¿No querría Chutuska dejarme pasar la noche en su rancho, bajo el techo de iro? ¿Por qué no me habían invitado a entrar en la cocina, donde ardían jovialmente los gajos de las tolas nuevas?

“¿Qué vienes a hacer aquí, malvado?”.

El viento de las cordilleras me torturaba.

Sentí el chasquido de las ojotas de Chutuska. ¿Venía a matarme?

Se me ocurrió que traía una filuda piedra en la mano.

—¿Vais a pasar la noche aquí, señor?

—Aquí, pues.

—No tenemos cama de hierro.

—No importa, Chutuska; igual me da dormir en un catre de tientos.

—No hay catre de tientos, señor.

—¿No? Igual me da dormir en el suelo.

—Te has de helar, señor... Hay un estrado.

—¿Por qué no me lo haces ver?

—.....

—Déjame pasar adentro.

Rompió a andar en derecha de una de las piezas. Lo seguí: “¿Y mi José Luis dónde está?”, me preguntaba, al caminar.

—Éste es el estrado, señor.

—Aquí puedo dormir.

Era un lecho de adobón arrimado al ángulo de dos paredes; era un lecho terrizo y desnudo, apenas alumbrado por la luz parpadeante de una vela de sebo.

—Aquí puedo dormir, Chutuska; pero... ¿quién dormía aquí?

—Nosotros, señor.

Ahora sentía yo en los oídos esta pregunta:

“¿Qué vienes a hacer aquí, malvado?”.

–¡No, no! ¡Cómo les voy a quitar yo la cama! Dormiré en el suelo, en la cocina. Tendeme la cama allí, Chutuska.

Chutuska salió de priesa. Miré, miré... ¿Y mi José Luis?, ¿me miraba acaso mi hijo, a hurto de Rosario?

Chutuska tendió los peleros y la frazada de mi montura sobre el estrado de adobón. La silla sirvió de almohada.

–Ya está tendida, señor. No tenemos ponchos.

–No importa, Chutuska. Yo traje ponchos.

Había puesto mis alforjas a los pies del estrado.

–Ah..., no te vayas... Mirá, te voy a regalar algo para que coman; mirá, Chutuska...

Saqué bollos morenos, un quesito de oveja blanco y húmedo, un trozo de charqui.

–Tomá, Chutuska.

Se iluminaron sus ojos. Yo creí que no iba a estirar una mano mendiga, pero la estiró humildoso.

–Gracias, señor.

–Para los changos y para la Rosario. ¿En dónde están?

Bajó los ojos el pobre Chutuska.

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

–Estarán en la cocina.

Pero, ¿por qué este hombre a quien yo había herido en lo más íntimo, no alzaba los brazos para matarme?

–¿En dónde están?

–.....

Salió chasqueando las ojotas. Yo maté la luz de aquella vela cuya punta rojiza parpadeaba como cabeceando de sueño en la sombra.

A media noche me levanté y fui a buscar a mi hijo. Dormían en el suelo, tapados con frazadas y ponchos, cabeza y todo. Lo tomé en mis brazos, a hurto de la madre y me lo llevé, dormido. Desmayada iba su cabeza sobre mi hombro.

Al día siguiente, tempranito, ¡qué dicha experimente al besarlo en la boca! Él me miró asustado y rompió a llorar y llamó a Chutuska.

Cantaba un pájaro en el tolar vecino, anunciando la primitiva gloria de la luz rosada.

Hizo su aparición Chutuska y me dijo con palabra humilde:

–Dejameló, señor.

Estaba a las claras que él quería a ese chango más que a sus propios hijos. Corriendo vino a mi pieza la Rosario. Su mirada agresiva me decía “¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”. La Rosario había llegado como la vaca inquieta que corre hacia el corral no bien siente el balido suplicante del ternero.

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”. Yo, en un instante, tuve deseos de contestarle:

–He venido a llevar a mi hijo. Me lo llevaré, me lo llevaré, aunque a tus ojos ciegue el llanto; aunque te arranques los cabellos; aunque me maldigas... ¡Qué contento experimentará mi madre al verlo!

Me vestí. Me calé dos ponchos. El día estaba limpio. Era una enorme cara azul bañada por la luz. El altiplano de tolares llevaba su aliento aromoso hasta las haldas de los cerros.

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

Crucé el patio terrizo. ¡Seneusky!... Seneusky parecía un borracho salido de la chichería, uno de esos borrachos que dan de bruces en el suelo, apenas rompen a andar. La helada se había asentado también sobre su cuerpo agarrado: blancos quedaron sus cabellos; blanqueaba la horrible lengua sacada afuera como un tirón. Y los ojos de vidrio miraban con opaca mirada. Allacito, allacito, trabada de las manos, ramoneaba su mula. Aún estaba la mía atada a la tola.

–¿Lo llevaremos, señor?

–Vos dirás, Chutuska. ¿Y por qué no lo enterramos aquí nomás?

–En el Salar, señor pa' que no se eche a perder. El comisario de San Antonio puede venir tarde o temprano. Yo no soy ladrón. Yo no debo ninguna muerte.

–Yo tampoco. ¿O estás creyendo que lo maté yo...? Lo mató la Puna. Fijate en la nariz, en los ojos, en las orejas. Se cayó de cabeza. Poco faltó para que lo arrastrara la mula.

–Lo llevaremos, señor –tornó a repetir Chutuska y apenas alzó los ojos para mirarme.

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

La quebrada color de su cara me decía que durante toda la noche Chutuska no había dormido.

¿En qué pensó el salinero viejo durante toda la noche?

Como si un cóndor hambriento y maldito hubiera bajado, en la sombra, a despertar a las llamas.

Venía yo a matar la paz de su rancho. Por lo visto, ya no me bastaba haberle arrojado el lodo en la cara. ¿Quería ahora quitarle la mujer y aquel hijo que no se le parecía?

–Ensilá las mulas –le dije, para sacármelo de enfrente, pues su mirada humilde se hundía a quedado en mi alma.

–Está bueno, señor.

Me fui a la cocina. Seneusky quedó en el suelo como un borracho que dio de bruces al salir de la chichería.

Penetré en la cocina de cuyos agujeros laterales salía un aromoso y azul humo de tola.

La Rosario, sentada a la manera india, lloraba; José Luis le envolvía el cuello con sus bracitos.

–¿Por qué llorás, Rosario? ¿Acaso soy yo un criminal?

–.....

El chango quiso esconder la cabeza en el pecho de la madre.

–¿Por qué llorás, Rosario?... Vení, José Luis... Yo soy tu tatita.

La madre acrecentó la queja en el llanto que hasta ese

instante había sido llanto para dos: para sí y para su hijo. Lloraba como si el chango le estuviera diciendo: “Un solo día vas a llorar”.

–Vení, José.

–.....

–Rosario, no seas así... Mirá, yo me voy a quedar unos días en tu rancho.

–.....

–Pero che, yo no soy un criminal. No he venido a matar a tu marido.

“Un solo día vas a llorar, mamita”.

Y no les pude ver la cara a madre e hijo.

Chutuska apareció en la puerta de la cocina.

–Ya está ensillada la mula, señor.

–¿Y mi compañero?

–Lo cargué sobre la otra.

–¿Cómo vino?

–Así nomás.

Me fui a coger mis alforjas; corté pan, queso, y sencillamente, humildemente, como comen los jornaleros, sentados en la orilla de la acera, en una calle rumorosa o a la vera de un surco, en la paz de los campos, me senté a comer, en el estrado de adobones viejos.

–¡José Luis! ¡José Luis! –exclamé-. ¿Querís que te convide?

Yo me sentía en casa propia. Tenía hambre y frío.

Torné a llamar a mi chango, al chango esquivo que sólo una noche había dormido con su padre.

–José Luis.

Nadie, nadie me contestó.

Me creía yo dueño de casa. Comí, comí de priesa, hasta que maté el hambre. A veces me atragantaba con los trozos ásperos de un moreno bollo “raspabuche”.

José Luis...

Chutuska, que sintió llamar al único chango que no se le parecía, se me acercó y dijo:

–¿Pa' qué lo llamáis, señor?; dejalo con la Rosario.

–Para convidarle.

–No quiere. ¿Pa' qué pu', señor?

–No te lo voy a robar. Vos lo criaste, con vos quedará.

Bajó los tristes ojos el humilde salinero. A mí se me caía el alma, mirándole. Yo lo había salpicado de lodo y sin embargo...

–Ya están las mulas, señor.

–Vámonos.

Monté en mi mula. El cuerpo de Seneusky formaba un costal doble, asegurado con sogas suaves y overas.

Rompimos a andar. Chutuska a pie, como van los arrieros, las pastoreras, los tejedores, por los viejos y solitarios caminos puneños.

Al caminar hilaba con un huso indio, puishca larga de un palmo, panzuda de hebras.

Colgaba la rubia cabeza de Seneusky como la intonsa cabeza de un forajido.

–Dame unas hojas de coca, Chutuska; se me acabaron las que traje.

Calladito me alcanzó su chuspa, una taleguilla roja, tejida a dos haces. Y seguimos andando, andando, él a pie, algo encorvado, yo en mi mula y el cadáver, en la compañera. Dos bestias, dos hombres silenciosos, meditativos y un cadáver. Chutuska no me quería hablar; yo tampoco deseaba dirigirle una pregunta. Y seguíamos marchando, en derechura de la inmensa estepa helada, uniforme, quieta, reverberante, de cuya superficie se levantaban bultos de remeros y de fieros jinetes. Llegar... Llegar...

Y después –pensaba yo–, ¿hacia dónde me dirigiré?



Los carrizales, crespos, marchitos; la tierra, dura y colorada; el frío, horrible: todo, todo indicaba que las mulas pisaban tierra salobre.

Alcancé a divisar algunos hombres y grupos de burros. Pregunté a Chutuska:

—¿Quiénes son aquellos hombres?

—Salineros son, señor. Están cortando panes.

Y seguimos andando... ¿Hasta dónde iríamos?...

Yo sabía que más adentro, más adentro, el frío de la estepa muerta era inaguantable.

Poco a poco aquellos hombres que me habían parecido bultos negros se aclararon.

—¿Serán salineros?

—Salineros son, señor.

Repentinamente Chutuska se detuvo, asió el pico que había traído sobre el costal partido en dos y me dijo:

—Aquicito, señor.

Y empezó a romper la tierra dura, bermeja y salobre, hasta que descubrió su entraña granulosa, quebradiza, blanca.

No fue honda la fosa. De cerca se levantó una bandada de blanquísimas guayatas.

Chutuska echó en la fosa el cuerpo del que había venido sobre la mula, como un costal partido en dos. Ni rezos, ni llantos; sólo una mirada indiferente y muda; indiferente como la pampa que pisábamos, monótona y salobre.

—Chutuska —le dije después, cuando ya se alistaba para el retorno—. ¿Me vas a permitir que pase algunos días en tu rancho? No me siento bien. Pensaba ir a Susques, a Coranzuli y a Catua; pero... me será imposible:

—Cuarenta carguitas de sal nos comprometimos a cortar, señor. Toditos nos vendremos. ¿Quién te va a cuidar en el rancho, señor?

- Me cuidaré yo solo.
- ¿Y pa' qué pu', te vais a quedar?
- Y me miró con desconfiados ojos.
- ¿Pa' qué pu', señor?
- Te digo que estoy enfermo.
- Volvete a Abra-Pampa, señor.
- No puedo.

Él rompió a andar en derechura de su nido desolado, nido de paja y terrón, hecho de sus manos. Yo lo seguí montado en mi mula, llevando a la otra de tiro.

“¿Qué vienes a hacer aquí, malvado?” me decía una voz interior, voz queda, que no me dejaba un instante en paz.

Leguas pasamos y leguas vinieron. Caminaba Chutuska tan ligero como la mula.

Nos topamos con un salinero que iba a pie, para Abra-Pampa, en pos de veinte burros cargados de bermejos panes, cerca del camino que va de Cobres a San Antonio.

Lo paré y le dije:

-¡Chei!...

-Señor.

-Le has de decir a Cachisumpi que venga a llevarse las mulas. Lo esperaré en el rancho de Chutuska.

El marido de la Rosario me miró con inquietud. Estaba visto que yo venía a quitarle su humilde paz. Estaba visto que yo era uno de tantos abajeños malvados.

-Está bien, señor, le diré. ¿A cuál Cachisumpi, al de Cochinoca?

-Al de Abra-Pampa.

-Está bien, señor, le diré. ¿De él son las mulas?

-De él. Mirá: cuando vuelvas, me vas a traer varias cositas. Saqué lápiz, libreta. En una hojita blanca escribí la lista.

-Mirá...

-Señor.

–Azúcar, yerba, pan, queso, café, coca, alcohol, maíz, harina flor.

–Está bien, señor.

–No te lo vas a comer todo por el camino.

–No pu', señor. Yo no soy así.

Le di el dinero necesario para efectuar la compra y luego un peso de propina. ¡Un peso! Se destocó humildemente la cabeza.

–Gracias, patrón.

El mozo salinero sabía de sobra lo que costaba ganar un peso, ¡un peso!

–Has de cargar el burro mejor.

–Sí, patrón.

–¿Cuándo pegarás la vuelta?

–Prontito.

–¡Prontito! –exclamé para mí coleteo–. ¡Prontito! –Y pensé en una punta de leguas que tenía que andar de ida y en la chorrera de leguas que tenía que tranquear de vuelta.

Ató el dinero con una de las puntas de su pañuelo azul y me miró.

–Está bien, señor.

El salinero movió nuevamente su acuyico de concierto con los rasgueteados pies desnudos y gritó a la recua de burros cargados de bermejos panes de sal.

–¡Burro!... ¡Burro!

Iba emponchado, tocada la intonsa cabeza con un sombrero haldudo y blanco.

Arriero y recua se perdieron en aquella planicie alta y desolada.

¿En qué pensaría Chutuska, en tanto iba adelante, tranqueando, tranqueando? Parecíamos dos enemigos.

Apenas llegamos a su rancho, el viejo salinero se metió en la cocina, de la cual se esparcía fragante humo de tola. Desaparejé

las mulas y trabadas las eché a vagar por el campito próximo. Solo me quedé en el patio, en aquel patio en donde no se veía el negro oவில் del perro dormilón; en aquel patio terrizo que no tenía ni la alegría del árbol ni la canción del pájaro.

—¡Rosario! —dije después de haber estado un largo rato de plantón—. ¡Rosario!

Rodolfo; Juan de Dios, José Luis, no asomaron la cabeza.

—Rosario...

Nadie me contestó.

—¡Chutuska! —exclamé con enérgica voz.

El viejo salinero vino a mí, humildoso.

—No está la Rosario, señor; anda pastoreando los animalitos.

—¿Y los changos?

—También andan pastoreando a los animalitos.

—¿Los tres?

—Los tres, señor.

—¿Y mi José Luis?

—.....

Bajó los ojos el pobre viejo y miró el suelo.

Estábamos los dos solos, solos, en el rancho aquel silencioso, rancho que parecía abandonado, como maldito, en el campo. Chutuska se quedó en la cocina, sentado sobre los calcañares, cerca del fuego de tola. Yo me tendí largo a largo en el estrado duro, en el estrado de adobón bermejo, en el cual una sola vez habíamos dormido juntos con mi hijo. ¡Hijo! ¿Tenía yo acaso el derecho de llamarlo hijo? ¿Le había dado alguna vez un céntimo?

La pampa muerta del salar reverberante y helado se apareció a mis ojos. Terrible era el viento allí; inaguantable el frío, fiera el hambre, horrible la sed. El Salar era la soledad, era la Muerte.

Para ganarme el corazón de Chutuska y de Rosario, yo pensé en ir a trabajar humildemente allí. Viento de salar; viento huracanado y cortante; frío de salar, frío terrible. Hambre, sed de salar, compañeros de la muerte.



La madre venía hilando, silenciosa, pensativa, a la zaga de sus ovejitas criollas. Los changos mayores, Rodolfo y Juan de Dios, hacían también girar el huso mientras gritaban a su tropita caminadora. Solo mi José Luis no hilaba. ¿Acaso no sabía jalar la hebra del copo negro y del albo copo? Los tres traían poncho; la madre se defendía las espaldas con una lliclla roja y azul.

Diariamente, el mismo cuadro sencillo. Partían a la salida del sol. Tornaban cuando el sol se recostaba para el lado del mar de Chile. ¿Y el viejo? El salinero viejo se quedaba solito en el rancho. Entretenía su austera soledad tejiendo silenciosamente overas sogas de lana de llama.

Sonaban, sonaban los menudos pasos de las ovejitas, que caminaban de prisa, en derechura del aprisco pircado.

La pastora y los pastorcillos me vieron en el patio.

La madre me saludó:

–Buenas tardes, señor.

Rodolfo y Juan de Dios repitieron, soslayándome, al pasar:

–Buenas tardes, señor.

Corrí y tomé en mis brazos a mi chango.

–A ver, chei –le dije, acercando su carita a la mía–, ¿por qué, por qué no me saludáis vos? A ver, decí, ¿qué te he hecho yo para que me neguís el saludo?

Chutuska asomó la cabeza como una de esas lechuzas compañeras que anidan en las cuevas de las vizcachas.

–A ver, decí, changuito arisco, ¿por qué no me saludáis?

Me miraba, me miraba con curiosidad, con simpatía, con cariño.

“La sangre tira”. “¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?” –se me ocurrió que decía la madre.

—Te parecerás a tu tatita... ¿no? Yo soy tu tatita.

Chutuska ya no estaba en la puerta de la cocina.

—Querís subir a caballo... A ver...

Yo me agaché. Y me doblé. Él, sin querer, dominado por el acento afectuoso de mis palabras, se puso a horcajadas en mis espaldas. Caballerito en su caballo anduvo por todo el patio, al marchado, al trote, al galope.

Cuando taloneaba, sentía yo sus viejas ojotas.

—¡Caballito! ¡Caballito! —exclamaba yo para que él repitiera.

Llegó la madre y le dijo:

—Bajate, hijito. ¡Qué te has puesto a hacer!

Me detuve. Descabalgó y calladito se fue a la cocina con la Rosario.

¡Cómo se iba a poner de contenta mi madre cuando lo tuviera en sus brazos!

Sentí hambre y frío. El frío parecía bajar de las cresterías lejanas con un tumulto de sombras.

Estuve un ratito en la cocina, de pie, callado, junto al fuego de tola. Ellos se habían sentado a la manera indiana, a la redonda de la lumbre. Miraban a la perezosa el fuego aquel cuyos rojos tizones crepitaban, como de intento. En un panzudo puchero hervía el maíz.

Me fui a la pieza en donde había dormido la noche anterior. Me tiré largo a largo en el estrado.

Ya me dormía, ya me dormía solo, aburrido y hambriento, sobre la dura superficie de adobón, cuando sentí que me hablaban:

—Ya está, señor.

Era la Rosario. Alargué la mano, como para cogerla la falda, pero la mano nerviosa dio en el vacío.

—¿Qué?



–Ya está, señor. Aquí se lo dejo.

Encendí vela.

Salió de priesa, en derechura de la cocina.

–Vení, Rosario –le dije, en cuanto rompió a andar.

No se detuvo. Me di nuevamente cata de que no quería hablar conmigo, de que no deseaba estar ni un minuto siquiera en mi compañía.

“Aquí se lo dejo”. ¿Qué era ello? Ello era un plato de mote. Mote de maíz amarillo, mote que mostraba la entraña dulce y blanca, mote apetitoso y humilde, en plato de palo. Era un plato de queñua llenecito de mote. ¡Yo tenía un hambre!

Y llamé a mi hijo, el salinerillo emponchado, calzado de ojotas monteriles.

–¡José Luis! ¡José Luis! Vení para que comamos juntos.

¡Cómo me hubiese gustado comer en su compañía los granos aquellos, de tez amarilla y de entraña descubierta y blanca! Con los dedos separé su parte: mitad y mitad.

Pero José Luis no se movió de su sitio. Estaban todos reunidos en la cocina. Afuera silbaba el viento como un vagabundo. A dedos despaché los granos que llenaban el plato de queñua. Era aquél un mote dulce, blandito, sabroso; sabía a maíz tierno.

Sentí los pasos de Rosario, pasos menudos, denunciados por el chasquido particular de sus ojotas.

–¿Querís más, señor?

–Bueno, pues.

Cogió el plato y salió.

–Aquicito se lo dejo.

Pero esta vez la cogí de la falda.

–Vení, Rosario.

–Dejame, pu’, señor –me dijo a media voz.

–Escuchame un poco; sólo quiero una cosa, una sola cosa: que me dejes estar con mi hijo.

Se lo pedí humildemente. Tiró; forcejeó; pero en vano.

–Dejame, pu’, señor.

Me dio rabia y la tomé con los brazos, y, como entonces, como en aquella noche, cuando sentí a su lado el olor de tola, la besé muchas veces en la boca.

Apretaba los labios; arrugaba la cara; pugnaba por desasirse.

–¿Querís, querís, Rosario? –le pregunté.

El corazón se me quería salir por la boca, como si la tempestad no fuera adentro.

En un instante temí que la madre se tornara fiera; temí que me mordiera, que me arañara. ¿Es que fosforescían sus ojos? Se calmó. Le saltaron las lágrimas.

–Dejame, pu’, señor –me dijo con doliente voz de hembra vencida.

–Pero... ¿por qué no querís, Rosario, que José Luis me llame tatita? ¿Soy un ladrón, un asesino? ¿Acaso no es hijo mío el hijo tuyo?

Ella no habló; por la madre prisionera habló, dentro de mi alma, una voz, aquella voz que no me dejaba en paz:

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

Y vuelta a besarla en los labios finos, apretados, medrosos, fríos.

No pude hacerla sentar en el estrado. Yo había apagado la vela.

Consiguió desasirse. Casi me hace dar de bruces en el suelo. Salió corriendo; sonaban sus ojotas de suela ahora por el patio.

Eché mano al revólver, calculando que el viejo Chutuska no tardaría en venir a matarme.

Como sentado en el banquillo me pilló la noche. Y sentí en los ojos el aliento suave del sueño.

El frío del Salar que penetraba por la puerta de cardón me despertó cuando aún parpadeaban las estrellas. Serían las cinco. A las siete se levantaron todos. Yo había estado dos horas hecho un opa, sin moverme, sin pensar en nada. Tenía el cuerpo helado. Chutuska penetró en la pieza. Tenue vapor le salía por la boca.

—Aquí te lo traigo esto caliente, señor; es de rica-rica; no tiene azúcar, pero; nosotros no acostumbramos el azúcar, pero.

Me alcanzó un jarro descascarado, sin oreja.

—Gracias, viejo. Tengo un frío bárbaro. Ya te estaba por pedir que me hicieras un té de rica-rica para correr el frío.

—Es de rica-rica, pero.

—Gracias.

—¿Y el chango?

—.....

¡Qué tristeza íntima, incurable, vi en sus ojos viejos, en sus ojos de opaca mirada!

¿Por qué, por qué me atrevía yo a hacerle semejante pregunta? ¿Quería hundirle, despacio, el puñal, hasta la ese, en el corazón?

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

Sin duda había creído que tratándome bien me obligaría a ser bueno; me obligaría a dejarlos en paz. Quería el pobre salinero viejo que yo me fuera de su casa y que no nombrara a aquel chango que no se le parecía, que no era hijo suyo y con quien, como la calandria con el tordo matrero, se había encariñado.

—¿Y mi chango?

—.....

Silencio. Silencio. Se le habían pegado los labios. Me dejó solo.

Del jarro descascarado y viejo, del jarro aquel tutado de peste, se levantaba un vapor tenue y oloroso.

No podía atajar una desesperación que, por instantes, como ciego torrente me quebraba.

Días monótonos y helados. La madre y los tres changos se iban al campo a la zaga de sus ovejas; Chutuska se quedaba a coquear, a trenzar sogas. A la hora de comer, un plato de mote, un plato de grueso y salado espesao o un poco de piri, o un pedazo de chalona vieja y jugosa como cuero.

¡Y gracias!...

–Gracias, Chutuska.

–Somos pobres, señor.

Al sexto o séptimo día de nuestra partida de Abra-Pampa, llegó Cachisumpi, a reclamar sus mulas. Se vino a pie. Llegó de tarde. Yo estaba en el patio, emponchado, mirando a la perezosa el altiplano que se extendía frígido y triste, hasta las faldas de los montes lejanos.

–Buenas tardes, patrón.

–Buenas tardes, Cachisumpi. ¿Te viniste a macho talón desde Abra-Pampa? –le dije, en tono de fisga.

–A pie me vine, señor. Vengo por las mulas.

Había detenido el acuyico tardío, el que se insinuaba como un coquito, en una de las mejillas.

–Yo no te las he alquilao para que las tengáis trabaditas. Buenas son las mulas; marchadoras son.

–¿Y quién te dice lo contrario? ¿O me las estás por vender?

–No las vendo, señor.

–Y yo..., no te las compro. ¿Para qué quiero mulas yo? Cuando me tenga que ir, me iré a pie.

–¿Sí? –preguntó levantando las cejas cabudas.

–¿Y por qué no?, ¿o me crees menos que vos? Si vos te has venido a pie, yo me puedo ir del mismo modo.

–¿Sí?

–Sí, pues.

–Bueno, pues, señor; entregame las mulas.

–Allá andan, trabadas.

–No te las alquilé para que las tengáis muertas de hambre, señor.

–¡Ajam! ¿Estabas pensando que las íbamos a tener con el morral lleno de maíz todo el día?

–Vaya pues... Cómo no, pues.

–Estás arreglao, vos. ¡Habías sido diablo, no!

–Y me han dicho, señor, que has puesto un finao sobre la mula viscachilla.

–Se murió en la cabecera del Salar, mi compañero.

Vuelta a levantar las cabudas cejas y a arrugar la cara como quien desea ver en la oscuridad.

–¿Sííí?

–La Puna lo volteó. Lo cargué como un costal partido en dos, sobre la mula vizcachilla.

–¿Y por qué, pu', señor? ¿Para qué has hecho esa herejía?

–¿Herejía?

–Sí, pues, herejía. Ahora la mula no va a aguantar carga encima.

–Total, no te cargará a vos...

–A mí, ¿pa' qué, pu', señor? Yo no ando en mula, la mula makulka el cuerpo.

–Así es.

Se puso en cuclillas. Metió la mano bajo el poncho y sacó su chuspa o taleguilla coquera. No bien yapó su acuyico con unas cuantas hojas nuevas, tornó a decirme:

–Entregame las mulas, señor.

–Mirá..., allá están. Andan trabaditas.

–Habrá sido hereje, patrón: me las estabas por matar de hambre.

Caía la noche sobre el altiplano y sobre los cerros, como sueño a los cansados ojos, cuando Cachisumpi rompió a andar a

pie, en pos de sus dos mulas ensilladas con sendas monturas vallistas. Era un viajero solitario en el hosco camino.

Yo conocía a Rodolfo Giménez. Nos saludábamos apenas; un saludo que nos prestábamos de muy poca gana. Me miraba él, cuando por casualidad nos encontrábamos en la tienda de un amigo, en Abra-Pampa, como si yo le debiera y no le pagara; perro y gato o gato y perro...

Rodolfo Giménez era de porte altanero, lo que se dice bien plantado, un macho de estampa gaucha. Vestía chaqueta negra, tableada, bombachos; llevaba rico pañuelo de seda al cuello, botas altas, espuelas de plata, sombrero alón, poncho de vicuña, puñal o revólver tamañazo.

Andaría al friso de los cuarenta años. Había estudiado en la Universidad de La Plata. Allí le llamaban el loco Rodolfo.

Y un día, el loco Rodolfo hizo trizas su diploma, vendió las propiedades que poseía y solito se fue a la Puna; decía él: “al país de los indios de pata al campo; a la tierra de los coqueros, de los burros y de las llamas”. Compró en la frígida puna jujeña una finca enorme. Compró largas tropas de llamas y ovejas. Su señorío se extendía desde unos cerros cárdenos hasta otros azules y lejanos.

Por no dar mi brazo a torcer, yo lo miraba con altivez; pero el hombre, el caballero gaucho, provocativo y mandón, de fiera mirada, mirada que salía punzante de sus ojos castaños y que pasaba rayando las alborotadas cejas; el mozo bien plantado a quien jamás se le caían el puñal y el revólver, chupador y jinete, jugador y mujeriego, manso con los humildes y bravo con los bravos, me resultaba un personaje simpático, un tipo de novela bárbara y de drama hondo.

“¡Qué se le va a hacer! —pensaba yo—; él no me traga y no hay caso de anudar amistad”.

Nariz picuda; ojos grandes; dos arrugas, como dos tajos,

entre las cejas. Frente ancha; labios sensuales; tez mate; pelo castaño, abundante y lacio. Un macho de arrastre, en fin.

Pues aquel Rodolfo Giménez, a quien yo conocí en Abra-Pampa, que me miraba como si le debiera y no le pagara, llegó al rancho de Chutuska, casi a la oración, pocos días después de la partida de Cachisumpi.

Sentí que una caballería tascaba el freno en el patio, y me levanté. Yo había estado durmiendo, aburrido de todo y de mí mismo, en el estrado de adobón.

Me dio curiosidad y asomé la cabeza.

Rodolfo montaba una mula parda, bragada de castaño claro; mula alta, fina; una de esas mulas que valen “un negro con pito y todo”. Venía emponchado con un puyo de vicuña blanco. Traía una chalina al cuello y delante de los ojos, unas antiparras.

La conversación estaba en lo mejor. Chutuska escuchaba silencioso, apagado. Recibía cada palabra con el gusto que se recibe en la lengua un chorro de hiel.

Yo pensé: “Seguramente la Rosario fue también de Rodolfo”. El caballero guapo visitaba a los puneños que tenían mujer joven y guapa. Pulga en el oído, astilla en el ojo, espina en la garganta, llaga en la planta de los pies, debió ser el macho bien plantado para aquellos humildes y silenciosos maridos.

–Vos –le decía–, vos, coya opa, no lo aguantés en tu casa. ¡No faltaba más! Te llevará la mujer para tenerla de sirvienta. Si es que es por el chango, que se lo lleve. ¿Para qué querés un chango que no es, que no es, ¿comprendés ahora?, que no es hijo tuyo? Decime: ¿para qué lo querés vos a ese?

Chutuska no lloró; después, mucho después, supe que ni su mujer, ni sus hijos, ni sus amigos, lo vieron jamás llorar. No lloró Chutuska. Sentía las palabras, como en las palmas de las viejas y agrietadas manos, gruesas gotas de plomo derretido.

Oía y callaba. “¿Hasta cuándo, señor, hasta cuándo?”  
—preguntaban al suelo sus ojos de apagado mirar.

Rodolfo se daba cata de que yo lo estaba escuchando y de intento alzaba la voz, una voz enérgica, resonante, brava.

—¡Que se lo lleve al chango! ¿Para qué querés vos lo que no es tuyo?; pero que no se meta con tu mujer. Vos sos un pobre viejo incapaz de hacerte respetar con tus puños. Sos un pobre viejo que no vale dos patadas. ¿Sabés quién me contó todo?

—.....

—El turco Abud. Apenas me bajé del tren, ya estuvo el cuento. Yo me voy ahora para San Antonio, pegaré la vuelta en la semana entrante.

—Está bien, señor —dijo humildemente Chutuska.

—Necesito que me contratés unos veinte salineros.

—Como no, señor.

—Tengo que hacer cortar una vagonada de panes de sal.

—Está bien, patrón.

Yo creía que ya iba a picar espuelas a su mula cuando rompió a decir:

—Mirá, viejo cobarde, abríle la panza a ese sin vergüenza.  
¿Querés que te preste mi puñal?

Imaginaba yo los ojos de susto del salinero viejo.

El puneño tiene un miedo bárbaro al arma blanca.

—¿Querés que te lo preste?

Rodolfo debió sacar su puñal mango de plata.

—¡Sos un cobarde! Abríle la panza o agujereale el cuero con una chorrera de balas. Mirá, viejo, aquí tenés mi revólver.

Estábamos los tres en el rancho; la Rosario y los changos aún no habían vuelto con las ovejas.

—Agujereale el cuero. Total..., lo enterrás medio lejitos...  
¿Qué te parece?



Chutuska debió contestar con humildosos movimientos de cabeza. Paraba yo la oreja. Y no alcanzaba una sola palabra suya. “De hombre a hombre, no va nada” –me decía yo, pensando en los consejos que daba Rodolfo. Yo también tenía un revólver.

–Se necesita ser cobarde para aguantar lo que estás aguantando vos. ¡Un cobarde y un cochino!

Ni se despidió del viejo salinero. Sentí yo el marchado de su mula.



Chutuska ya no me miró; de frente. Y la Rosario no me mezuquinó el hijo aquel que llevaba mi sangre. José Luis me servía, a la hora del yantar, el plato de mote, el plato de piri o el de espesao; con su manita me alcanzaba el trozo de charqui.

–Ya comeremos pan y queso –le decía yo–; ya pronto llegará el salinero con el costal. Tomaremos café y mate cojudo.

Tal mate, bautizado con alcohol de noventa y cinco grados, agrada a los mineros puneños.

–¿Café? –preguntaba él, agrandando los ojos.

Entonces, en sus ojos rasgados y grandes, yo veía los míos; en su boca, mi boca; en su frente, mi frente.

–¡Oh, mi changuito churo! ¿Nos iremos pronto?

–¿Pa' dónde?

–Para lejos.

¿Qué vería él, a lo lejos, con su pobre imaginación, imaginación que tenía por delante la eterna valla de unos cerros azules y remotos? ¡Qué vería él, con los ojos opacos de su imaginación! Pequeño era su mundo: un altiplano frígido, vestido de tolas y añaguas; montes y montes; el Salar blanco y relumbrante a la hora en que el sol aprieta; cielos, cielos, ovejas, burros, llamas, salineros; la voz distinta y antojadiza del viento, el reventón de los truenos. ¿Y qué más? La noche, el silencio, la muerte.

–¿Nos iremos, hijito? –le preguntaba yo, mirándole los ojos, la boca, las dos arruguitas del entrecejo anunciadoras de un mal genio heredado.

–¿Pa' dónde?

–Para lejos.

Tal pregunta le hacía yo cuando estábamos solos. La Rosario me lo dejaba no bien partía en derechura del cam-

po a pastorear las ovejas. Chutuska me lo dejaba también, cuando se iba a contar y recontar los burros cargueros de su tropa.

—¡Hijito!

—¡Señor!

—Me tenís que decir tatita; a ver.

Bajaba los ojos, avergonzado. No era posible; no, no, él no podía ser hijo mío. Él, un pobre chango calzado de viejas ojotas de suela, un pobre chango que llevaba sobre las carnes una burda camisa de picote “áspero” y unos pantalones y una chaqueta de cordellate, no podía ser hijo de un caballero.

—Decime tatita, chango.

Cuando le hacía cariños, mezquinaba la cara como un chango atorrante y a ratos, a ratos, cuando creía que no lo observaba, mirábame con ojos de cachorro.

Y un buen día nuestra jugarreta de ociosos se acabó. Tempranito, tempranito, se levantaron todos. La Rosario no salió a pastorear sus ovejas; Rodolfo ni Juan de Dios no salieron en pos de las suyas. Esta vez el viejo Chutuska solito se fue al campo, al campo dilatado y frío, cerrado de montes, en el que holgaban sus burros cargueros. Volvió coqueando, al mediodía. Dieciocho burros conté; eran vizcachillos, cenizos, pardos, cabezones y orejudos todos.

La Rosario les puso florecitas de lana, florecitas rojas, en la punta de las orejas. Eran los mismos burros que con cara de atorrantes aburridos vi yo en las calles de Abra-Pampa; eran los mismos burros que en el canchón de la casa del turco Abud, descascaraban un pobre sauce enfermo de frío; los mismos que se echaban, quejándose, para que el dueño les quitara de encima los dos panes bermejos de sal.

Al trote los trajo el viejo Chutuska. Los asustaba de trecho en trecho, con piedras que arrojaba su honda overa.

–¡Burro!... ¡Burro!

Cerca del patio se plantaron en montón. Orejas y orejas, y ojos asombrados.

–¿Qué estás por hacer, tatay? ¿Para qué has traído la burrada? –pregunté a Chutuska.

La Rosario ya había alistado las pilchas, las sogas de cargas, overas sogas de lana.

–Nos iremos al Salar, señor –respondió el viejo.

–¿Todos?

–Toditos, señor.

–Pero... ¿y el frío? ¡Allí hace un frío terrible!

–Nos estamos por ir, señor.

–¿Y yo? –le pregunté, como un enfermo que tiembla ante la idea de quedarse solo—. Y yo... ¿qué me hago aquí, sin comida, sin mula y medio mal de salud?

–Nos estamos por ir, señor.

José Luis se había tomado del vestido vueludo de su madre y me miraba como a un asesino. Ahora él me tenía miedo. ¿Creía acaso que yo lo iba a asir fieramente de un brazo?

–Decime, Chutuska, ¿ninguno de esos burros es de silla?

–¿De silla? De silla, ninguno. ¿Y pa' qué pu', señor? ¿Quién los va a ensillar aquí? Y apero no hay, señor; y pejeros no hay y freno y riendas, tampoco.

–¡Caraspa! –exclamé yo—. ¿Y si montara uno en pelo?

–No hagás la prueba, patrón; te ha de bajar... y la patada de burro dicen que es muy fiera.

–Y entonces... ¿qué debo hacer yo?

En la punta de la lengua tenía el viejo la respuesta: “¿Por qué no te mandáis a ir, patrón?”. Y su mujer, esta otra: “¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

Los burros me habían clavado los ojos, las orejas, las orejas puntiagudas, inocentes, adornadas de rojas flores de lana.

–Tengo ganas de montarlo a uno en pelo.

—Te ha de bajar, patrón; chúcaros son... Y riendas, no hay, señor.

¿Qué debía hacer yo, peregrino loco, en aquel trance? ¿Me quedaría solo, solito, en el rancho abandonado, en el rancho en cuyo patio no había un árbol y de cuyo alero jamás se alzó el trino del pájaro libre? ¿O me mandarían a ir (como decían ellos) al pago de Susques, al pago de Coranzuli, a pie, como un arriero, como un pastor?

Lo que menos pensé hacer fue lo que hice: irme al Salar, a pie, emponchado, calzado de botas altas, a la zaga de aquellos burros orejados, cabezones, vizcachillos, pardos, cenizos, que por ser salineros se habían olvidado de rebuznar.

—¿Querís que los acompañe, Chutuska?

—¿A quiénes, patrón?

—No has de estar creyendo que a los burros, ¿no? ¡A ustedes, pues!

Bajó la cabeza y no respondió.

José Luis, como un chango que miraba a un asesino, se agarraba del vueludo vestido azul de su madre.

Y dale que dale, por un camino apenas dibujado por los trajinantes; dale que dale, a tranco largo y con las tripas silbando.

Me quité las botas. Eran unas botas de becerro con caña plegadiza, arrugada como acordeón.

Me quité las botas y me calcé un par de ushutas nuevecitas, que Chutuska llevaba atadas sobre el aparejo de uno de sus burros.

—Con tu permiso, chei —le dije al cogerlas.

Me soslayó el viejo y no dijo palabra; pero con los ojos de mirada opaca me dio a entender que aquel par de ojotas le había costado trabajo y dinero.

Enhorqueté las botas que me habían sacado ampollas en los talones, en el lomo de un burro cenizo.

–Prestame un par de medias de las de tu marido –le dije a la Rosario.

–No hay, señor.

–Sí, hay. Buscá.

Llevaba ella, a la espalda, un atado de ropa. Me dio un par de calcetines negros, gruesos, tejidos de sus manos, con espinas de cardón. Esos calcetines se podían llevar con las ojotas, pues tenían la rajadura hecha a propósito para dejar pasar al tiento del dedo gordo. Yo ya había calzado ojotas monteriles en un pago campesino, en Tucumán. Yo sabía ya lo que era tener sujetos los tobillos por tientos; ya sabía lo que era pisar livianito.

¿Quién es capaz de llevar, allá en la Puna, el pie calzado con ojotas y sin calcetines dobles, en tiempo de invierno, cuando el viento fino se entra en las carnes?

He sido un gran caminador; no tanto como los puneños; pero sí capaz de hacer, a macho talón, hasta diez leguas en un día. La caminata no me asustaba. ¿Qué hubieran dicho mi madre, mi padre, mis hermanos, si me hubiesen visto emponchado, de ojotas, a la zaga de una recua de vacío, emparejado con Chutuska, con la Rosario y con los tres changos? “Se ha trastornado. Se ha trastornado”... Los estoy oyendo. Y yo estaba en mi sano juicio. Quería sólo pagar una vieja deuda. Estaba dispuesto a pagarla en la forma que me lo exigieran. Trabajar. Sufrir. ¿Morir acaso, allá en el Salar deslumbrante?

Cuando el frío les entorpecía los dedos, dejaban de hilar Chutuska, la Rosario y Juan de Dios. Andando a pie, silencioso, al lado de mis compañeros, que si en algo pensaban no decían palabra, me di cata de lo que es el altiplano, la Puna casi desierta, inmensa, frígida, alta pampa muerta bajo un cielo indiferente y uniforme. Sólo en los tolares se veía el viento, que al pasar, nos helaba el cuerpo.

Y dale que dale, chasqueando las ojotas nuevecitas que había labrado para sí Chutuska. Dale que dale por el camino que, de trecho en trecho, como de intento, se borraba.

Cogí de la mano a José Luis.

—Ya pronto vendrá el salinero con el costal. Nos traerá azúcar, café, pan... ¿Tenís hambre, chango?

—No tengo.

—¿Nada?

—Nadita.

Escuchaba y respondía al punto.

—¿Falta bastante?

—Bastantito.

La madre nos soslayaba. El viejo Chutuska se hacía el sordo. No podía negar lo que sus ojos habían visto, lo que sus cansados ojos veían; José Luis no se le parecía; el chango era mi retrato, en pequeño. ¿Por qué, por qué no me lo dejaba llevar?

—¿Nos iremos, después?

—¿Pa' dónde, señor?

—Tatita, decí. Para lejos; te compraré botines, un traje nuevo, una gorra linda, a cuadros, una gorra como esas que llevan en Abra-Pampa los changos que juegan al foot-ball.

Entonces la Rosario metía su cuchara de palo en la plática, como en un plato de loco:

—No me le estís llenando la cabeza al changuito, señor. ¿Pa' qué le decís todo eso?

Chutuska sentía más adentro, más adentro, la espina invisible, clavada en el alma.

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

¿Una puñalada? ¿Un tiro? ¡No! ¡No era capaz! ¿Le azotarían mucho su patrón, cuando mozo?

—Yo te enseñaré a leer, a escribir, a sacar cuentas, changuito.



El viejo contaba con los dedos de pies y manos o con piedrecitas o con granos de maíz.

—¿Pa' qué, pu', señor? —preguntó Chutuska.

—Para que no te dejes robar por el turco. Vos no conocís ni los números de la balanza —le respondí.

—No conoce —dijo su hijo Juan de Dios—, pero yo sí...

Era la primera vez que hablaba Juan de Dios, desde que salimos del rancho.

Tengo en la memoria su estampa: delgadito de cuerpo, ojoso, la boca pequeña, de labios rasgueteados, escasa la frente, el cuello como cinturita de avispa colorada, blando el mirar, suave la voz.

—¿Vos sí?

—Sí, señor; yo conozco los números de la balanza. Cada vez que el turco nos quiere robar en el peso, yo me fijo y tengo mi libreta.

¡Una libreta, una libreta de hojas blancas, en aquella llanura desolada y fría!

—A verla.

Metió la mano bajo el poncho y sacó una libreta doblada en dos y un pedazo de lápiz de punta roma.

Reparé en las hojas: eran hojas sucias de sudor y tierra, que guardaban números y números y un nombre: “Juan de Dios Chutuska”.

—¡Qué bien, changuito!

Nos detuvimos un momento; lo acaricié y le di un beso en la frente.

—¡Qué bien, chango, qué bien! ¿Quién te ha enseñado esto?

—Un maistro —dijo el salinero viejo—. El maestro de la escuela ambulante.

¡Una escuela ambulante! ¡Oh, la obra silenciosa y noble de los maestros humildes! El maestro que se aventura a ir

a enseñar a los hijos del frígido altiplano, a los niños descalzos, rotos, de cabeza intonsa, a los niños que comen pan de tiempo en tiempo, a los que no conocen el sabor del azúcar, el gusto del café, el roce halagador del algodón; a los niños que duermen en el suelo, sobre un pellejo de oveja o de llama; a los que usan camisa de áspero picote; a los pobres niños que se emocionan como viejos soldados al saludar la bandera de la Patria Grande, es un apóstol. El apóstol de un ideal era aquel “maistro”, vestido a lo caballero gauchesco, que había enseñado a sumar, a restar, a multiplicar y dividir, a leer, a escribir, en pocos días, al pobre Juan de Dios Chutuska; y que había dormido en el estrado, que había comido en la cocina, del mote, del charqui, del piri, del espesao, de que viven los pobres. Era un apóstol; uno de esos soñadores que trabajan por el mejoramiento de los que viven como esclavos.

–Y el otro también sabe –agregó la madre, señalando al mayor con los ojos, a Rodolfo, un chango morrudo y cobrizo, de labios gruesos y de talones negruzcos y rajados–. Pero no sabe tanto.

El salinero viejo añadió, parando su acuyico:

–Porque fue porro. El maistro también le enseñó a él.

–¿Y tu libreta, Rodolfo? A verla.

–No tengo libreta, señor; papeles tengo.

El chango sacó dos hojas de papel de estraza, bien dobladas. ¡Cuántos números y cuántas palabras había escrito!

–¿Y el lápiz?

–No hay, señor.

Conversábamos caminando, caminando, al marchado parejo, como marchado de mula. Ahora no sentía yo las distancias.

–Ya ves –le dije a mi José Luis–, tus hermanos saben leer, escribir y vos no... ¡Pero yo te enseñaré! Yo tengo libreta,

papel, lápiz. De todo tengo yo, changuito.

Saltó la Rosario.

—¿Pa' qué me le estáis llenando la cabeza al guagua, señor?

Al frente de un rancho agujereado y requete viejo se plantaron los burros.

El Salar Grande estaba cerca, a media legua, acaso a una legua; se veía bien. Era una planicie monótona, que despedía con violencia la agresiva luz del sol. El viento que venía de allí era un viento salobre y agudo.

Chutuska se puso en la tarea de trabar a sus burros. Comprendí que las bestias debían quedar en el campito próximo al rancho, por algunos días.

Como en casa propia, entraron los salineros en aquel chozo más triste que un palo seco.

—¿De quién es?

—De un tal Sarapura diz que fue.

—A Sarapura lo mató el rayo, aquí mismito. Lo dejó hecho carbón.

Eché a vagar la mirada por los alrededores. La vegetación escaseaba; allí, en el comienzo de la pampa salobre, no medraban tolas, añaguas, chillagua, surillantes ni esporales, ni venenosos garbancillos, ni choquicanglias, ni chipi-chapes, ni moco-mocos. Carrizales crespos, blanquicos, nada más.

Pensé que los burros se iban a morir de hambre.

—¿Y qué van a comer los animalitos, Chutuska? —pregunté al marido de la Rosario.

—Son de aguante, señor.

Cuando pasaba el viento levantaba y deshacía los rulos de los carrizos.

—¡Pobres burros!

—Son de aguante, señor.

Trabados se desparramaron los burros.

Esa noche dormí en el suelo. Sobre dos pellejos de oveja puse dos frazadas; sobre todo ello, el cuerpo cansado y encima de éste, sus compañeros, dos lindos ponchos puyos que no les mezquinaban la cara a los más fieros vientos ni a los fríos más crueles.

Me levanté a deshora, no corrido por el frío, no tentado por la helada mano de la Barchila, espectro de la Muerte; me levanté para ir a traer a José Luis. Caminé a ciegas, tentando el aire con las manos y con tanta mala suerte que le pisé la cabeza a Chutuska.

—¡Epe..., señor!... ¡Aquí estoy yo! —exclamó al sentir el pie frío.

De veras que hubiera querido pasarme toda la parte de noche que restaba conversando con el niño. ¡Cuántas cosas me hubiera preguntado él!...

Me volví de prisa y tan ciego iba que metí las narices en la quinchá.

Llamaba a trabajar el día.

Me recordé estornudando, como quien se despierta al sentir en la cara un chorro de agua. No tenía miedo de pescar una pulmonía. Por gracia, en la casona de campo de mis abuelos, solía dormir, en cualquier tiempo, en el suelo, sobre un delgado colchón de chala.

“¡A trabajar, a trabajar se ha dicho!”.

La mañana, que había amanecido ceniza, se fue poniendo azul.

Chutuska echó al hombro su hacha salinera; Rosario cargó la suya. Al verlos con el hacha al hombro, me acordé de los hacheros de mi pago, que se van al bosque tupido y cálido, tempranito, con la fresca, a tumbar horcomolles y tipas y cedros.

Rodolfo, a guisa de fusil, llevaba una barreta vieja, tomada de orín.

La tierra que pisábamos era tierra bermeja y salobre. Volví la cabeza y miré en derechura del sitio en donde descansaba Seneusky. Y dije para mis adentros: “Comprador, acaparador de sal, jamás pensaste que vendrías a quedar duro y frío, bajo una capa de sal, en la desolación helada y blanca del Salar Grande”.

En el realero o paradero, con cansados ojos esperarían los burros. Caminábamos a ratos sobre el barro congelado, en el que las bestias de carga habían dejado las señas de sus vasos. Estábamos en el comienzo de una de las cabeceras del Salar Grande. Se nos venía encima un vientito, como para salarnos los ojos. Yo ya sentía el sabor de la sal en los labios partidos.

Jamás me olvidaré de Kallpanchay, un salinero viejo, a

quien encontramos enfermo, tirado en el suelo. A su lado, el hacha reluciente y fría reclamaba un brazo.

Los changos llegaron primero.

–Tatay...

–Tatay, ¿qué tenís?

Le conocían. ¿Cuáles de los salineros, dueños de recuas, cuáles de los que cortaban panes por tanto, no conocían al viejo Kallpanchay, al de los ojos colorados, casi vencidos del surumpio?

–Tatay...

–Señor.

–¿Qué estáis sintiendo, tatay? –le preguntó la Rosario.

–Nada, señoray –respondió el viejo.

Y se incorporó y con sus ojos grandes, medio colorados, con sus ojos que cercaban franjas de tizne de olla, nos miró humildemente, como un perro enfermo, tirado en el campo, dispuesto a morir en silencio.

–¿Qué estás sintiendo, Kallpanchay? –le pregunté yo.

–Nada, patrón. Velay me vino un dolor muy fuerte al costao... Ya no pude aguantar y me tiré.

–¡Costao irá a ser, pu'! –contestó la Rosario.

–Costao, pu' –dijo Chutuska.

–¿Con qué se cura? –pregunté.

–Con la misma sal se cura.

–Sí, pu', señor. Con la misma sal me curaré –afirmó el viejo Kallpanchay.

¡Con la misma sal! El Salar los volteaba, pero él les daba de remedio su misma sal; por arriba, sucia de arcilla bermeja; por dentro, granulosa, blanca.

Kallpanchay calzaba dos ponchos puyos; el de abajo, azul; el de encima, gris. Sus calcetines eran gruesos y negros, su sombrero, haldudo y blanco.

Cuando se agachó a coger el hacha reparé en sus manos.

¡Qué manos de salinero, santo Dios! Los dedos, partidos, mogotudos, sangrantes.

–¿Te duelen las manos, tatay?

–No me duelen, señor. ¡La costumbre!

–¿Y de qué las tenís así?

–De trajinar la sal, señor.

Sus ojos colorados, al mirar humildemente, decían:

“Para trabajar, nacemos y trabajando en el Salar, poquito a poco, nos acabamos”.

–¿Y la familia?

–No hay, señor.

–¿Y el rancho?

–Tampoco hay, señor.

–Es solito –aseguró el viejo Chutuska–. Corta pa’ otros.

–¿Y la plata que gana?

–Poquita es, patrón –afirmó Kallpanchay–. Apenitas alcanza pa’ la coca, pa’ la chata de alcohol y pa’ comprar unos kilos de harina.

Infundían miedo sus ojos cercados de franjas de tizne de olla. Era un viejo lampiño, de tabacosa tez, alto y flaco. Sobre las orejas le caían sendos mechones negros y lacios.

–Solito soy, señor. No tengo ni guaguas ni perros que me lloren.

Pero... ¿cómo movería esos sus dedos mogotudos, partidos, sangrantes?

–¿Querís trabajar con nosotros? –le pregunté.

–No puedo, señor; estoy comprometido. Le tengo que cortar veinticinco cargas pa’ Quipildor, el de San Antonio.

–¿Te paga bien?

–A veinte centavos por pan, señor.

–¡Poco es!

–Poquito pu’, señor. Ya no podemos comer ni pan pu’, señor, porque la harina está por las nubes.

Se levantó las haldas de los ponchos y sacó una bolsita con harina de maíz tostado.

–¿Querís, changuito? –le preguntó a mi José Luis.

Allí, en esa pampa pelada, delante de aquel salinero viejo, enfermo y solo, se me saltaron las lágrimas.

“¿Querís, changuito?”... Y eso que él era solo, solo como un árbol seco en un campo desolado.

José Luis ya había metido la mano en la bolsita caliente.

–No, viejo; guardá para vos. ¿Quién te convidará un puñado de harina, unas hojas de coca, cuando no puedas trabajar?

–Solito es –aseguró la Rosario.

–Ni rancho tiene –agregó Chutuska.

–Solo soy, pu’, señor y solito me han de hallar, tiraio como lata de sardinas, en el Salar, cuando ya no sirva para nada. La osamenta, nada más, quedará...

Iba a romper a andar en derechura del sitio en que debía cortar los panes, cuando exclamó:

–¡Ayita! El costao es, señoray... el costao...

–Costao le estará por dar –dijo la madre de José Luis.

Y Chutuska añadió:

–Costao es.

Kallpanchay se tendió en el suelo bermejo y salobre.

Un hombre viejo, solo y enfermo, en el Salar.

¿Quién iba a escuchar luego sus quejidos? ¿Qué mano cariñosa le alcanzaría un remedio?

Sólo la tierra bermeja y helada sentiría su llamado. Corrió la Rosario en derechura de un huayco defendido por una muchedumbre de carrizos. Del huayco juntó agua salada en la copa de un sombrero ovejón.

Yo me quedé al lado del enfermo.

–Ya te lo va a traer el remedio, tatay.

José Luis se había ido con su madre.



La mujer le dio a beber agua salada.

–Toma, tatay... Es el costao...

Se enderezó el viejo y como en un morral, perdió boca y nariz en la copa del sombrero.

–¡Como para que se le corten las tripas al pobre viejo! –exclamé asombrado.

–¡Y cuándo es burro, pu', señor! –respondió la Rosario–. A los burros se les cortan las tripas cuando toman agua salada.

El salinero se acostó. Quedó con la cabeza cubierta con su ovejón cuando nos alejamos.

Yo había ido al Salar a cortar panes de sal, a trabajar como un salinero. ¡Y estaba en mi sano juicio! ¿Qué de más tenía yo que aquellos habitantes del pobre rancho, en cuyo patio no había un árbol? ¿Qué corona cargaba yo que me señalara como un ser extraordinario? Quería ganarme con el trabajo humilde el corazón de la Rosario, el perdón de Chutuska, el cariño de mi hijo, de aquel hijo a quien yo jamás había dado una hilacha, ni un cobre, de aquel que empezaba a conocerme.

Me acuerdo, me acuerdo como si hubiera sido ayer: Chutuska empezó a dibujar con su hacha salinera, cuadrados y triángulos. Imitábalo Rosario, a pocos pasos. Chutuska se había quitado los ponchos.

Las hachas filosas hacían sonar aquella tierra dura, que al ser herida, mostraba la entraña granulosa y blanca.

Serían las nueve de la mañana cuando empezaron a trabajar.

Rodolfo metía la barreta tomada de orín y levantaba los trozos cortados en triángulos, en cuadrados, trozos que pesarían treinta kilogramos cada uno o más.

Varias capas presentaba aquella muerta o dormida tierra del Salar Grande: una sucia, de puro bermeja, otra casi negruzca y la última, blanca. Las hachas, al hendirla, mostrabanla nevada.

—A ver, préstame un poco el hacha —le dije a la Rosario, cuando por las mejillas le empezó a correr el sudor.

A ratos, con el cabo del hacha, hacía palanca.

—Déjame a mí solita, señor. Vos no has de servir pa' esto.

—¿No? Se te hace...

—Pa' otras cosas..., servís.

—¿Me lo decís en broma?

—En deveras, señor.

Y no jugaba conmigo.

“Pa' otras cosas, servís”.

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado”.

José Luis no escuchaba. El chango salinerillo parecía andar prendido a la falda de la madre.

—¿Para qué otras cosas?

—Vos has de saber...

—¡Decí para cuáles!

—¡Pa' qué pu', si ya no hay remedio!

Me quité los ponchos y le tomé el hacha.

De refilón me miró Chutuska.

—Déjame trabajar, señor.

—Déjala, pu', señor —pidió el salinero viejo.

—Yo también quiero mojar mi cuchara de palo. He venido a trabajar.

Dibujé cuadros, triángulos y levanté trozos de treinta kilogramos.

¡Con qué ojos me miraba José Luis!

Habríamos trabajado dos horas cuando vi que Chutuska se empezaba a pintar con tizne de olla que había llevado envuelto en un trozo de papel de estraza. El sol nos quemaba las espaldas; parecían rebotar sus fuertes rayos cuando nos herían los ojos.

—¿Qué estáis haciendo, che? —le pregunté alegremente—. ¿Es que ya empezó el carnaval?

–¿El carnaval? –preguntó sin levantar la cabeza.

–Sí, pues.

–No hay carnaval aquí, señor. Aquí sólo hay sal.

Se había pintado ojeras retintas. Su cara provocaba risa.

–Es pa' el surumpio, señor –aseguró la Rosario, a quien yo acababa de entregar el hacha–. Vos también te vais a tener que pintar si no querís perder la vista.

Me hablaba ahora como a un compañero.

Apuntaba el sol las doce. Aquella pampa dilatada y muerta relumbraba como un enorme espejo puesto al sol.

Y la luz, al venir así, de golpe, furiosamente, nos obligaba a arrugar la cara para esconder los ojos.

El surumpio ciega a los salineros y a quienes andan horas y horas por la nieve. El surumpio es el mal de la sal; es el mal de la nieve. Resplandor de sal, resplandor de nieve. El surumpio enciende los ojos hasta cegarlos completamente.

Kallpanchay tenía los ojos viejos; casi vencidos del surumpio.

–Te vais a tener que pintar vos también, señor.

–Como no.

–Si no querís salir de aquí agarrao de una soga.

¡A cuántos salineros había agarrado el surumpio!

–Como no. Lueguito. Esperate sentada...

Chutuska me prestó su hacha. Ya había aprendido yo a labrar aquellos trozos de treinta kilogramos hasta formar panes de cincuenta centímetros de largo, por cuarenta centímetros de ancho y por diez centímetros de espesor.

Era un hacha filosa aquella hacha salinera. En cada golpe chispeaban de blancos los granos.

Los changos andaban de un lado para otro, ayudando en lo que podían.

Apenas el sol señaló las doce, sentí un hambre que me roía por dentro.

–Las doce, Chutuska.

–Sí, señor.

–Las doce, Rosario.

–Sí, señor.

–Changos, changos: las doce está dando el sol.

Acostumbrados al reloj de la sombra, miraron para arriba y asintieron con la cabeza. Pero..., yo quería decirles: “¿Qué tenemos para comer?”.

Marido y mujer, con el filo de los dedos arrasaron el sudor de la frente.

–¡Las doce! Tengo un hambre...

Rodolfo, Juan de Dios y José Luis, empezaron a hacer sonar entre los blancos y cortadores dientes, la alegría del aunca o rosetas del maíz rubio.

Chutuska y Rosario sentáronse en sendos panes de sal. A la perezosa miraban aquella pampa muda y pelada, relumbrante como un enorme espejo puesto al sol.

–Tengo un hambre de perro flaco y sin dueño.

Me oían y no contestaban.

Sonaban, reventaban, las rosetas de maíz rubio, bajo los dientes de los changos.

Hasta el aire salobre me hacía llenar de agua la boca.

Marido y mujer, sentados en sendos panes de sal, para matar la sed, el cansancio y el hambre, humildemente coqueaban su coquita, bajo aquel cielo intensamente azul, en aquella pampa deslumbrante.

Dejamos de trabajar a las cinco de la tarde. Había ya una punta de panes labrados. Dos panes forman una carguítá; las carguítas se venden, allá, en las remotas aldehyelas y en los boliches de los turcos, a ochenta centavos. “¡Ochenta centavos!”, me decía yo, y agregaba para mi coletó: “Ya ves lo que cuesta ganarse la vida”. Es menester llevar los panes a lomo de burro, hasta las remotas aldehyelas de la Puna jujeña.

Parecía que repentinamente se había bajado el sol. Ahora empezaba a apretar el frío.

Nos echamos en derechura del realero donde se hallaba el rancho de nadie.

Cogí a José de una mano. Era la primera vez que salíamos del trabajo juntos.

¡Pero qué laya de trabajo bruto! Al lado de aquella gente curtida, que casi nada comía, que no sentía sed, yo era un tipo pobre de fuerzas, sin resistencia, un pobre tipo.

Avanzamos algunos pasos. Volví la cara para ver como pintaba el sol, con sus últimos rayos encendidos, la pampa pelada y fría. A ocho o diez cuadras otros salineros se alistaban para dejar el trabajo; más allá una tropa de burros cargueros se desesperaba por salir del peladar blanco, sembrado de aguadas salobres, en donde las bestias no encuentran yuyos que comer ni agua que beber.

No conté los panes labrados; formaban una muchedumbre.

En el camino nos topó el salinero a quien yo encargué azúcar, pan, harina, café. Traía la recua de vacío. Sus burros, como se acercaban a la querencia, a la querencia rica en pastos y en ojos de agua dulce, venían al trote.

—¿Y qué tal te fue, che? —le pregunté, en cuanto se puso a tiro.

–Bien pu’, señor –me contestó.

También venía al trote, revoleando una soga overa.

–¿Cuánto te pagó el turco por la carguita?

–Ochenta, señor.

–Poco.

–Poquito es, pu’, señor. Y todo está por las nubes: la coca sube, las chatas de alcohol suben; la harina flor sube; el maíz sube. Sólo la carga de sal..., baja... No nos tienen lástima, señor.

–¿Y el encargo?

–Velay, en aquel burrito te lo traigo, patrón.

El burrito que señaló el salinero era un cenizo oreja quebrada, viejo y flaco.

–¿Te lo descargaré?

–No... ¿quierís que lleve yo la carga?

Corrió hacia el burro que se había agachado a ramonear una mata blanquizca.

–Allá, allá –le dije, y señalé nuestro realero.

–Bueno, señor.

El cenizo traía un costal listado sobre el lomo.

Rodolfo, Juan de Dios y José Luis, se acercaron a la bestia. ¡Con qué ojos miraban aquel costal partido en dos, dentro del cual venían los bollos morenos “raspabuches”, el café oloroso y acaso otras cosas más que habíamos visto allá, en las tiendas de comestibles de la aldea remota!

–¿Galletas también? –me preguntó José Luis.

–Galletas también, hijito.

¡Cómo las hacía sonar dentro de la lata reluciente el turco Abud, cuando quería llamar la atención de los hijos de sus marchantes, quienes jamás se olvidaban de pedir la yapa!

–Galletas también y otras cositas. Ya nos haremos parte.

Chutuska soslayó el costal; la Rosario también lo bizqueó. Imaginé que pensaban: “¿Coquita habrá encargao el pa-

trón?”. Y para responder a las preguntas que concertadamente hacían sus fatigados ojos, les dije:

–Encargué coca, azúcar, pan, alcohol, quesitos, café, chalonga, harina de trigo.

Caminábamos a la zaga de los burros; éstos habían apagado su trote.

–Te devolveré el puñado de hojas que me diste, Chutuska.

–¿Pa’ qué pu’, señor? No se devuelve la coca, pero.

Coqueando, coqueando a quedo, había matado yo el hambre, había alejado la sed.

Frente al rancho sin dueño, se plantó la burrada. A un centenar de metros andaban los otros, los trabados, buscándose la vida en una pampita ingrata y ventoleada.

–¿Te lo descargaré?

–Bueno.

Los changos se acercaron al costal.

Chutuska y la Rosario guardaron las hachas que habían traído al hombro. Rodolfo puso a buen recaudo la barreta tomada de orín.

–Entregame el costal, patrón, que me tengo que ir. Ya se me ha hecho la oración y mi rancho está lejos.

–¿Lejos?

–Bien lejos. Velay, trastornando aquel cerro.

Y señaló un cerro cuya enorme mancha negra parecía llegar hasta el cielo.

Le regalé un peso. Para agradecerme se quitó el enorme ovejón.

–Pronto he de pegar la vuelta. En el Salar nos hemos de encontrar.

Y al trote, al trote largo se alejó en pos de su recua de vacío.

En la lliclla o mantito de Rosario pusimos los artículos comprados. Percibíamos ya el olor del queso de cabra, el

grato aroma del café, la fragancia de la yerba mate.

Habíale entregado yo una lista al salinero; en dicha lista figuraban latas de sardinas.

El Salar Grande, frígido y cercano, era invadido por las sombras. Chutuska encendió fuego en una ramadita que había en aquel rancho de nadie, nuestro realero. Los changos trajeron ramas secas.

—¿Comeremos, tatay? —pregunté a Chutuska, no bien las llamas encendieron nuestras caras.

Nos veíamos. Estábamos en cuclillas, a la redonda de un humilde fuego campesino que nos quitaba el frío.

Chutuska no contestó.

—¿Comeremos, señoray? —dije alegremente a la madre de mi hijo. Tampoco respondió.

¿Qué podían ofrecerme ellos, allí, en ese miserable rancho de finado? ¿Coca? ¿Rosetas de maíz rubio? ¿Un trago de alcohol, un pedazo de charqui viejo, jugoso como suela de ojota tirada al sol?

Los changos llenábanse la boca con harina tostada.

—Comeremos —dije y desaté los cabos de la lliclla.

¡Ojitos para ver! ¡Narices para hacer desear! El olorciello del queso era el más provocador. ¡Aún me acuerdo del olor de esos quesos de cabra que comimos juntos, de noche, cuando volvíamos del trabajo! ¡Yo hasta entonces no sabía lo que era el trabajo bruto! ¿Por qué no había de trabajar yo como un obrero? ¿Qué corona cargaba?

La fragancia del café se desparramó, como cuando en una pieza se hace trizas un frasco de loción.

—¿Comeremos, changuitos? Ahora les voy a convidar yo.

Cargaba yo un puñalito churrasquero en la bocamanga del chaleco. Lo resbalé. Partí un quesito. En la punta del cuchillo ofrecí sendos pedazos a Chutuska y a Rosario. Alargaron la mano y respondieron concertadamente.



–Gracias, señor.

–Hay bollos, también –les dije–; el pan ha de ir con su compañero el queso.

¿Desde cuándo no comían pan, no pan blanco, pan moreno y áspero? ¿Desde cuándo no probaban queso? Maíz tostado, mote, una vianda de harina, charqui, piri y coca; coca, durante todo el santo día.

A la luz rojiza de aquel fogón campesino me miraban los changos.

–Ahora les toca a ustedes. ¿Qué quieren comer primero?, ¿galletas?, ¿queso?, ¿sardinas?

–Galletas –dijo José Luis.

–Pan –contestó Rodolfo.

–Pan y queso –respondió Juan de Dios.

–De todo les convidaré.

Repartía yo y mataba mi hambre con una mano.

–¿Qué tal?

–Están buenos.

No comían de prisa. Chutuska sacó de la boca el bolillón de su acuyico y lo puso a su vera, en el suelo terrizo.

¡Qué sabroso, qué rico, hallaba yo ese quesito de cabra, duro y oloroso! ¡Cómo me sabían a pan blanco, a pan de regalo, aquellos bollos campesinos, que al pasar raspaban! En la Puna les dicen raspabuches.

–¿Qué tal? –les preguntaba yo, con la boca llena, comiendo de prisa, como quien ha jugado una apuesta y teme perderla.

–Están buenos –respondían.

–¿Están buenos? Me alegro. Tenemos provisiones para varias noches, ¿no?

–Así será, pu', señor.

–¿Te gustan las sardinas, Chutuska?

–Sí, le gustan –contestó Rodolfo.

–Voy a abrir dos latas.

Acomodé la llave y la di vueltas. Ahora estaba yo sentado en el suelo.

–Acérquense. A ver si me ayudan. Yo soy loco por las sardinas. Si no se apuran, me las comeré yo solo...

–Me gustan los pescaditos –afirmó Rodolfo.

–Me gustan los pescaditos –repitió Juan de Dios.

¿Desde cuándo no comían sardinas? Allá, en la remota aldea de la Puna jujeña, y en el mostrador de la tienda de comestibles del turco Abud, solía él, el salinero viejo, abrir una lata de sardinas. Una lata para todos. Cogían los pescaditos con la mano y llevábanlos a la boca montados en un trocito de pan.

¿Desde cuándo no comían sardinas?

–A ver, Chutuska, hacé la punta vos.

Le pasé mi puñalito, cuya hoja relampagueó como delante de una llama nerviosa y rojiza.

–Hacé la punta vos, Chutuska.

–Vos primero, señor.

No me hice de rogar. ¡Qué ricas me parecieron aquellas sardinas, pescaditos húmedos de aceite, a treinta centavos la lata!

Apenas le tocó el turno al salinero viejo, le dije:

–A ver, convidamelé un pescadito a mi hijo.

Chutuska tenía mi puñalito en la mano. Yo vi relampaguear la hoja a la luz de las llamas. Se puso de pie. Me pareció que temblaba de rabia.

Yo había dicho “mi hijo”.

¿Quería hundirme el puñal en el pecho?

Luego..., se le cayó el arma de la mano.

¡Qué iba a hacer el pobre salinero viejo!

–Mirá, Chutuska –le dije– me has ensuciado el cuchillo.

Sus ojos encendidos, en una mirada decían lo que sus la-

bios no atinaban a decir: “En tu cuerpo se ensuciaría”.

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”, me dijo aquella voz interior, que no me dejaba en paz ni a sol ni a sombra.

Ahora él, el pobre viejo que vivía de su trabajo, pasaba por un pobre hombre.

Convidé sendos pescaditos a los tres changos, empezando por el menor. El viejo tornó a sentarse sobre los calcañares. A Rosario le entregué una lata abierta. ¡Qué comida para tres pobres!

Sin pensar, vivía yo esta novela, esta historia que compuse para no olvidarme de aquella pampa pelada y fría, monótona e inmensa, en donde se me agarrotaban las manos y los pies, en donde los ojos se me encendían. Algunos amigos me dijeron que en ese tiempo yo estaba loco... ¿Loco? ¿Loco porque me fui a trabajar como un obrero, a vivir como el más humilde de los hombres en un pago remoto y viejo? ¿Loco porque fui a buscar a mi hijo, a quien yo jamás había dado un céntimo?

–Chupemos –dije a Chutuska–. Chupemos un poco de alcohol, para correr al frío. Yo estoy sintiendo un frío bárbaro.

Miré para afuera. El cielo azuloso y alto se mostraba acribillado de estrellas.

–¿Vos no sentís frío, Chutuska?

–No siento, señor.

–¿Tomaremos un trago?

Destapé una de las chatas de alcohol.

–Echá un trago, Chutuska. Dicen que el alcohol mata el frío y las penas.

–¿Las penas también?

–También.

–¿Y desde cuándo?

–No sé; así dicen.

Bebió con largura, como si hubiera estado al palo mucho

tiempo; bebió como beben los que quieren apagar una sed muy grande.

–¡Eh! ¡Eh! –exclamaba yo para atajarle el deseo-. ¡No te la acabás vos solo!

Javier Chutuska pasó la botella a su mujer. La Rosario echó un trago sonoro.

–Gracias, señor.

–¡Salud!

–Ahora me toca a mí, ¿no?

–A vos, señor.

Bebí. ¿Un trago, dos? Sólo me acuerdo de que sentí en la boca, en la faringe, en el esófago, en el estómago, un ardor terrible: como si me hubiera tragado una pelotilla de hierro candente o un chorro de plomo derretido. Era alcohol de noventa y cinco grados...

Cuando pasé la botella a Chutuska, yo ya veía doble. Nunca fui bebedor. Aquello me resultó como un tiro a boca de jarro.

–José Luis... José Luis –dije-. ¿Vamos a dormir juntos?, ¿querís, hijito?

Pero ya el cielo se me venía encima; la quinchita se ladeaba y el piso terrero empezaba a correr.

Repentinamente quedé solo en la cocina, en aquella cocina en que llameaban unos tizones. Solo. ¿Y Chutuska? ¿Y su mujer? ¿Y Rodolfo y Juan de Dios y José Luis?... ¿Para dónde se habían ido? Me puse de pie y rompí a andar, tambaleante, la cabeza hecha un remolino espantoso, por dentro; rompí a andar en derechura de la única pieza de aquel rancho de nadie. El cielo azul se me venía encima; se alejaba hacia el poniente negro la llanura muerta y el Salar blanco y reverberante corría hacia mí, como una enorme mortaja.

Me había caído de bruces en el suelo de aquella pieza fría y oscura. Había dormido con la ropa puesta, con los botines puestos. ¡Qué sueños trágicos tuve!... Sentí el puñalito en la garganta, en el pecho. Chutuska lo empuñaba; Chutuska era quien venía a pedirme rendición de cuentas. Y yo, y yo estaba en el suelo, perdido, sin poderme mover. Chutuska era quien me asentaba en la cara, fuertemente, el pie del calzado de ojota y quien repetía: “Pa’ que otra vez no agarrís lo ajeno”... Yo no podía gritar. Yo no podía llamar a mi hijo.

Estábamos en el Salar. Yo, caído en el suelo, atolondrado por el alcohol. Chutuska excavó una zanja larga como mi cuerpo, gruesa como el mismo. Sentí que me arrastraba por los pies y que me botaba dentro de aquélla, como se tira en el hueco de un terreno baldío una lata de basuras.

Y luego sentí en todo el cuerpo un peso enorme. Y la boca se me llenó de un sabor de sal; y me empezaron a arder y a llorar los ojos.

Chutuska era quien repetía: “Tomá, tomá, pa’ que otra vez no agarrís lo ajeno”.

Seneusky estaba a mi lado; sí, era el rubio Seneusky el que se movía enterito, a mi lado. Sentí su mano helada sobre la mía ardiente.

Era Seneusky, el del pelo de ruso, de sueco o de danés. Al oído, me dijo: “Compañero, me han enterrado vivo, aquí en el Salar. A usted, ¿qué le pasa?, ¿por qué lo ponen junto a mí?, ¿le cortaron la cabeza?, ¿le pincharon el corazón?”.

Cuando desperté aún me daba vueltas la cabeza; sentía una sed matadora. Me puse de pie, me sacudía la ropa. Miré para afuera. Apenas amanecía: como si la mañana hubiera pegado un bostezo largo y hubiese hecho sonar las coyun-

turas. Se apagaban las estrellas, se iban las sombras. Se le estaba cayendo el poncho al día.

—¡Chei!... ¡Chei!... —exclamé, al ver a Chutuska que se echaba al camino de prisa—. ¡Chei, esperame, ya voy yo también!

Llevaba al hombro su hacha salinera.

Ya se habían ido la Rosario, Rodolfo, Juan de Dios y José Luis.

Chutuska se iba al trote. A una cuadra, la mujer y los changos.

Se le caía al cielo el poncho negro. Ningún pájaro anunciaba la aurora. Solo el viento pasaba, pasaba, mudo, helado, como muerto de sueño.

Me calé el sombrero; me puse mis dos pujos. Ni pensé en lavarme la cara; ni pensé en tomar agua caliente. ¿Y la pava? ¿Y el mate? ¿Y la cebadora?... En la Puna nadie toma mate. Allí entretienen el hambre, la sed, el sueño, el cansancio, el tedio, el dolor, con la coca.

—¡Esperame, chei! —torné a repetir.

Chutuska volvió la cabeza, como amedrentado.

Y me acordé de todo lo de mi sueño.

Cerca, los burros trabados se estaban quietitos, como los centinelas que bajo la noche helada y negra duermen de pie.

Un enorme brochazo luminoso se corría de oriente a poniente. Echeme al trote por aquel camino que se perdía, sin que el que lo mirara se diera cata en dónde y cómo.

—¿Por qué no me despertaste, Chutuska? —creo que le dije cuando me le puse al lado—. ¿Por qué no me llamaste?

—¡Y pa' qué pu', señor! —respondió el salinero viejo.

—Me has dejado dormir vestido y en el suelo limpio; ¡yo no sé cómo no amanecí duro!

—¿Duro? Anoche estabas duro y no querías contestar, señor.

—¡Caraspa! ¡Caraspa, qué alcohol!

–Rebajadito está, señor.

–¿Rebajadito? ¿A eso llamás rebajadito, cuando quema como plomo derretido?

Pronto alcanzamos a la Rosario y a los changos.

–¡Qué bien me la hicieron! ¿no?... Me dejaron dormir en el suelo limpio, como a un machao a quien lo sacan a la ras- tra de la chichería y lo dejan en media calle, boca arriba, para que se duerma mirando las estrellas...

Comprendí que a la madre de mi hijo le vinieron ganas de reír.

–Sí..., pero me la han de pagar...

Tomé la mano a José Luis.

–¿Por qué no me recordaste vos, changuito? –le pregunté. Su manita estaba fría, como nevada. –¿Por qué? Como un machao me dejaron en el suelo...

Cuando empezamos a pisar la pampa desolada y salobre, el sol aparecía rubio, en los cerros cercanos.

–Allá está don Kallpanchay –dijo al improviso Rodolfo.

Y Juan de Dios asintió, levantando la mano.

–Él es.

No me olvidaré jamás de aquel salinero de los ojos encendidos por el surumpio; de aquel salinero que mostraba humildemente las manos agrietadas, sangrantes, las canillas flacas y las mejillas morenas y arrugadas.

–Buen día, viejo, ¿qué tal? ¿Te sentís bien? –le pregunté, no bien llegamos a donde estaba, solo y triste, como dormido bajo su propia sombra.

–Ya tengo fiebre, señor.

–Ya tiene fiebre –agregó la Rosario, después de ponerle la mano en la frente.

–¿Y en dónde pasaste la noche, viejo?

–Aquicito.

Sobre unos panes de sal, su cuerpo y sobre el cuerpo

enjuto y viejo, el poncho puyo, único amigo.

—¡Qué bárbaro! ¿Así que no le tenís miedo a la muerte?

—¿A la Barchila? A la Barchila, no, señor. Cuando ha de llegar, que llegue.

—¿Estará llegando? —preguntó Chutuska.

—¿Estará llegando? —interrogó la Rosario.

El salinero de los ojos medio colorados, el de la frente enardecida, contestó con humildad:

—Cómo será, señor... Estará llegando.

—¿Mucha fiebre?

—Bastantita.

—¿Y puntada?

—Puntada también; velay aquí y velay aquí, también.

—¡Doble!

—Cómo será, señor. Estará llegando.

Se había sentado sobre unos panes de sal. Estaba solo y triste, como bajo su propia sombra. Al frente se extendía monótono y yermo el Salar deslumbrante, el Salar en donde había trabajado desde niño. En el Salar se le habían envejecido los ojos, se le habían partido las manos, se le había arrugado la tez. Ahora era como una lata vacía, como un cuchillo mangorrero tomado de orín, como una osamenta.

—¡Doble!

—Doble...

Agua salobre le dio la Rosario.

—Es santo remedio —dijo la madre de José.

—Es santo remedio, tatay —repitió Chutuska.

El viejo tenía los labios cárdenos.

También le dio friegas en los dos costados.

—La hemos de traer a la curandera, tatay.

—A la Vilte.

El viejo se animó y dijo, lleno de esperanza:

—Ella me ha de sanar. Ella cura las pestes más bravas.



–Vendrá la Vilte a curarte. Yo la iré a buscar –le dije.

–Gracias, señor. ¿Quién sois vos? ¿De dónde estáis llegando?

Agrandaba, agrandaba los ojos para mirarme a su placer.

–Vengo a aprender a trabajar. Vengo de lejos.

–¿Serás abajeño?

Las puntadas no le dejaban hablar. Se quejaba como un niño.

–Le estará llegando...

–Le estará llegando...

Él abría, abría sus ojos viejos enardecidos por la fiebre, para mirarme a su placer.

Se quedó como había estado: solo, triste, como dormido bajo su propia sombra. A una mano, a la otra, al frente, dilatábase como una enorme mancha blanca, el Salar helado.

Hábíame llevado yo, al hombro, el hacha salinera de Kallpanchay. Pensaba trabajar hasta las doce: después iría a buscar a la Vilte, acompañado de Rodolfo y de José Luis.

Pronto aprendí el oficio. Con el hacha dibujaba cuadrados, triángulos. Extraía trozos de treinta a cuarenta kilogramos y luego labraba panes parecidos a los que labraban Chutuska y la Rosario. Pero... ¿iba yo a ser salinero durante toda la vida? ¿O estaba loco? Todo, todo por aquel hijo que no llevaba mi apellido, sí mi sangre; todo, para que el niño se fuera acostumbrando conmigo, como se había acostumbrado con el viejo Chutuska. ¿Cómo iba a creer que éste era su padre, cuando no se le parecía? Todo, para que el chango humilde y pobre no rompiera a llorar cuando se viera a mi lado, a caballo, o en el tren, o en un coche, o a lo largo de un camino, en un pago remoto.

Cuando el sol tornó a apuntar las doce, dejamos de trabajar.

¿Qué haría el pobre Kallpanchay, sentado sobre dos panes de sal, solo, enfermo y triste?

Fui a donde estaba la Rosario en compañía de sus hijos. Sudaba. La miré a la cara. Algunas arrugas tenía en el cutis moreno.

Comenzaban a agrietársele los dedos: el frío, la sal. Acaso se le pondrían después encendidos los ojos, encendidos como los viejos ojos de Kallpanchay.

—Mirá —le dije—, yo iré a buscar a la curandera. No es posible dejar abandonado a ese pobre hombre enfermo.

—Le estará llegando...

—A nosotros también nos ha de llegar la muerte y no nos gustaría que nos dejaran abandonados.

—¡Costao doble! Nadie lo salvará.

—¿Vive lejos?

—Retiradito.

—Iremos con RodoIfo.

—¿Conocís la casa de la Vilte, hijito? —preguntó la Rosario al mayor de sus changos.

—Conozco —respondió Rodolfo.

—¿Querís ir a traerla?

—Iré.

—A Kallpanchay le estará llegando...

Años después conocí a la Vilte, la curandera que no quiso atender al pobre Kallpanchay. Era menuda y flaca; tan flaca como si las piernas, los brazos, las mejillas, fueran de alguna momia.

Hablaba poco y no reía. Pelo lacio y negro, lustroso de puro grasiento. Dientes de corona gastada, tan gastada como hoja de cuchillo mangorrero.

¡Qué sabiduría la suya! Recetaba según los residuos que dejaba una moneda en los orines del enfermo.

Vertía los orines en una batea pequeña, de palo; echaba

luego una moneda dentro. El residuo adherido al metal, el residuo amarilloso, tornasol, violáceo o blanquizco, determinaba la enfermedad. Cuando el residuo se presentaba erizado, decía la Vilte que el enfermo tenía las “siete fiebres o las siete plagas”.

Curaba el mal del bulto haciendo comer al enfermo un cangrejo vivo...

El cangrejo que había entrado vivito y entero, comería el bulto.

Para el mal de la tierra, comer tierra molida del sitio en donde se tomó el mal.

—Si, pu', señor, si tenís mal de bulto en el pecho, el cangrejito que vais a tragar, como se traga el mote, se lo comerá. Pa'l mal del corazón y pa'l mal del estómago, tomar té de papusa. Y pa' la puna brava, también... el pingo-pingo cura el mal de abajo. Se cura el surumpio poniéndose barro negro de la orilla del salar alrededor de los ojos.

—¿Y para el mal de amor? —le pregunté sonriente.

Nos habíamos hecho amigos. Yo le había regalado coca, llista y alcohol y un rebozo negro de lana.

—¿Pa' eso?... Yo te enseñaré un gran remedio...

—A ver.

—Después...

—¿Cuál es?

Me miraba ahincadamente con sus ojos hundidos y turbios.

—¿Cuál es, señoray?

—En secreto te lo he de enseñar...

Me acuerdo de la Vilte; la conocí años después, en su propia casa construida de piedra y terrón, en la boca de una quebrada rumorosa y umbría. Andaba con el siglo.

—¿Por qué no fuiste a curar a Kallpanchay? —le dije.

—¿A cuál? —preguntó, agrandando los ojos para ayudar al recuerdo.

—Al viejo ese que se enfermó en el Salar.

—¿Pa' qué iba a ir si ya le estaba llegando?...

Rodolfo ya nos encontró en el rancho, a la redonda de un fueguito de leña y de tola. Se había hecho la noche. Hambrientos y cansados habíamos llegado del Salar. De paso vimos a Kallpanchay. El infeliz apenas se quejaba. Estaba frío, frío, como el aire que nos quemaba la cara.

—Vendrá la Vilte; no te aflijas. Pronto vendrá la Vilte.

Se había tirado en el suelo como algo que ya está a punto de no servir para nada.

Movió la intonsa cabeza.

—Vendrá.

Y Chutuska dijo, despacio:

—Se está por cortar...

Y su mujer:

—Heladito se ha puesto.

La noche se le venía encima de los ojos, como una gran sombra negra. Y él la aguardaba solo y triste, helado y conforme, caído sobre la misma tierra salobre que había labrado con sus viejas y sangrantes manos.

—Vendrá la Vilte.

Ya no quiso beber agua salada. Apretó los marchitos y secos labios.

—Se está por cortar.

Y quedó allí, mudo y solo.

Rodolfo nos encontró sentados a la redonda de un fuego de leña y tola.

—Dijo que no iba a venir —dijo el muchacho, dirigiéndose a su padre.

—¿Hilaba?

—Hilaba.

—¿No pidió la botella con los orines?

—No pidió.

—Creerá que Kallpanchay tiene las siete fiebres.

—Cómo será...

Y la conversación acerca de la enfermedad del salinero viejo se plantó allí.

El infeliz moriría como un perro, en aquel desamparo, bajo el cielo azuloso, lleno de estrellas, herido a cada instante por las heladas ráfagas que pasaban y pasaban por la planicie salobre.

¡Trabajar tanto, tanto, para morir de esa guisa!

Busqué las provisiones. Partí. Repartí. Comimos bollos, quesos, sardinas. A mi chango le di un pescadito sobre una rebanadita de pan. Me di cata de su contento, mirando a la luz rojiza del fuego, sus ojos inocentes. Después, un trago, dos, de aquel alcohol de noventa y cinco grados, que como chorro de plomo derretido quemaba la boca, el estómago. ¡Y a dormir! Dormí yo en el suelo, sobre un pellejo de llama.

Ahora, años después, pienso y me pregunto si estuve loco, loco de remate, en aquella ocasión, cuando me tiré a dormir como un infeliz, sobre un cuero de llama que olía a hembra en celo.

¿Estuve loco? ¿Fue la mía una humorada de mal género?

Cuando abrí los ojos, el día empezaba a llegar. Dormí solo. José Luis no se despegaba de las polleras de su madre. Dormí tranquilamente; me parecía tan natural que el pobre Chutuska soportara la afrenta en silencio, que ni por un instante me pasó por el magín la idea de que pudiera asesinar-me. A solas me decía: “¡Qué va a hacer el pobre viejo!”.

Tempranito hizo fuego la Rosario.

¿Pava? ¡De dónde! En un puchero tizado y panzudo hirvió el agua traída desde el ojo próximo, en la copa de un sombrero ovejón; ¡agüita más fría jamás mojé mis manos!

Teníamos un jarro; ¡ni qué pensar en un poronguillo! La

gente puneña no toma mate, ni conoce esa manera de calabaza en que se para una bombilla. Aquel jarro que teníamos era un jarro tutado de peste y con la oreja doblada.

Requerí el azúcar y la yerba. Me miraban con la curiosidad de un chango a quien se le acaba de poner en las manos un juguete.

–Voy a preparar –les dije– un jarro de mate cojudo.

El salinero asintió, moviendo la cabeza.

–¿Mate cojudo? –preguntó Rodolfo.

Juan de Dios y José Luis repitieron la pregunta.

–Sí, mate cojudo; dirán si es rico o no.

Se veía que les agradaba el aroma casi dulce de la yerba mate.

–Mate cojudo toman los mineros, allá en las minas de Pumahuasi y en la Concordia –aseguró Chutuska, que estaba sentado sobre los talones, cerca del fuego.

Yo echaba de menos el cantito de la pava, el temblor de su tapa saltarina.

–¿Cómo es? –preguntaron concertadamente los changos.

Vertí agua en el jarro en que había puesto un tanto de azúcar, un poco de yerba. Revolví todo con un palito de tola.

–A ver la chata de alcohol, Chutuska.

–¿Pa' qué pu', señor?

–Para bautizarlo.

Trajo una chata que ya estaba a la mitad.

–Probá ahora.

Bebió él, el salinero viejo de los dedos mogotudos, de las manos partidas; bebió él, primeramente. Paladeaba el líquido aromoso, dulce en su punta de alcohol. ¿Qué sentiría su paladar adormecido por la coca? En cada sorbo se quemaba.

–¿Qué tal está, Chutuska?

–¡Regularcito! –exclamó, mirándome de soslayo. Ya no me miraba de frente, como no mira de frente al amo el perro que fue golpeado.

Los muchachitos estiraban los labios morados, vencidos del frío, como para sorber ávidamente con ellos.

–¿Qué tal está?

–Regularcito.

Le agregó alcohol.

–¿Sí?... Te había sabido gustar fuertecito, ¿no?

Rosario bebió el segundo jarro.

Yo echaba de menos el silbido de la pava y los saltitos nerviosos de la tapa empujada por el vapor.

–¡Ahora les toca a los changos! –exclamé.

Se me vinieron encima.

–¿Con alcohol?

–También.

–Para Rodolfo y Juan de Dios. Yo quiero tomar un jarro con mi chango.

Vi los ojos de Chutuska empañados. También se pusieron con un velo de bruma los negros ojos de Rosario.

–¡Con mi chango!...





Esto fue un viernes por la mañana. Así se acuerda el campesino del día, de la hora, en que le acaeció un hecho, vulgar para otro, para él, significativo.

Íbamos para el Salar con el hacha al hombro.

Era un viernes helado, de cielo barcino.

Chutuska caminaba delante; llevaba yo, contento, feliz, a José Luis de la mano.

Miramos al mismo tiempo un bulto en el sitio donde habíamos dejado a Kallpanchay.

“Es Kallpanchay” –pensé yo.

–Le llegó –aseguró Chutuska.

Y su mujer.

–Se lo llevó la Barchila.

Pero él, él estaba allí. Había quedado con la cabeza destocada, como para recibir el último beso del sol rubio. Había quedado mirando el cielo barcino con sus ojos colorados, vencidos del surumpio.

–¡Está durito!

–Durito está.

–¡Y como mirando!

–Mirándonos está.

Yo tenía su hacha. Las manos suyas, sangrantes cuando trabajan, se habían agarrotado, se habían puesto moradas, negras.

Estaba tendido sobre el suelo salobre, boca arriba, con las piernas arrugadas.

En los labios viejos y agrietados se insinuaba la hiel de una sonrisa.

Chutuska empezó a ceñirle el cuello con mi pañuelo de mano.

—¡Bien fuerte! —exclamó la Rosario.

Él tiró, tiró, hasta que la lengua blanquizca salió afuera, horrible.

La ahorcadura de un muerto es algo espantoso.

Tratamos de hacerlo sentar. Estaba duro.

Para que el “costao doble” no entrara en nuestros cuerpos era menester ceñirle el cuello lo más fuerte posible.

Chutuska rompió con la barreta aquella tierra salobre y con el hacha excavó una zanja capaz de contener el cuerpo de un hombre.

Yo le así de las manos; Chutuska lo cogió de los pies.

Kallpanchay, el viejo que había pasado su vida humilde y resignada en el Salar, cayó en la zanja. Y en la zanja quedó, con las ojotas puestas, con los dos ponchos calados, encendidos los cansados ojos, duras las cansadas manos.

¡Cuántos salineros, cuántos burros cargados de panes de sal, pasarían por encima!

Creo que dos días después del fallecimiento de Kallpanchay estaba en el Salar toda la tropa de burros de Chutuska.

¿Cuántos panes de sal había labrado él, cuántos la Rosario y cuántos yo? No me acuerdo. Chutuska había sacado toda su tarea. Tantas carguitas para don Rodolfo; tantas carguitas para llevar a Abra-Pampa, a vender a lomo de burro.

Al trote, con trote desgarbado, llegó la tropa de burros. Las pobres bestias sabían lo que les esperaba allí, en la estepa abierta y luminosa, de noche más fría que la nieve.

Yo estaba un poco triste y ellos, todos ellos, ni se acordaban del viejo Kallpanchay, del viejo que había quedado con la cara vuelta al cielo, para recibir el último beso del sol rubio.

Porfiaban los burros por echarse a vagar. ¿Qué podían comer allí? Todos traían la oreja derecha señalada, partida en la punta y con una florecilla de hilos rojos. Eran burros par-

dos, cenizos, vizcachillos, hechos al trajín salinero, acostumbrados a caminar por las tierras en donde hay puna brava. La Rosario tenía que atajarlos, mientras su marido cargaba a los más inquietos. Me acuerdo que entre los de la tropa venía uno, pardo, cimarrón todavía.

A ése lo ató Chutuska a tres cargas de sal. Le amagaba con el poncho y exclamaba, encolerizado:

–¡Dispará ahora, trompeta! ¡Dispará ahora!

Algunos se resistían, no se dejaban cargar de puro mañeros o se sentaban, quejándose, sobre la panza.

Los changos andaban a la redonda de la recua de burros.

–¡Cuidadito con dejarlos tomar agua! –exclamaba la Rosario.

Cerca, en un bajo, había agua salobre.

José Luis se me aproximó y me dijo:

–El agua salada les corta las tripas.

–¿Sí? –le pregunté yo.

Lo afirmaba tan seriamente, como si en esas pocas palabras pusiera toda su sabiduría de salinerillo. ¡Y qué gestito el suyo! Me volví a ver en los tajos de su entrecejo; me volví a ver en su gestito.

–Les corta las tripas y se mueren. No hay que dejarlos que tomen agua salada.

–¿Sí? ¡Chango! ¡Changuito!

Andaba emponchado. Tenía en la diestra un trozo de sogá overa.

Lo levanté en mis brazos y en cuanto asentó de nuevo los pies en el suelo lo besé en la frente, en los cachetes y en los labios.

–¿Quién soy yo? –le pregunté en secreto, mirándolo a los ojos—. ¿Quién soy yo?... A ver, decí, changuito churo.

Me miró, me miró y contestó al punto, con palabra cariñosa de amigo:

—¿Usted?

—Sí, yo.

—Usted es don Carlos, el abajeño.

Torné a levantarlo en mis brazos y hablándole al oído, le dije:

—Yo soy tu tatita.

Entonces él bajó los ojos.

Chutuska, que nos estaba mirando, exclamó en voz alta:

—¡Dejameló al chango, pu' señor! A trabajar hemos venido.

Y dirigiéndose a José Luis:

—A ver, chango, que el Vizcachillo se ha cortao solo y se va al bajo a tomar agua salada. Si se le cortan las tripas vos vas a tener la culpa.

—Corré, guagua, corré, que tu tatay se está enojando.

Nada, nada quedaba para mí. Él, salinero viejo, lo quería tanto como a sus hijos, sabiendo que no era suyo, que no llevaba su sangre. Ella, la Rosario, también me lo negaba.

De grado me hubiese “mandado a ir”, como decían ellos y hubiera mandado todo al diablo. Pero, habló José Luis y sentí mi voz; corrió y me vi corriendo.

—Ligerito, guagua, que se van los burros.

Me acuerdo, como si hubiera sido ayer, de todo aquello.

Veo la llanura del Salar; veo la tropa de burros cargados que rompieron a trotar, camino de Abra-Pampa.

Ese día acaeció lo que no imaginaba yo, lo que tal vez no calculaba la Rosario... Cuando la recua estaba cargada, Chutuska, tranquilamente, sin mostrar indicio de su dolor silencioso y resignado, sin un temblor en la voz, sin una bruma de lágrimas en los viejos ojos, dijo a su mujer:

—Yo me voy a ir solo; quedate vos con los changos y con don Carlos...

Ella se debió helar; instantáneamente se le trocó el color de la cara.

–¿Qué me estáis diciendo? –preguntó–. ¿Qué me estáis diciendo, Javier?

Chutuska repitió sereno:

–Yo me voy a ir solo; quedate vos con los changos y con don Carlos.

–¿Por qué?

–Por nada.

Los burros ya habían sido cargados.

Me acuerdo de ese día como si hubiera sido ayer.

No se despidió con un abrazo de su mujer; no besó a sus hijos.

–Adiós, don Carlos –me dijo–, yo me voy a Abra-Pampa a vender la sal.

–¿Pegarás la vuelta pronto? –le pregunté al notar que la Rosario comenzaba a afligirse.

–No sé, señor.

–¿Seis, siete días?

–¡No sé, pu', señor!

–¿Y las cargas pa' don Rodolfo? –interrogó la mujer que adivinaba ya la tormenta que se le venía encima–. ¿Y las cargas pa' don Rodolfo? ¿No se las vais a llevar primero?

Con la cabeza contestó negativamente.

Lo miraban, lo miraban, como alelados, los changos.

José Luis, su regalón, fue a tomarlo de la mano cuando él rompió a revolear el poncho para azuzar a los burros.

Aún recuerdo el timbre de su voz; aún lo veo a la zaga de su recua, calzado de ojotas, emponchado, pálido, silencioso, triste; aún lo veo partir como quien se va para muy lejos, a sufrir un gran dolor a solas.

–¡Burro!...¡Burro!...

¡Cómo lo miraban los changos! El regalón suyo se quedó con los deseos de apretarle la mano, la mano trabajadora, mogotuda, agrietada y vieja.

Pronto nos quedamos en silencio. Chutuska se alejó en pos de sus burros. Levantamos las hachas.

Yo di un gran vistazo a todo el Salar frío. Rosario se puso a llorar. Se había sentado encima de dos panes de sal. Rodeábanla los changos.

—¡Mamitay! —exclamaba Rodolfo.

—¡Mamitay! —decía José Luis.

Con uno de los cabos de su lliclla se tapaba la cara. ¡Jamás, jamás sentí llorar mujer alguna de tal manera!

¿Por qué? ¿Por lo que había hecho años atrás?

Allí, en su regazo, estaba el niño.

A mí también se me llenaron los ojos de lágrimas.

Me acuerdo que yo me aproximé a ella, que le toqué suavemente la cabeza y le pregunté:

—Rosario, ¿qué te pasa? ¿Por qué llorás?

—Dejame pu', señor —fue su respuesta.

Entonces pensé en tomar de la mano al niño; pensé en llevármelo, en salir de allí; pensé en alejarme, mas ella se destapó la cara y conteniendo el llanto, exclamó:

—La guagua no es tuya, señor.

José Luis quería esconderse en el regazo de su madre.

—¿Qué te pasa? —le dije nuevamente.

—Dejame sola, señor.

—¿Sola?, ¿por qué? ¿Crees que Chutuska no volverá?

Me estuve de pie, como un centinela, a su lado, hasta que dejó de llorar.

—Volverá dentro de siete o de ocho días —aseguró Rodolfo.

La madre se puso de pie; con ancha mirada contempló todo el Salar desolado que se extendía hasta el pie de desiguales y abruptos cerros, y rompió a andar en derechura no de aquel rancho sin dueño, sino de su casuca propia. Seguíanla Rodolfo, Juan de Dios y José Luis.

¿Qué iba a hacer yo, solo, solito, en el Salar yermo y he-

lado? ¿Quién escucharía mi voz? De noche se levantarían Seneusky y Kallpanchay. Con los ojos de la imaginación los veía ahora.

Seneusky, poniéndome su mano dura y helada en el hombro, me diría:

—Hermano, caerás aquí también. Te enterrarán vivo a mi lado.

Y Kallpanchay, el viejo de los ojos encendidos:

—Como los míos se te pondrán los ojos.

Y la voz interior, esa vez repitió: “¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

Caminé, caminé. Ella iba delante. Sus tres hijos la acompañaban. Yo, atrás, parecía un loco o un enfermo o un mendigo. Los llamé, pero no volvieron la cabeza.

Yo no podría ir a pie hasta Abra-Pampa, la estación de ferrocarril más próxima, la cual quedaría a cincuenta leguas del sitio en donde nos encontrábamos. ¿Y quién me alquilaría una mula?

Los puneños andan a pie; el andar de la mula sillera les machuca el cuerpo.

Tenía ampollas en los cansados pies cuando llegué al rancho de Chutuska. Desde varias cuadras vi la tropa de ovejas. Los “animalitos” vagaban ahora libremente por el campo. Estaban acostumbrados a volverse a su corral solos, cuando el pastorero o la pastora se iban al Salar o a la aldea remota. Solas salían las ovejas de mañana y solas volvían cuando empezaba a extenderse por cerros y llanos el humo negro y perezoso de la noche.

Lo primero que hice al penetrar en mi rancho fue abrazar y besar a mi hijo, al chango a quien yo jamás había dado ni una hilacha.

En el estrado de adobe me senté. Puse al chango en mis faldas.

—¿Quién soy yo? ¿Cómo me llamo? —le pregunté.

Me desconocía. Con medrosa voz y a punto de llorar, me contestó:

—Usted es don Carlos, el abajeño.

¡Qué pena, qué pena sentí al escucharlo y al mirarme en sus ojos!

¿Por qué me respondía de esa guisa?

—¿Cómo se llama tu tatita?

—Se llama... se llama Javier Chutuska, señor.

¡Javier Chutuska! Y yo, ¿qué era entonces suyo? La madre vino a separarnos. Resueltamente dijo:

—Tenís que irte, señor.

Y asió de una mano al niño.



Días de aburrimiento. Días de silencio. Tedio. Desorientación. Nostalgia. Me quedaba solo en el rancho; ellos iban a pastorear las ovejas, esas ovejas acostumbradas a salir al campo y a volver a su corral de piedra pircada, sin el pastor, sin la pastora. Me quedaba solo a pensar en lo imposible. La Rosario hilaba a puishca mientras seguía a sus ovejas; Rodolfo y Juan de Dios trenzaban a huso, urdimbre de poncho. Yo, ¿en qué podía matar las horas de aquellos días de invierno?; ¿en qué? Ni un libro ni una revista vieja, ni una polvorienta hoja de periódico, ni una página descolorida. Nada, nada. Es cierto que ya que no tenía a mano un libro, ni una revista vieja, ni una polvorienta hoja de periódico para leer, podía leer en todo aquello que la Naturaleza ponía delante de mis ojos. Y así fue que solo salí al campo cercano a observar las plantas, a mirar los pájaros, las tierras, los cielos.

¿Pájaros? Había dos o tres maneras de pájaros; pájaros que yo no vi en el Salar Grande; pájaros huraños, de plumaje apagado; pájaros que cantan muy poco. Dicen allí chuschín al chingolo silbador; a otro, parecido al afrechero salteño, lo llaman papaichuicha. El campo era triste y como él sus pájaros. Entreteníame buscando nidos. ¿Nidos? ¿Acaso yo era un rapaz? ¿No era ya un hombre hecho y derecho?

Pita con pita llaman allí a un pájaro tamaño como la reinamora, pajarito aquel que anunciaba buena o mala suerte.

No me divertían los pájaros; muy al contrario, me contagiaban su silencio, su quietud, su tristeza.

De vez en vez pasaban planeando, por arriba, por arriba, un águila negra, águila que parecía dejarse llevar por el viento. ¿Un tiro? Nada...; si yo ni ganas de hacer fuego tenía...

Vegetación escasa. Tolas, tolas de ramajes tupidos, verdi-

negros, fragantes. Cortaba un gajito y restregaba sus hojas. Su delicado aroma me hacía, pensar en los muelles vellones de las llamas. Tolillas; aquí una mata de moco-moco; allá otras de chipi-chapes o de papusa. En vano busqué una, pequeña, sombría: una mata de muña de fragancia melada.

El campo era triste y como él sus pájaros y sus plantas. La mirada se derrama, se derrama por un altiplano cubierto de tolares, de chipi-chapes y de otras hierbas salvajes. No hay allí árboles. Corre, corre la llanura alta, a los cuatro vientos cerrada por rosarios de cerros de cuyas cresterías se levantan los nublados que semejan enormes bolas de algodón.

No me divertían las plantas; las veía sin flores y me ponían triste.

Pasto ovejuno; pasto cieneguero. En los huecos, escasas matas de esporal.

Algunas veces me detenía en el cauce de un arroyo seco. Levantaba un puño de arena y mis ojos veían granitos de oro.

¡Oh, muertas arenas de aquel arroyo seco, a cuyas márgenes no negaban nunca los burros ni las llamas! ¡Era un arroyo de gríseas y menudas arenas! Terrible sed la suya, más terrible que la del roquedo, sed que las lluvias no aplacan. La piedra deja correr el agua; las arenas aquellas, cuando llovía, se la tragaban; luego, poníanse secas, muertas de sed.

Ni los pájaros, ni las plantas, ni las tierras, ni las arenas, mataron mi tedio.

Miraba a mi placer el cielo, el cielo remoto y azul y se me cansaban los ojos. Entonces, la voz aquella interior, voz que no me dejaba tranquilo ni a sol ni a sombra, se hacía oír implacable:

“¿Qué has venido a hacer aquí, malvado?”.

Volvía al rancho y como el hambre me acosaba, poníame a comer solo.

Era yo entonces un salvaje. ¿Estaría loco?

A la caída de la oración salía a esperar a la Rosario y a sus hijos, salía emponchado, tocada la cabeza con un sombrero negro, haldudo; salía de botas altas y de bombachos.

¿Qué pensarían al verme solo, silencioso y triste?

¿Me tomarían por loco, por un loco manso que en poco o nada los molestaba, por un loco a quien se le había metido en la cabeza que podría conquistar el corazón de un chango?

Llegaban. Me veían. Nos saludábamos. La madre no me miraba de frente; esquivaban mi compañía Rodolfo y Juan de Dios. José Luis, tentado por el olor de las provisiones que yo guardaba en una tela de costal, se me acercaba cuando Rosario no lo veía.

—¿Quién soy yo?

—Don Carlos, el abajeño.

“Don Carlos, el abajeño”, tal la frase que me causaba mayor daño que el que podría ocasionarme una puñalada.

—Pero decí la verdad, changuito —le decía yo, instándole a que me llamara cariñosamente tatita—. ¿Quién soy yo?, ¿no soy tu tatita?

—Don Carlos, el abajeño.

No conseguí ni una sola vez que me llamara padre.

La Rosario encendía fuego. Ya había aprendido a preparar esa laya de bebida caliente, estimulante que los mineros puneños llaman mate cojudo. Guisaba un piri, un espesao o hacía un mote de maíz amarillo. Yo les convidaba de lo que tenía. ¿Para cuánto tiempo nos alcanzarían aquellas provisiones traídas a lomo de burro por el salinero desconocido?

A ratos, y mientras estábamos sentados a la redonda del llar, pensaba yo en los perros sin dueño que un buen día se adueñan de una casa. Llegan, miran; poco a poco alzan la cabeza; se pasean por las piezas, por la cocina y luego salen a ladrar a los forasteros. ¿Qué hacía yo en el humilde rancho de Chutuska? ¿Por qué me había quedado allí sin

el consentimiento de marido y mujer? ¿Hasta cuándo pensaba quedarme?

Tenía entonces yo un reloj de oro; era un reloj antiguo que José Luis miraba con interés, cuando lo ponía a hora, según la altura del sol. Un día me miré en una de sus tapas. ¡Qué cara de presidiario! La barba, de una punta de días. Ojeroso. Pálido. Descompuesto el brillo de la mirada. Descoloridos los labios. Había cambiado completamente.

¿Y qué hacía yo allí, en el rancho de Chutuska? ¿Por qué no tomaba solo el camino de Susques, o el de San Antonio de los Cobres, o el que va a Casabindo?

Comíamos a la usanza puneña en platitos de palo. Pronto se deshacía la reunión. Íbame a dormir, me tendía en el estrado y en vez de entregarme al sueño, me ponía a pensar en lo imposible.

Días y días de tal guisa; sin una esperanza, sin un motivo de alegría, sin un entretenimiento, sin tener con quién conversar, a quién comunicar lo que sentía. La Rosario me contestaba con monosílabos; los changos esquivaban mis preguntas.

“Un bicho raro; un bicho raro” –pensarían.

Ningún salinero pasó por el camino mientras estuve alojado en el rancho de Chutuska; no pasaron ni arrieros ni pastores. Cuando me aburría de estar solo, íbame a un monte, distante legua y media, subía a su morro cimero y desde allí atalayaba el altiplano cerrado de cerros y el Salar Grande, extenso, parejo, blanco y luminoso, como una enorme chapa de bruñida plata, puesta al sol. Esa pampa yerma y fría daba el pan a los pobres salineros; pero les partía los dedos y les encendía los ojos.

Chutuska no volvía. Pero... ¿y la tropa de burros? Más de una vez de noche me levanté del estrado y salí al camino.

Había sentido, patente, el trote de burros cargueros. La Rosario, antes de echarse en pos de sus ovejas, miraba y miraba aquel camino que venía lejos y por el cual se había ido Javier. Cuando sus hijos le preguntaban por el viejo de cutis color de tabaco y de mirada triste y turbia, ella respondía:

—Mañanita ha de venir... Ya estará por llegar... Ha de traer maíz, coca y lienzo.

José Luis era el más preguntón:

—¿Por qué no ha vuelto?

—Por qué será...

—¿Estará viniendo mi tatita?

—¿Lo habrán llevao preso?

—Ha de estar por llegar... Ya ha de estar pasando por la cabeza del Salar.

Así, así, hasta que su inquietud un día fue tal que ya no salió a pastorear sus ovejas; éstas echáronse solas por el campo. La Rosario no pudo contener la ola de dolor que pugnaba por reventar en su pecho. No salió al campo. Miraba, miraba aquel camino que se perdía a lo lejos y por el cual se había ido su Javier.

Pensó seriamente en su vida y se tornó silenciosa.

Javier Chutuska había preferido alejarse para siempre.

De noche, cuando estábamos sentados en rueda familiar, cerca del fuego de tola, ella no se cansaba de mirar el sitio que elegía Javier. Y a él no lo veíamos allí, sentado sobre los calcañares, a la manera india. Lo buscaba en la pieza, en el patio.

¿A dónde se había ido el salinero viejo? ¿A quién vendería las cargas de sal? ¿A qué salinero entregaría su tropa de burros?

Javier Chutuska, viejo, pobre, humilde, silencioso, me dejó en su casa y se alejó para siempre. Nada supimos de él. Pasó un salinero que venía de Abra-Pampa y dijo que no lo había visto.

—¡Como si lo hubiera tragado la tierra! —exclamó una tarde la Rosario, sujetando el llanto.

¿Quería yo quitarle la mujer y llevarle el niño que había criado como hijo propio, el chango por cuyas venas no corría una gota de su sangre? Pues... pues me dejaba en su casa, dueño y señor.

Él buscaría lejos, lejos, una curandera que le diera un remedio para su mal.

¿Qué podía él hacer ahora, tarde ya? Rosario había sido infiel. No tenía coraje para matarla. A mí, en los postreros días, ya no me miraba de frente.

Una noche helada y negra me levanté. Acababa de sentir el llanto lastimero de mi hijo.

—¡Mamitay! —exclamó José Luis.

Encendí un fósforo.

“Es miedoso como yo” —me dije—. “Igualito. De noche se asusta de la sombra”.

—¿Qué te pasa, changuito? —le pregunté.

Sus hermanos dormían a su izquierda, en el suelo, sobre pellejos de llamas, tapados con frazadas puneñas. Se había sentado. Allí no estaba la madre. —¡Mamitay! —tornó a exclamar, amedrentado.

—¿Estás enfermo?

—¡Mamitay!

Echeme afuera. La busqué por el patio; anduve a ciegas por el camino, por el camino aquel totalmente borrado a esa hora, bajo un cielo pavoroso.

¿Para dónde se había ido?

En la única pieza del rancho lloraba el niño.

La llamé por repetidas veces. Mi voz corría, corría, llevada por el viento negro, bajo el enorme poncho de la noche. “¿Se habrá matado?”, pensé.

Al improviso sentí su voz:

–¡Javier!... ¡Javier!... ¡Javier!... –decía.

También su voz era llevada por el viento negro.

–Javier... Javier...

¿Se habría levantado soñando y en sueños llamaba a su compañero?

¿Qué veían sus ojos bajo el cielo pavoroso?

–Javier... Javier...

Caminé en derechura del sitio de donde venía su voz.

Y cuando con las manos le tenté los cabellos, las espaldas, lanzó un grito de espanto y rompió a llorar...

Fue entonces cuando la besé por segunda vez, desde que me encontraba en su casa.

Pero ya su boca estaba vieja.





¿Olvidé su rostro? No; Javier tenía dos viejas arrugas en la frente. Sus labios eran verdinosos por la coca y cuando estaban quietos se mostraban marchitos. Javier hablaba poco; ni una sola vez lo vi reír. Le brillaban los ojos después de chumar alcohol de noventa y cinco grados. Sonreía entonces con descompuesta sonrisa de loco. Sonreía y me miraba.

¿Habría besado alguna vez, una vez siquiera, los labios de su mujer? Creo que no. Los labios de Rosario, delgados, bermejos, sinuosos, eran labios fríos, como muertos, ahora. Besé esa boca y sentí una boca muerta.

Javier tenía las manos tabacosas, enjutas. Mogotudos eran sus viejos dedos en cuyas juntas había grietas sangrantes. Manos de salinero. Manos aún no cansadas de trabajar. Con esas manos suyas jamás había acariciado las mejillas de su mujer.

Javier calzaba un sombrero ovejón aludo y blanco. Usaba escarpines dobles; diariamente llevaba pantalones de barracán y chaqueta de picote. Comía sentado sobre los calcañares; dormía en el suelo.

Así lo miraba yo con los ojos del recuerdo. Así lo miraría también su mujer desconsolada. Así lo mirarían, con iguales ojos, Rodolfo, Juan de Dios, José Luis. Verían su cara color de tabaco, sus manos viejas, sus canillas de palo, sus pies de talón partido; lo verían como había salido en pos de la recua: con las ojotas de suela, con el sombrero ovejón, trajeado de picote y barracán. Y acaso como me acordaba yo, se acordarían de la última mirada de sus ojos viejos. Y se acordarían del timbre que tenía su voz, cuando se despidió de mí. Bajó humildemente la cabeza y no consiguió nada. El hombre que lo había hundido en las tinieblas del mal, el hombre que

lo había humillado, estaba allí, en la casa de piedra y terrón, obra de sus manos.

Javier comía poco, casi nada. La Rosario pedíale a menudo que comiera más. Entonces él daba la respuesta empuñando la chata de alcohol.

Con largos tragos de alcohol adormecía su mal interior.

Ahora que ya no estaba él en la casa, la mujer miraba al platito de palo en que le servía el piri, el espesao o el mote y rompía a llorar.

—Te vais a trastornar, Rosario —le decía yo.

—Mejor... Mejor...

—¿Y tus changos?

—Irán a buscarlo.

—Vendrá solo.

—Ya no volverá, señor.

—Estaba viejo...

—Así lo queríamos.

—No tenía vergüenza.

—Vos tampoco la tenís, señor.

La ahogaba el llanto.

—Yo tampoco tengo vergüenza.

José Luis se abrazaba a una de las piernas de su madre.

—Ya no tendremos burros para llevar la sal.

—Yo te compraré una tropa.

—No quiero nada tuyo, señor.

—No tenía vergüenza.

¿Por qué le dije yo a esa mujer semejante barbaridad?

Javier no fumaba nunca; jamás había tomado café; jamás había comido pan blanco.

Ahora que ya no estaba él en la casa de piedra y terrón hecha de sus manos, la mujer miraba al hijo que más se le parecía. Rodolfo era un Javier pequeño. Tenía la boca, la nariz, los ojos, parecidos a los de su padre.

- ¿No vendrá?  
 –Sí, ha de venir.  
 –¿Cuándo?  
 –Ha de estar pasando por la cabecera del Salar Grande.  
 –Ya no tenemos burros, mamitay.  
 –Los ha de traer.  
 –¿Cuándo?...  
 –.....

Y nuevamente, para consuelo, el llanto.

Todo ese día estuvo temando con don Rodolfo. Si vendría don Rodolfo o si no vendría don Rodolfo. Para él habían cortado una muchedumbre de panes de sal.

Por la tarde, casi a la oración, escuchamos el galope de una mula.

El jinete detuvo su cabalgadura. Dos changos salieron a ver quién era el recién llegado.

Saludó y preguntó por Javier Chutuska:

–Se ha ido y no ha pegao la vuelta.

Yo salí a la puerta.

Era don Rodolfo. No me saludó; no lo saludé. Traía anti-parras negras. Venía emponchado.

–¿Y tu mama?

–Allá está.

El chango señaló la cocina, desde donde salía el humo de tola.

La Rosario lo había sentido; de miedo no salía a recibirlo.

La mula tascaba el freno. Había llegado sudando.

¿De dónde vendría aquel jinete solitario, emponchado, sombrerudo?

La saludó secamente.

–¿Y Javier? ¿Ya están las cargas de sal?

Yo me había quedado en la puerta.

–Ya están cortadas las cargas, señor; toditas.

–Me las tienen que llevar pronto a casa.

No sabíamos a quién miraban sus ojos defendidos del viento, que arrastraba greda y arena de los peladares, por negras antiparras.

–Cómo será, señor...

–¿Qué? ¿Están queriendo engañarme? ¿No me acabás de decir que ya están cortadas las cargas?

–No hay burros, patrón...

–¿Se los comieron?

–No hay, señor; se fue el Javier pa' Abra-Pampa.

–¡Ajam!

–No hay, señor.

Ella lo miraba, lo miraba temerosa.

Don Rodolfo la había conocido soltera; don Rodolfo, el caballero rico y mujeriego, le había hecho bautizar un hijo, el tocayo suyo: Rodolfito. El hijo mayor estaba allí, junto a su padrino que ni en cuenta lo caía. Rodolfito ni una sola vez había llamado padrino a don Rodolfo; ella no se atrevía a llamarlo compadre.

–¿Se los comieron?

–¿Y cómo vamos a comer burros, pu', señor? –preguntó la Rosario, apocada.

Yo casi solté la risa. Y no estaba la ocasión para bromas...

–Yo creía que se los habían comido.

–No pu', señor.

–Bueno, ¿y dónde está el tatay? –preguntó don Rodolfo, con deseos de cortar rápidamente el diálogo.

–Se ha ido a vender la sal, señor.

–¿Para dónde?

–Pa' Abra-Pampa.

–¿Cuándo salió?

–Hace bastantito.

—¿Y no ha pegao la vuelta?

La mujer bajó la cabeza.

—Hablá...

Entonces yo entré en la pieza.

—¿Y por qué no habrá pegao la vuelta?

—Cómo será, pu', señor...

—“¡Cómo será!”.

—Te lo hemos de llevar la sal, señor.

—Mirá, vos sos una grandísima perra, una perra canalla: no has sabido respetar ni a tus hijos. Se fue el pobre viejo cuando se tanteó la punta de las astas...

Sentí que lloraba.

—No me digáis eso, señor. Te lo hemos de llevar la sal; ya están cortadas todas las carguitas, señor.

—¡Sos una grandísima perra, una perra canalla!

—Señor, don Rodolfo...

—¡Tomá, grandísima perra! —exclamó encolerizado el caballero—. ¡Tomá! —Y en las espaldas restalló la lonja de su talero.

Salí con el revólver en la mano. Cinco disparos me hizo.

Aún lo veo montado en una mula castaña, delgadita, emponchado, con sombrero aludo y con negras antiparras.

Aún la veo espantándose a la mula y siento su galope sonoro.

El caballero había llegado ebrio.

¡Qué puntería la suya! ¡Ni un raspón me dejó de recuerdo!

Se echó a correr en derechura del campo en donde pacían las ovejas. Corría y gritaba como si la persiguiera el caballero emponchado, sombrero aludo, de negras antiparras. Maldecía de su estrella; se mesaba los cabellos. En vano llamaba a su marido.

—¡Javier! ¡Javier!...

¿Qué voz afectuosa la consolaría ahora?

Yo me quedé en el rancho con los tres niños.

–Se ha trastornao –decía Rodolfo, llorando asustado.

–Mamitay –repetía Juan de Dios.

José Luis me tomaba de la mano.

La noche se vino de puntillas. Y despacio tendió su poncho enorme y negro.

–¡Javier! ¡Javier!

¿Quién iba a responderle en el campo desolado, dormido y negro? Llamaría en vano.

Esa noche no comimos. Lentamente pasaban las horas mientras estábamos sentados al amor de la lumbre de tola. Los changos no tenían sueño; al mirarlos me acordaba de los polluelos sacados del nido.

–Se ha trastornao...

–Iremos a traerla a la Vilte pa' que la sane.

–¿Y si la muerde? La mujer de Puñisunky se trastornó; mordía la mujer de Puñisunky.

Me hacía yo el dormido.

–A la curandera la mordió.

–¿En qué?

–En el brazo y en la cara.

–¿Sanó?

–Se trastornó también ella; se le pasó el mal de la otra.

–¡Mamitay!

¿Ya no se acordaban del pobre Javier? ¿Ya no pensaban en los burros de su tropa?

–¿En el brazo la mordió?

–En el brazo y en la cara: mordía más fiero que un perro. Yo la ví cuando la llevaron a enterrar. No la habían ahorcao bien.

–¿Por qué?

–No le habían ajustao bien el pañuelo en el cogote.

José Luis abría la boca mientras miraba a su hermano mayor.

–¿La habrá lastimao don Rodolfo? ¡Es más hereje!  
 En esa coyuntura simulé haberme despertado.  
 Al mayorcito le pregunté:  
 –¿Querís que vayamos a buscarla?  
 –¡Por dónde andará!  
 –Parecía una loca.  
 –Se ha trastornao, señor. Mordía más fiero que un perro.  
 –¿Quién te ha dicho eso?  
 –Muerden. La mujer de Puñisunky mordía. Se había trastornao. A la curandera la mordió en el brazo y en la cara.  
 Los changos parecían polluelos sacados del nido de sus padres.

Ya nos dormíamos sentados cuando entró en la cocina. Amanecía.

–¿Querís que ponga a calentar el agua, señor? –me dijo, mirándome humildosa y resignada.

–Bueno –le contesté.

–Haré el mate cojudo.

La pollada se refocilaba ahora. Los tres estaban como pegados a la madre, que había entrado en la cocina con los cabellos sueltos. No traía lliclla, había perdido las ojotas; se había rasguñado la cara.

El viento fino de la noche le había partido los labios. Preparó el mate cojudo. Me sirvió el primer jarro.

–¿Y vos?

–Yo no.

–¿Por qué?

–Tomá vos, señor, pa' que tomen después las guaguas.

Por instantes se quedaba mirando un punto lejano. Entonces sus ojos, cansados de llorar, parecían ojos de loca.

–¿No ha venido Javier, señor?

–No ha llegado.





Y un día, un día frío de cielo ceniciento, uno de esos días de invierno en que el más alegre amanece triste, pensé: ¿Qué dirá mi madre, mi anciana madre, si le llevo este hijo? Verá en sus ojos, mis ojos; en su boca, mi boca; en su frente, mi frente y me preguntará llena de júbilo: “¿Quién es la madre? ¿En dónde está la madre de este niño? ¿Por qué no ha venido ella también?”. Y el chango romperá a llorar al verse en una casa desconocida, en un ambiente distinto.

Vendrán mis hermanos a verle; tras la caricia, la pregunta: “¿Y la madre?, ¿en dónde vive la madre del chango? ¿Por qué no ha venido ella también?”.

¿Qué debía contestar yo? Yo no me animaba a decirles la verdad, porque mi anciana madre hubiera sido la primera en desaprobarme mi conducta.

¡La Rosario!

¡Javier Chutuska!

¡Rodolfo, Juan de Dios!

Ya veía yo al pobre José Luis llorando en mi casa, lejos de su madrecita, lejos del rancho aquel de piedra y terrón. Ya lo sentía yo llamando a Javier, a su “tatita”.

—¿Quién soy yo?

—Don Carlos, el abajeño.

—¿Cómo se llama tu tatita?

—Javier Chutuska.

De modo que yo era solamente “Don Carlos, el abajeño”.

Y ese día de cielo cenizo, día helado de invierno, uno de esos días en que el alma parece estar de luto, pensé alejarme para siempre del niño que llevaba mi sangre.

Sin decirle que yo estaba dispuesto a partir pronto, a pie, no a horcajadas de algún burro de la Poma, de la alta

Poma, sin decirle una sola palabra de reproche, lo tomé en mis brazos y lo besé en la boquita, en la frente. Y le dije con alegre voz:

–Don Carlos, el abajeño, te dará esta tarde muchas monedas. ¿Querís, changuito?

Me miró cándidamente a los ojos y contestó al punto:

–Bueno. ¿Pa' qué?

–Para que compres galletas cuando vayas a Abra-Pampa.

–¿Con quién?

–Con la Rosario y con Rodolfo y Juan de Dios.

–.....

–¿Querís que don Carlos te regale muchas monedas que te compre botines, como los que tienen los hijos de don Rodolfo y un trajecito nuevo? ¿Querís que don Carlos te regale un pañuelo parecido a ese que tu tatay llevaba al cuello?

–Bueno.

La madre, que nos estaba oyendo, con las manos se tapó la cara. Lloraba a quedo.

Pero, he aquí que cuando yo me dispongo a arreglar mis cosas para que las lleve luego algún pastor hasta Abra-Pampa, a lomo de burro, la Rosario, humildemente, me dice:

–Señor..., mañana iremos al Salar. Dieciocho cargas cortaremos para que la lleve el Javier. Anoche soñé que estaba llegando.

–Vendrá...

–Sí, vendrá; todo lo que yo sueño sale cierto.

–¿Querís que yo les ayude a cortar los panes?

–Cómo será, señor.

–Les ayudaré. Yo también tengo brazos y manos como Chutuska.

–Anoche soñé que estaba llegando. Todo lo que yo sueño sale cierto.

–Esta vez también saldrá...

Como cuando estaba el dueño de casa, el del sombrero haldudo y de las ojotas viejas, nos levantamos cuando el día dio su primer bostezo de luz.

Y tomamos el camino del Salar Grande.

Hilaba la madre; torcían hilo de urdimbre de poncho Rodolfo y Juan de Dios mientras caminaban silenciosamente.

La impresión que me causó el Salar fue la del primer día, más ingrata que mirándolo de lejos y del morro cenizo de un monte. Al pasar el viento por aquella pampa pelada y blanca, rozando la sal, se ponía más frío, más penetrante.

Elegí yo un paño de tierra salobre. Me acordé de la manera de dibujar que tenía Chutuska y con mi hacha salinera dibujé cuadrados y triángulos y triángulos.

José Luis estaba ahora al lado mío. Esperaba las monedas que iba a regalarle don Carlos, el abajeño.

Trabajamos desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde. ¡Qué dieciocho cargas! La Rosario deseaba labrar un centenar, varios centenares de panes. Pensé que la pobre mujer no estaba en su sano juicio: no hablaba, no reía, no lloraba. Eso sí, no dejaba un instante de coquear.

Trabajábamos no en una de las cabeceras del Salar, sino adentro, adentro, allí donde el brillo de la entraña herida era fiero.

En la tarde del primer día ya se me agrietaron las manos y empecé a sentir que se me quemaban los ojos.

Javier Chutuska tenía los dedos partidos, sangrantes.

Íbamos en derechura de aquel rancho abandonado, en donde teníamos guardadas las provisiones y en donde debíamos pasar varias noches, cuando los muchachos hicieron levantar una pareja de guayatas.

—¡Un nido! —exclamó Rodolfo—. ¡Allí están los huevos!

—¡Los huevos! —exclamaron concertadamente Juan de Dios y José Luis.

Volaron espantadas las dos guayatas blancas, blanquísimas.

–¡Velay..., los huevos!

–Y los comeremos esta noche.

La madre ni los miró siquiera, ni se alegró al sentir las exclamaciones de sus hijos. Caminaba, caminaba mirando un punto fijo, sin reparar en la tierra salobre que pisaba.

Más adelante, otra nidada. Se refocilaban los changos.

–Yo se los prepararé esta noche –les dije.

–Llevaremos la sal.

Volví la cabeza. Cortaban el aire aquellas guayatas más blancas que la entraña de la sal, más blancas que la nieve. Allá, allá lejos, una tropa de burros cargada de panes, se apartaba del Salar.

–¡Mamitay! –dijo José Luis a su madre–, mirá los huevos de guayata. ¿Los comeremos esta noche?

–Esta noche –respondió Rodolfo, al notar que la Rosario no contestaba.

Esa noche no comió. Se quedó dormida junto al fuego de tola. Sin duda esperaba a su Javier, a su Javier, calzado de viejas ojotas de suela, a su Javier que había partido para no volver jamás, a la zaga de sus burros cargueros. A media noche, pensando en que se habría suicidado, me levanté y fui a verla.

–Vendrá mañana.

–Sí vendrá, señor –afirmó ella con opaca voz.

Y le brillaron los ojos.

–Todo lo que yo sueño sale cierto. Soñé que estaba llegando.

–Vendrá... ¿Cuántos panes cortaremos mañana?

–Unos cuantitos, señor. Soñé que estaba llegando. Uno de los vizcachillos traía un costal grande con maíz, con coca, con chatas de alcohol, con harina flor, con bollos, con quesitos de cabra y con piezas de lienzo.

–Llegará... Tal vez llegue esta noche.  
 Los celos me hicieron decir una barbaridad:  
 –Era viejo... Un viejo con astas...  
 –Así lo queríamos.  
 Se levantó, se fue al patio y se perdió en las sombras.  
 –¡Javier!... ¡Javier!... –repetía.

Al cuarto día mis pobres manos estaban a la miseria: verrugas, grietas sangrantes.

El niño no salía de mi lado. “¡Suerte perra!” –exclamé yo para mi coleso-. “Ahora que no lo puedo llevar conmigo, no se despega”. ¿Cuántas cargas teníamos que cortar?

Al derramar la mirada, me dolían, me lloraban los ojos. Me sentía vencido por el aire, por la luz, por el frío, por el cielo. Me atraía, como a los que están a punto de morir, aquella tierra pelada y salobre.

–¿Más adentro todavía? –pregunté a la Rosario.

Había cogido su hacha y ya se encaminaba en derechura de la parte más blanca y reverberante del Salar, como si quisiera dejar sus huesos en ella.

–¿Más adentro todavía?

No contestó. Estaba demacrada. El ayuno y el insomnio destruían poco a poco su cuerpo.

–¿Más adentro todavía?

–Sí, señor. Allacito cortaremos unas cuantas cargas pa’ don Rodolfo. Vendrá don Rodolfo esta tarde. Capaz que me vuelva a pegar.

El chango metía sus manitas paspadas en los bolsillos de mi saco, de mi chaleco, de mis pantalones.

–¿Las monedas que te iba dar don Carlos, el abajeño?

–Sí...

–¿Quién soy yo?

–Don Carlos, el abajeño rico...

Ahora más que nunca solo pensaba yo en dejarlos en paz, en alejarme como Chutuska, para siempre.

¿Que contestaría yo a mi anciana madre cuando me preguntara por José Luis?

El niño no me quería como se quiere a un padre; apenas se había acostumbrado a mi compañía, como pudiera acostumbrarse a la compañía de un perro.

—¿Más adentro todavía? —torné a preguntarle, cuando calculé que habíamos caminado una legua pisando tierra despareja, helada y salobre.

—Sí, señor.

—¡Mirá cómo se ha puesto el cielo!...

Y pensé, en un instante, en el fiero castigo bajado del cielo.

—Rosario, mirá cómo se ha puesto el cielo... ¿Por qué no pegamos la vuelta?

Muda, ensombrecida, seguía y seguía caminando, en derchura del corazón del Salar.

Era un cielo cenizo que bajaba hasta nosotros.

—Nevará, señor.

—Peguemos la vuelta pronto.

Soltó una carcajada loca.

—¿Por qué te ríes? ¿Crees que temo a la nieve?

Los niños iban a mi lado.

—Se ha trastornao —dijo Rodolfo.

—Se ha trastornao mi mamitay —dijo Juan de Dios.

Había trabajado como un hombre, sin sentir cansancio, sed, hambre.

—Nevará, señor, y te tamará la nieve, y el surumpio te pondrá coloraos los ojos.

Rompió a reír nuevamente, con descompuesta risa que hacía dar miedo.

—Vos estás loca...

—Por eso te traje hasta aquí, señor, pa' que la nieve te tape,

pa' que el surumpio te quite los ojos.

De veras que estaba loca.

Me dolían, me lloraban los ojos.

—¿Más adentro?

—Aquicito no más.

Fue ella quien dio el primer hachazo en la tierra sobre la cual caía todo el cielo cenizo.

Estaba yo desorientado. El Salar no relumbraba ahora.

—Volvamos.

—¿Pa' qué?

—Vos estás loca; te dejaremos sola aquí.

Los changos arrugaban la cara, a punto de llorar. ¿Se iba a quedar allí, desamparada, la madrecita loca, quien en vano llamaba de noche, bajo las sombras negras, a su pobre Javier?

—Vos te vais a quedar solo, señor. Y no conocís el camino. El surumpio te pondrá coloraos los ojos y la nieve del Viento Blanco te tamará.

Empezó a correr un viento de cordillera.

—Mirá el cielo.

Su carcajada me causaba pavor.

El Viento Blanco, salido de las cresterías lejanas, difundía sus copos de nieve. Blanquearon nuestros ponchos, nuestros calcetines, nuestros sombreros. Blanquearon nuestras ateridas manos, nuestras caras.

¡Espantoso espectáculo!

Los copos caían, caían; al tocar la granulosa superficie del Salar, se endurecían. Se borraron los cerros, las aguadas salobres, las lomas; se borraron los cielos. Corría, corría desparramando sus copos, como un viento de muerte, el grueso Viento Blanco.

Rosario se había sentado en el suelo duro. Rodeábanla sus hijos.

Entonces yo pensé en todo lo que había dejado lejos.

El inmenso Salar estaba blanco.

Habíamos ya andado un largo rato bajo la lluvia de copos, cuando sentí un agudo dolor en los ojos. Me parecía que de ellos brotaba sangre. Era el mal del surumpio el que atacaba a mis ojos, el mal bravo que ciega a los salineros y a los pastores que caminan por campos nevados. Ahora sólo pensaba en cerrar mis ojos.

Se me acercó la mujer de Chutuska.

—Vos tenís la culpa —le dije con rabia—. ¡Ya ves dónde estamos! Nos tamará la nieve. Yo no sé por qué lado tenemos que tomar.

Aproximó su cara a la mía y me miró los ojos.

—Ya te agarró el surumpio, señor.

—Es lo que vos querías.

—También lo soñé, señor. Todo lo que yo sueño sale cierto. Soñé que te asurumpiabas y que dos cóndores negros te sacaban los ojos y la lengua larga.

—Estás loca.

—Dos cóndores negros pasaron reciencito, señor. Te andan persiguiendo.

José Luis me tenía la mano; en mi mano sentía la suya helada. Él también quiso mirarme los ojos mientras corría y corría el grueso Viento Blanco.

—¡Hijito! ¡Hijito! —exclamé yo al sentir en mi cara la suya—. ¡Hijito! ¡Hijito! Ahora caminaremos los dos juntos; vos me llevarás.

—¿Pa' dónde? —preguntó la Rosario.

—Para el rancho —respondí sin abrir los ojos.

—El Salar no tiene fin. Sigue y sigue. El rancho se cayó.

—Estás loca.

—Dos cóndores negros te sacarán los ojos y la lengua larga. Sentí el zumbido violento de dos alas enormes.



José Luis retiró su manita helada.

–Y después, te tamará la nieve, señor.

Sentí como si la Muerte hubiese pasado tocándome los cabellos.

–Dos cóndores negros te andan persiguiendo, señor. Miralos...

Abrí los ojos; estaba la noche negra en mis ojos. Lancé un grito de angustia.

Y me quedé solo, en la inmensa estepa helada.



## COLECCIÓN LOS RAROS

Obras publicadas

**1.**

*Idioma nacional de los argentinos.*

Lucien Abeille

Estudio preliminar de Gerardo Oviedo

**2.**

*¿Qué es esto? Catilinaria*

Ezequiel Martínez Estrada

Estudio preliminar de Fernando Alfón

**3.**

*El Tempe argentino*

Marcos Sastre

Estudio preliminar de Carlos Bernatek

**4.**

*Vida de muertos*

Ignacio B. Anzoategui

Estudio preliminar de Christian Ferrer

**5.**

*Vivos, tilingos y locos lindos*

Francisco Grandmontaigne

Estudio preliminar de Alberto Mario Perrone

**6.**

*Prometeo & Cía*

Eduardo Wilde

Estudio preliminar de Guillermo Korn

**7.**

*Del Plata al Niágara*

Paul Groussac

Estudio preliminar de Hebe Clementi

**8.**

*Viaje maravilloso del Sr. Nic Nac al planeta Marte*

Eduardo Holmberg

Estudio preliminar de Pablo Crash Solomonoff

**9.**

*Hacia la vida intensa*

Julio Molina y Vedia

Estudio preliminar de María Pia López

**10.**

*A rienda suelta*

Last Reason

Estudio preliminar de Gabriela García Cedro

**11.**

*Las tentaciones de Don Antonio*

Enrique Méndez Calzada

Estudio preliminar de Liliana Guaragno

**12.**

*La familia del comendador y otros textos*

Juana Manso

Estudio preliminar de Lidia Lewkowicz

**13.**

*Pablo o la vida en las pampas*

Eduarda Mansilla de García

Estudio preliminar de María Gabriela Mizraje

**14.**

*Las descentradas y otras piezas teatrales*

Salvadora Medina Onrubia

Estudio preliminar de Josefina Delgado

**15.**

*Los gauchos judíos*

*El hombre que habló en la Sorbona*

Alberto Gerchunoff

Estudio preliminar de Perla Sneh

**16.**

*Teatro, sainete y farsa*

Raúl González Tuñón, Nicolás Olivari, Florencio

Parravicini, Pedro E. Pico y Alberto Vacarezza

Estudio preliminar de Bernardo Carey

**17.**

*El petróleo*

Jorge Newbery y Justino C. Thierry

Estudio preliminar de Fernando Pino Solanas

y Felix Herrero

**18.**

*Historia funambulesca del profesor Landormy*

Arturo Cancela

Estudio preliminar de Darío Capelli

**19.**

*Crónicas del centenario*

Juan José de Soiza Reilly

Estudio preliminar y selección de textos por Vanina Escales

**20.**

*El patrimonio lingüístico extranjero*

*en el español del Río de la Plata*

Rudolf Grossmann

Estudio preliminar de Fernando Alfón

Traducción de Juan Ennis

**21.**

*La filosofía del ajedrez*

Ezequiel Martínez Estrada

Estudio preliminar de Teresa Alfieri

**22.**

*Mi fe es el hombre*

María Rosa Oliver

Estudio preliminar de Álvaro Fernández Bravo

**23.**

*Antología (1835-1910)*

Germán Avé-Lallemant

Estudios preliminares de Víctor García Costa  
y Roberto Ferrari

**24.**

*Antología*

Nicolás Olivari

Estudio preliminar de Jorge Quiroga

**25.**

*La Pampa habla*

Luis Franco

Estudio preliminar de Daniel Campione

**26.**

*Relatos completos*

Gerardo Pisarello

Estudio preliminar de Cristina Iglesia

**27.**

*Un enigma literario: el Don Quijote de Avellaneda*

Paul Groussac

Traducción de Patricia Giordana  
y Fernando Alfón

**28.**

*Temas existenciales*

Homero M. Guglielmini

Estudio preliminar Gerardo Oviedo

**29.**

*El último reportaje de John Reed*

Dardo Cúneo

Estudio preliminar de Susana Cella

Epílogo de Horacio González

**30.**

*Burla, credo, culpa en la creación anónima*

Bernardo Canal Feijoo

Estudio preliminar de Ricardo Abduca

**31.**

*Dogma de obediencia*

Leopoldo Lugones

Estudio preliminar de María Pia López y Cecilia Larsen

**32.**

*Crónicas del bulevar*

Manuel Ugarte

Estudio preliminar de Claudio Maíz y Marcos Olalla

**33.**

*La Argentina que yo he visto*

Manuel Gil de Oto

Estudio preliminar de Guillermo Korn

**34.**

*El salar*

Fausto Burgos

Estudio preliminar de Cecilia Romana

Esta edición de 1000 ejemplares de  
*El salario,*  
de Fausto Burgos,  
se terminó de imprimir  
en el mes de diciembre de 2010  
en A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.,  
Wenceslao Villafañe 468,  
Buenos Aires, Argentina.